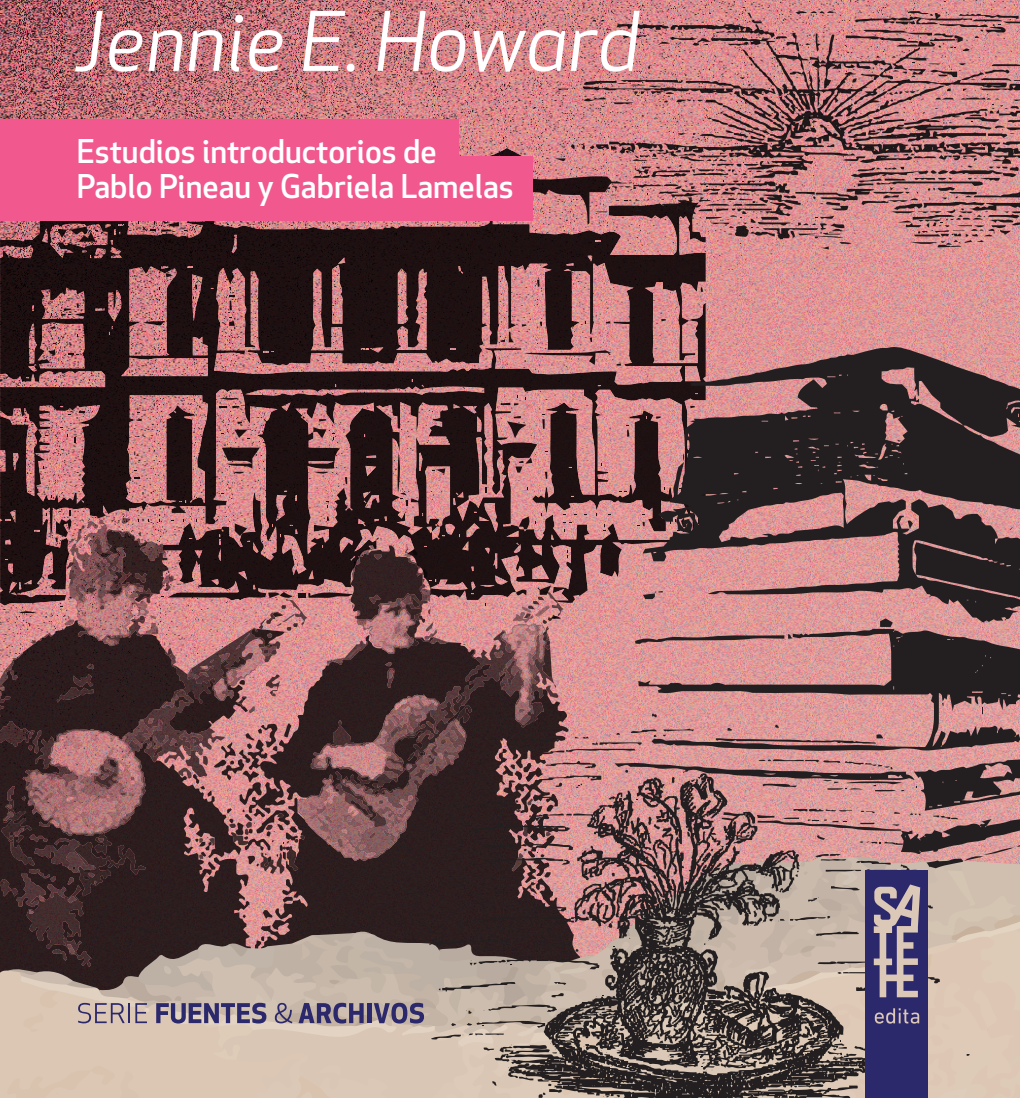


En otros años y climas distantes

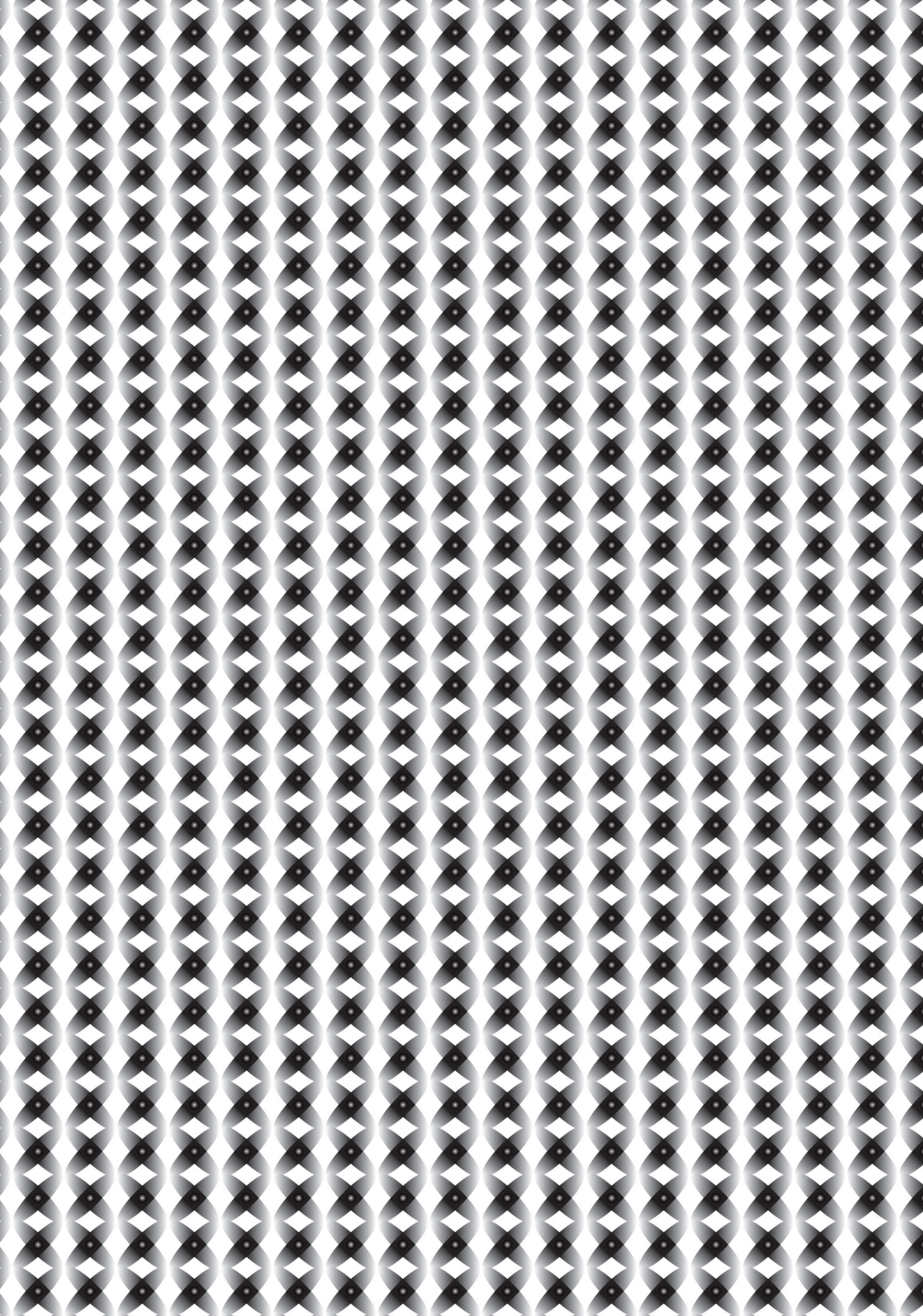
Jennie E. Howard

Estudios introductorios de
Pablo Pineau y Gabriela Lamelas



SERIE **FUENTES & ARCHIVOS**

**SA
TE**
edita



En otros años y climas distantes

SERIE **FUENTES & ARCHIVOS**

En otros años y climas distantes

Jennie E. Howard

Estudios introductorios de Pablo Pineau
y Gabriela Lamelas

**SA
TE
TE**
edita

En otros años y climas distantes, Jennie E. Howard
1a ed. - CABA: SAIEHE Edita, 2024.
208 p.; 13,5 x 19,5 cm. - (Fuentes & Archivos / Nicolás Arata)

ISBN 978-631-90154-4-7

1. Educación. 2. Historia. 3. Escuelas. I. Título.
CDD 370.8

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

SAIEHE | Sociedad Argentina de Investigación y
Enseñanza en Historia de la Educación

Comisión Directiva (2022-2024)

Nicolás Arata | **Presidente**
Gabriela Lamelas | **Secretaria**
Lucía Merlos | **Tesorera**

VOCALES

Mariano Ricardes, Valeria Macía, Sonia Riveros, Myriam Southwell,
Silvia Finocchio, Natalia García, Valeria Olalla, Alcides Musín,
Agustín Assaneo y Armando Jugo Suárez

EQUIPO EDITORIAL

Nicolás Arata - Dirección de serie
Julia De Diego - Correcciones y edición
Pablo Amadeo - Dirección de arte y diseño editorial
Antonella Giordanino - Imagen de portada

SERIE FUENTES & ARCHIVOS

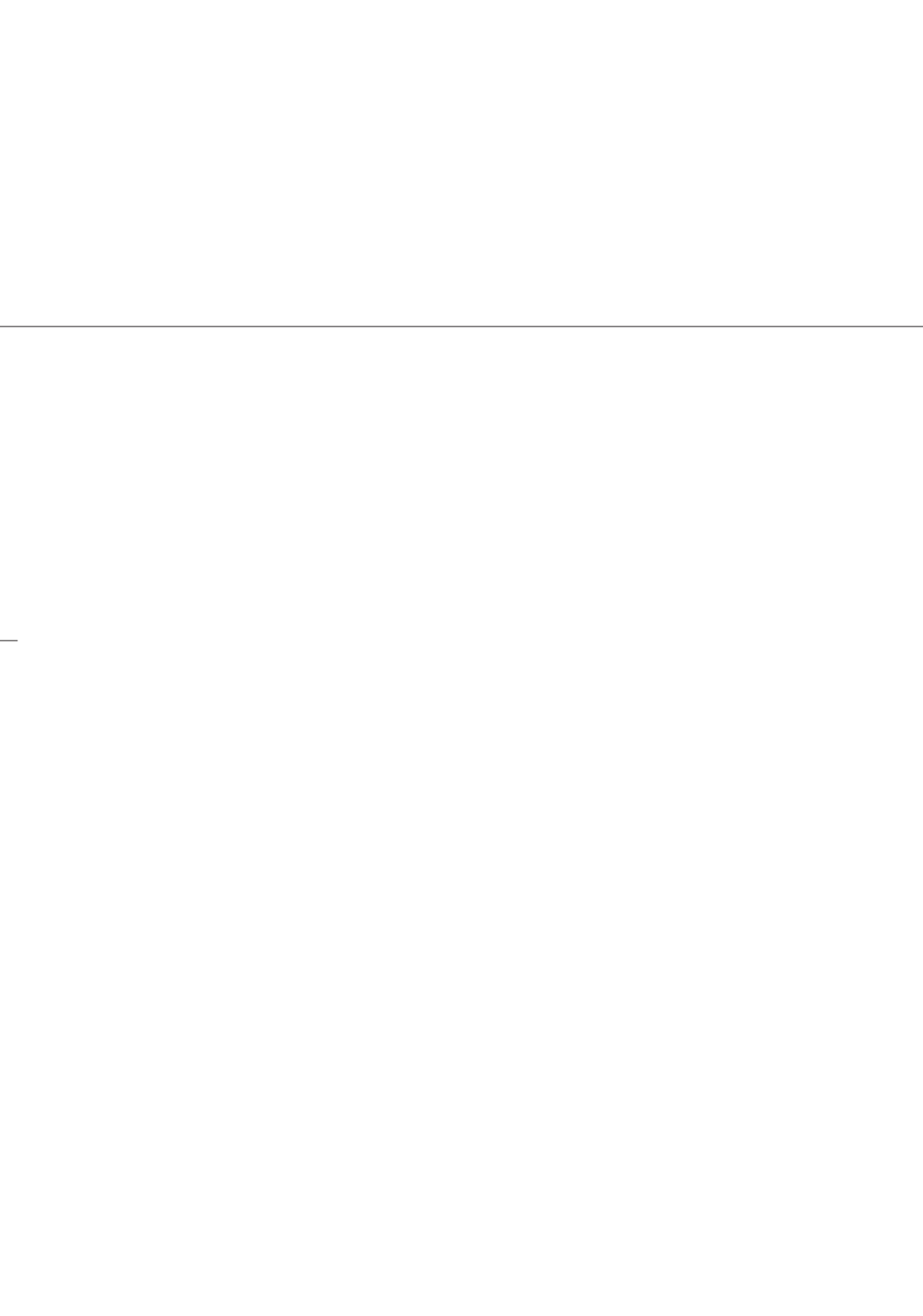
13,5 x 19,5 cm | 208 páginas
Impreso en *In situ*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires
1ra. edición 1951



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Atribución
No Comercial, Compartir Igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).



saiehe.org.ar
saiehe.ig
sociedadhistoriaeducacion
saiehe.edita@gmail.com





Presentación de la serie <i>Fuentes & Archivos</i> , por Nicolás Arata	11
Nota de edición	15
“En otros años y climas distantes”. Viajes y memorias de una docente norteamericana en la Argentina del cambio de siglo por Pablo Pineau	17
<i>Hacer docencia en “un país sin armarios ni aparadores”. Una aproximación biográfica a la figura de Jennie Howard</i> por Gabriela Lamelas	43
Prefacio a la primera edición	81
Jennie E. Howard, la mujer	83
Dedicatoria	89
I. Comienzo y fin de un viaje por mares lejanos	91
II. Domingo Faustino Sarmiento y la verificación de sus visiones	101
III. Las maestras norteamericanas convierten los sueños en realidad	109
IV. Más lejos, y más lejos aún	113
V. La vida en San Juan de las Siete Corrientes	119
VI. Algunos episodios y costumbres de antaño	125
VII. Córdoba, la de la Cruz del Sur	135
VIII. Los años en San Nicolás de los Arroyos	147
IX. La obra en San Nicolás (continuación)	155
X. La Pampa	159
XI. El Washington de la Argentina	165
XII. Resumen de la labor de los maestros norteamericanos	171
XIII. Resumen de la labor de los maestros norteamericanos (continuación)	181
XIV. Un despertar de Rip Van Winkle	185
XV. La leyenda del lago de oro	193
XVI. Nombres de los maestros norteamericanos que actuaron en la Argentina	201

La Sociedad Argentina de Investigación y Enseñanza en Historia de la Educación (SAIEHE) es una comunidad científica federal creada en 1995 por investigadoras, investigadores y docentes de universidades nacionales con el propósito de articular y difundir iniciativas que fortalezcan el campo de estudios en historia de la educación.¹ La SAIEHE porta un rasgo distintivo de lo público en la sociedad argentina, caracterizado por acomunar voluntades que expresan, en las múltiples formas del trabajo asociativo (desde las que estrechan lazos para formar bibliotecas populares, asociaciones vecinales, comedores comunitarios o centros culturales), un interés común: construir y actuar colectivamente.

Desde su creación, impulsada por figuras de la talla de Gregorio Weinberg, Adriana Puiggrós, Cecilia Braslavsky, Rubén Cucuzza y Edgardo Ossanna (entre otras que resulta injusto no mencionar aquí), la SAIEHE conformó una red dedicada a promover la puesta en debate de las problemáticas, encrucijadas y dilemas del campo educativo abordados desde una perspectiva histórica. Su nacimiento está signado por un gesto a contrapelo de la época: fundar una sociedad científica que reivindicase el trabajo colaborativo como condición para interpretar (mejor) la historia, en un contexto histórico -los 90 del siglo pasado- que pregonó el fin de la Historia y el enaltecimiento del individualismo como santo y seña de su tiempo; gesto, decimos, que puede y debe ser interpreta-

[1] En 2015 la sociedad se denominó SAHE y a partir de 2019, cuando se establecieron los estatutos que rigen la vida de la institución, lleva el nombre de SAIEHE.

do como un acto político capaz de combinar la imaginación pedagógica con la resistencia cultural.

Las iniciativas de la SAIEHE se inscriben en el campo de la reflexión pedagógica a la que busca nutrir con sus hallazgos, marcos teóricos y preguntas. Uno de los propósitos que persigue esta red es la construcción de vasos comunicantes que potencien el diálogo con los saberes producidos por educadoras, educadores y docentes, abarcando el conjunto de las formas de transmisión, producción y conservación del patrimonio educativo y las memorias históricas: desde el ciclo inicial al universitario, desde las formas institucionalizadas a las que se construyen al calor de experiencias alternativas a los formatos tradicionales.

De igual modo, quienes integran la SAIEHE procuran que los argumentos, reflexiones y claves de lectura elaborados desde ese campo dialoguen con los conocimientos producidos en otras disciplinas pedagógicas (la política y la sociología de la educación, la tecnología de la educación, las psicologías o las didácticas). Esta búsqueda de puntos de contacto y articulación descansa en una premisa: resaltar la potencialidad de pensar históricamente como un conocimiento transversalizador, sin dejar de advertir que un saber descalzado de su dimensión histórica, es un saber desarraigado.

Las Jornadas Argentinas de Historia de la Educación -realizadas de manera ininterrumpida desde 1987- y el *Anuario de Historia de la Educación* -revista científica indexada en formato digital con 20 años de existencia- son dos expresiones que dan cuenta de la vitalidad de un campo de estudios con numerosos desafíos por delante. Entre esas tareas pendientes, precisamente, estaba la posibilidad de desarrollar un sello que amplíe nuestras capacidades editoriales

para circular -combinando el acceso abierto con el formato impreso- algunas de las producciones elaboradas por quienes integran esta comunidad intelectual.

La primera colección lleva como título *Fuentes & Archivos* y se propone reeditar textos de facturas y temáticas disímiles, que guardan -sin embargo- una característica en común: alumbran acontecimientos que ensanchan nuestra comprensión del pasado educativo. Las memorias de una maestra norteamericana convocada por Sarmiento; un conjunto de notas periodísticas efectuadas por quien fue rector de la Universidad de Buenos Aires en un año crucial del siglo XX, o las reflexiones de un pedagogo volcado a desentrañar el significado de lo popular en la educación latinoamericana -por poner sólo algunos ejemplos- integrarán una serie resueltamente heterogénea y, precisamente por ello, portadora del enorme potencial enriquecedor que tiene lo diverso. Se trata de un trabajo curatorial abierto que se irá desarrollando con el tiempo, privilegiando siempre la incorporación de materiales difíciles de hallar, poco conocidos o de difícil acceso.

No se descubre nada nuevo cuando sostenemos que archivos y fuentes ocupan un sitio central del quehacer historiográfico. Nuestros trabajos gravitan en torno a los archivos y sus fuentes: son el lugar de arraigo de las investigaciones. La figura del archivo dinamiza conjeturas y misterios. Además de resguardar, el archivo puede ser interpelado bajo el signo del enigma y la opacidad. Trabajar el archivo es rasgo distintivo de nuestro oficio: hurgar entre materiales y fuentes dispersas, identificarlas, clasificarlas, otorgarles un orden diferente al que le dio su arconte. La fuente -fragmentos de diarios, cartas, documentos- es decir: la materia prima de quien practica historia es

la que dispara una pregunta y pone en marcha el complejo proceso que deriva, con el tiempo, en una investigación.

En suma: ante el fascinante e inabarcable mundo que envuelve a los archivos y las fuentes, esta iniciativa editorial apuesta a rescatar un conjunto de textos y materiales de difícil acceso para ponernos al alcance de quienes deseen consultarlos, trabajar con ellos en sus clases o incorporarlos a sus trabajos de investigación. Cada fuente estará precedida por dos estudios preliminares breves que ofrecerán pistas y propondrán claves de lectura para abordarlas. Con ello esperamos, una vez más, contribuir a facilitar el acceso a piezas clave del pasado educativo, a despertar nuevas preguntas sobre nuestra historia para su análisis e interpretación.

Nicolás Arata
Presidente - SAIEHE

La presente reedición se basa en la traducción que hicieron Eduardo Rípodas y Ethel A. Ardanaz para la editorial Raigal en 1951, en Buenos Aires.

Las notas a pie de página que no se antecedan con la expresión *Nota de la editora* (o su abreviatura, *N. de la E.*) corresponden a la edición original.

En el trabajo de revisión, se actualizó la ortografía a los usos presentes (principalmente los tildes, las mayúsculas y los gerundios) y se corrigieron las erratas. El objetivo fue conservar las características originales del libro, por tratarse de una fuente histórica de gran relevancia. La sintaxis se modificó, solo cuando afectaba al sentido del texto.

Por último, se insertaron precisiones sobre referencias de citas y ediciones bibliográficas, con el objetivo de contextualizar mejor las expresiones.

Julia de Diego
Editora

“En otros años y climas distantes”, viajes y memorias de una docente norteamericana en la Argentina del cambio de siglo¹

17

POR PABLO PINEAU

Jennie Eliza Howard nació cerca de la ciudad de Boston (Estados Unidos) el 24 de julio de 1845. En 1866 se graduó como maestra en la Escuela Normal de Framingham de ese mismo Estado (Massachusetts), más por necesidad que por voluntad, ya que hubiera preferido dedicarse a la literatura. Pronto comenzó su carrera como docente y, posteriormente, ascendió a directora y profesora superior en instituciones de esa región (Luiggi, 1959). En esos primeros años de ejercicio profesional, afianzó sus tareas y saberes vinculados con la formación de docentes.

El 12 de septiembre de 1883, junto a otras trece maestras estadounidenses, Howard llegó a la Argentina como parte del mayor contingente de profesoras de esa nacionalidad, convocadas por el proyecto impulsado por Domingo F. Sarmiento, las que, luego de dos semanas en Buenos Aires, fueron enviadas a Paraná para estudiar castellano. A los cuatro meses, Howard fue trasladada con una compañera a la ciudad de Corrientes para ocuparse de la organización de su Escuela Normal de Mujeres y allí permaneció dos años. En 1886 fue encomendada a asumir cargos en la Escuela Normal de Mujeres de Córdoba. Estuvo otros dos años en esa ciudad, antes de ser nuevamente trasladada a la Escuela Normal Mixta de

[1] En este trabajo se recuperan y actualizan algunas ideas presentadas en escritos anteriores, en especial Pineau (2014) y Pineau (2021).

San Nicolás, donde trabajó como regente y profesora de diversas asignaturas. Luego de esos primeros periplos, se asentó definitivamente en esa localidad –aunque había tenido propuestas de traslado y ascensos–, y permaneció allí por dieciséis años.

En 1903, tramitó su retiro debido a una enfermedad en su voz, probablemente producto de los casi cuarenta años de trabajo docente en ambos países. Más allá de algunos viajes cortos –como la visita a la Gran Feria Mundial de Chicago en 1893–, no volvió a radicarse en su patria, tal vez para poder seguir cobrando la jubilación –que consideraba exigua– otorgada por el Estado Nacional argentino. Se mudó entonces al barrio de Belgrano de la ciudad de Buenos Aires –calle Juramento 2361–, donde estaba instalada buena parte de la comunidad británica y norteamericana de la capital, y al que presenta en su libro como un lugar de “residencia de gentes ricas y acomodadas”. En ese tiempo continuó enseñando inglés en forma privada. También tuvo una participación muy activa en la floreciente comunidad estadounidense de Buenos Aires, sobre todo en sus instituciones femeninas, como el “*American Women’s Club*” y la “*Women’s Exchange*” –organismo dedicado a la ayuda social a mujeres–, a las que fomentó y ayudó a establecer (Luiggi, 1959).

Falleció en Buenos Aires en 1933, apenas cumplidos los 88 años. Fue velada en la Iglesia Metodista y enterrada junto a otras tres compañeras norteamericanas en el Cementerio Británico de esa localidad. En 1991, sus restos mortales fueron trasladados al “*Tempete al Eterno Reconocimiento*” del Cementerio Municipal de San Nicolás de los Arroyos.

Jennie Howard, formada en la tradición puritana, fue una mujer soltera y profesional que tuvo que mantenerse por sí misma. Por eso emprendió, sola y por su voluntad, un viaje a un lugar que le era distante y desconocido, como lo hicieron otros tantos inmigrantes (Leroux, 2015, González, 2022), con un plan de desarrollo personal que no se centraba en formar una familia. A su vez, su condición de funcionaria nombrada por el gobierno nacional la colocó en una cierta posición de privilegio en un país al que llegó sin conocimiento previo de su idiosincrasia e idioma.

Pero además de compartir algunas de esas características con las otras maestras estadounidenses convocadas por el mismo proyecto, también tenía algunas particularidades que la distinguían del grupo. En primer lugar, provenía de la afamada Boston, tierra de Horace Mann, y se había formado en una Escuela Normal muy vinculada a su proyecto, a diferencia de otras compañeras provenientes de lugares e instituciones no tan reconocidas. También, vino al país a una edad avanzada –38 años–, y con una importante experiencia laboral previa en tareas similares a las que debía enfrentar aquí. Estas características, junto a su larga permanencia en Argentina, la convirtieron en una *primus inter pares*, habilitada a tomar la voz por el colectivo.

En 1931, con más de ochenta años de edad y dos años antes de morir, se publicó en Buenos Aires su *In distant climes and other years*. Probablemente, fue en el largo período de su jubilación el momento en que escribió las crónicas que lo integraron.² El *Monitor de Educación Común*, revista del

[2] La biblioteca de la *Framingham State University de Massachusetts*, donde ella se formó, conserva el archivo “Jennie E. Howard: Papers, 1900-1924”, donación de la Asociación de ex alumnos en 1950,

Consejo Nacional de Educación, publicó entonces, como una forma de darle difusión, traducido al castellano por la propia autora, el capítulo “La obra de las maestras norteamericanas”, una especie de resumen de la obra, y cuya primera versión es el artículo de 1908 referenciado en la cita a pie que antecede a ésta.³

Su origen parece haber sido una invitación de la sociedad *The American Society of the River Plate*⁴ a recopilar y publicar “las impresiones recibidas en la República” para su difusión “entre sus amigos –de aquí y en Estados Unidos de América–”. De esta forma, la obra identifica un primer público: la comunidad estadounidense. Con su idioma nativo, Howard no se dirige a sus pares de la docencia argentina, sino a los compatriotas interesados en su mirada sobre el país. El libro tiene referencias a personalidades cercanas a ese público como Horace Mann, George Washington, Benjamin Franklin y Washington Irving, y cuenta más con comentarios sobre

que fue probablemente una donación previa de la autora. En se archivo, junto a otras fuentes como una versión mecanografiada de “In distant times and other times” y un conjunto de fotografías, se guarda una copia del artículo “American Teachers in the Argentine,” *Journal of Education*, June 4, 1908”, que presenta una primera versión del capítulo “Resume of the Work of the American Teachers,” firmado por “una de ellas” (“by one of them”). El archivo no se encuentra en línea, pero puede consultarse una copia de ese artículo en www.jstor.org/stable/42811878.

[3] En: <http://www.bnm.me.gov.ar/giga1/monitor/monitor/701.pdf>.

[4] *The American Society of the River Plate* era una organización sin fines de lucro fundada en Buenos Aires en 1905 por un grupo de estadounidenses residentes en Argentina con el fin de fortalecer relaciones de “cofraternidad” entre los dos países, y en la que tenía mucha injerencia la Embajada de ese país, en el contexto de su política de “buena vecindad” y afianzamiento del Panamericanismo.

la naturaleza, la geografía y las costumbres del país que de sus prácticas pedagógicas.

Veinte años más tarde, en 1951 la obra fue traducida al castellano con el título de *En otros años y climas distantes*, publicada en una edición más económica por la editorial Raigal de esa misma ciudad, e impresa en los talleres gráficos de *The Buenos Aires Herald*. Este hecho, que no llegó a ser conocido por la autora, fue producto de la “feliz casualidad” de la llegada de un ejemplar a quien sería su traductor, Eduardo Ripodas, que decidió emprender esa tarea. En este caso, el libro pasó a volverse “un orgullo” para la ciudad de San Nicolás de Los Arroyos, en cuya Escuela Normal la autora se había desempeñado entre 1887 y 1903 y, al retirarse, le obsequió una medalla de oro en reconocimiento a su tarea. La Introducción a esta edición fue escrita por Juan F. Calderón, presidente de la Asociación de Residentes Nicoleños (de la ciudad de Buenos Aires), quien aprovecha para agradecer a la fábrica de paños *La Emilia* de esa localidad por haber ayudado a materializar la publicación.⁵ Con esa edición, aunque también acotada, se amplió notoriamente el público lector, y aumentó la cantidad de citas y menciones en otras obras.

El libro se compone de un conjunto de capítulos cortos con cierta independencia entre sí, que entrelazan, en un ejercicio de memoria y descripción, la historia personal y profesional de la autora con la historia educativa y política del país. Howard pudo así dar rienda suelta a su frustrada vocación literaria. Por ejemplo, en muchas ocasiones utiliza la comicidad y la ironía en sus relatos,

[5] Ese mismo año, esa organización colocó una placa tributo en las paredes de la Escuela Normal, probablemente en relación con la publicación de la mencionada obra.

como cuando comenta que las cucarachas de Corrientes “Mostraban marcada inclinación por Dickens ya que las encuadernaciones verdes de esos volúmenes parecían satisfacer mejor sus apetencias literarias. Parece ser que el apetito cromático variaba según las zonas del país, pues, al decir de una de las maestras radicadas en Catamarca, las cucarachas preferían allí los libros empastados en rojo”, o que “el método más eficaz (que usaba para escapar de las pulgas) era quitarse la ropa interior parada sobre una mesa o una silla y desde ahí tirarse a la cama de un salto”.

El nombre elegido para el libro, que no hace referencia a cuestiones educativas, evoca no solo a un tiempo pasado (“otros años”), sino también a un lugar de redacción distinto al que se va a presentar (“Climas distantes”). Esta doble condición le otorga a la obra características peculiares que habilitan análisis diversos. Por eso, en los próximos apartados de este estudio preliminar buscaremos abordarlo tanto como un “libro de memorias” que se despliega en el tiempo, así como un “libro de viaje”, que se despliega en el espacio.

Otros años: un libro de memorias

El objeto con el que trabaja un libro de memorias es el tiempo. Su redacción posee la intención de evocar un periodo o hecho histórico con la voluntad directa de reinterpretarlo en el momento en que se lo recuerda. El pasado narrado se constituye y toma forma en la medida en que hay un presente que lo convoca. Por ser el pasado una reconstrucción, se toca con el presente en que se escribe. Los fragmentos del pasado que se decide recordar,

y las formas de hacerlo, no pueden pensarse por fuera de las condiciones que cada presente le confiere.

El libro de Howard puede ser considerado uno de los primeros ejemplos –tal vez no de los más logrados y arquetípicos por el público al que estaba dirigido originalmente–, de las llamadas “memorias de docentes”. Estas son generalmente obras cortas de tirada limitada, compuestas por un conjunto de textos breves y anecdóticos. En ellas tiene mucha presencia el autor protagonista, que recuerda situaciones de su vida profesional y personal, y que se presenta como alguien que ya ha dejado su tarea y la rememora para revivirla en tonos que combinan lo laudatorio y la denuncia. Se proponen fundamentar, explicar y ofrecer detalles y anécdotas acerca de temas como la labor pedagógica desempeñada, los proyectos impulsados, las personas que participaron, los vínculos con la vida extraescolar, y los procesos de debate. Mayormente redactadas en edad avanzada, rememoran el camino que les permitió a los autores y las autoras volverse tales. Los hechos propios y colectivos son entrelazados en una especial narración desde un presente de escritura que arroja su luz sobre el pasado a narrar, recrea los hechos en una línea explicativa trazada en el momento final, y recupera las conexiones entre las historias individuales y las tendencias colectivas.

La importancia asignada a las experiencias laborales y profesionales es determinante: en el momento de la escritura, quienes escriben son aquello que la tarea docente ha hecho con ellos y ellas. En estos relatos, el “ser docente” se impone sobre otras opciones identitarias. La construcción de la subjetividad de la escritura es, en buena parte, producto de la experiencia escolar, que por tal merece ser

narrada por escrito para su conservación y difusión. La institución educativa es presentada como uno de los espacios centrales donde se desarrollaron las experiencias de vida que tallaron el destino y la identidad de sus autores. Por eso consideran que tienen algo “digno de ser contado” a un público interesado por leerlo. Es un tipo de relato muchas veces de corte intimista, introspectivo, en el que ya desde los títulos apelan a recuerdos, registros propios, e imágenes escolares que permiten anticipar y comprender el “legado pedagógico” argumentado.

Como en otros libros de memorias, en el de Howard se privilegia el relato de los tiempos lejanos. La autora presenta con bastante detalle el período de 1883 a 1888 –desde su llegada al país, hasta su establecimiento en San Nicolás de los Arroyos-, para luego hacer algunas menciones salteadas de eventos posteriores, como las celebraciones de los aniversarios de la escuela. Esta estrategia narrativa le permite dar un tono épico y glorioso a los hechos que, como lo indica el nombre de la obra, ocurrieron “en otros tiempos”.

En su dedicatoria, se establece una línea de continuidad entre “los ideales pedagógicos de Horace Mann”, “el patriotismo de Sarmiento” y la tarea desarrollada por “sus compañeras” “bajo la Cruz del Sur”: una política iniciada y pensada por hombres con nombre y apellido, que fue implementada por mujeres más anónimas. Ese es el arco de tiempo que recorre la obra, que abarca aproximadamente 50 años. Genova (2021) sostiene que ya desde las primeras páginas del texto, Howard se presenta metafóricamente como una madre blanca que guía a la mestiza y joven República Argentina a través de un proceso de reforma civilizadora.

La autora describe el país que encuentra a su llegada en la década de 1880, como atrasado, sucio y desagradable. Un lugar especial, ocupan los distintos lugares de residencia. A su llegada a Buenos Aires, el hotel Nacional –al que denominaban irónicamente *Nastier Than All*, “*el más asqueroso de todos*”– tenía animales en su parte baja que emanaban olores desagradables. La pieza es descripta como una cueva sin ventilación y llena de pulgas. Similares características tenía el alojamiento en Paraná. En Corrientes, describió una habitación de hotel que parecía “una cueva del tamaño aproximado de una sombrerera actual”. Luego cuenta que las maestras se instalaron en una pequeña vivienda que se inundaba fácilmente, con un piso de ladrillos desgastados, desaparejos y llenos de cavidades. Finalmente, se mudaron a una casita vecina a la escuela, que pronto fue arreglada “con gusto” por ellas, como buenas “muchachas norteamericanas”, capaces de transformar un páramo en un hogar confortable.

La educación de entonces también aparece asociada a características negativas, así como también los lugares donde se llevaba a cabo. Por ejemplo, así refiere a las escuelas de Corrientes –en una sinécdoque que por extensión da cuenta de la situación en toda la república:

[En ese entonces] Pocas de las escuelas eran de más de un piso; tenían aulas oscuras y mal ventiladas, carentes por lo general de ventanas para su ventilación y provistas sólo de puertas que daban a un patio o a una galería. Las directoras de las escuelas comunes, con sus familias, solían vivir en los mismos edificios, ya que, por ser casadas muchas de ellas, les resultaba cómodo salir de la clase

en cualquier momento para amamantar a un hijo o preparar una comida.

Como el resto de las maestras norteamericanas, Howard se propuso establecer conductas opuestas a esas prácticas que encontró a su llegada, y a las que consideraba bárbaras y atrasadas. En sintonía con sus pautas, los extremos en exceso –como la liberalidad de los varones y el control estricto sobre las mujeres– son mal vistos en aras de la búsqueda continua de un camino de puntos medios. Para eso se enfrentaron en muchos casos a la Iglesia Católica, propugnaron medidas como la coeducación, la enseñanza de la educación física y el uso de vestimenta más suelta e higiénica en las escuelas, e inculcaron en su alumnado hábitos de comportamiento como la puntualidad y la autorresponsabilidad. Propusieron el paso del castigo a la disciplina, y de la punición a la didáctica, como las estrategias pedagógicas privilegiadas en la tarea docente.

De esta forma, se sumaron a asentar las bases del normalismo en la Argentina, que concebía a la escuela como la maquinaria ideal de inclusión de sus poblaciones para lograr el “progreso” del país. Asociaba esta última idea a conceptos como civilización, república, ciudadanía, cosmopolitismo, decencia, trabajo, ahorro, autocontrol e higiene, y oponían un enemigo –resumido en el término *barbarie*, referido al atraso– que reinaba fuera de ella.

Con un discurso de modernización cosmopolita, el normalismo procesó –muchas veces mediante operaciones como la degradación, la negación, la censura y la persecución– las diferencias de origen de sus alumnos y docentes, y buscó imponer un imaginario de cuño ilustrado, con

fuertes elementos positivistas, republicanos y burgueses. Amaba la cultura escrita y tenía a la limpieza el decoro y el “buen gusto” como sus símbolos culturales más distinguidos. A estos oponía, tanto el lujo y derroche aristocrático, como la ignorancia, la sensualidad y la “brusquedad” de los sectores populares.

A lo largo de su obra, y con una mirada un tanto infantilizante, Howard destaca tanto la amabilidad, generosidad y hospitalidad de los nativos como su tendencia a la holgazanería y la mentira –ya que creía que “para los latinos resulta más difícil decir la verdad que a algunas otras razas”–, y brega por un mayor grado de libertad e independencia “al estilo norteamericano” para las mujeres. Presenta a los varones argentinos como galantes y corteses, pero también propensos a adquirir tempranamente “todos los vicios sociales” –como fumar dentro de las escuelas desde chicos–, ya que gozan de “demasiada libertad”.

Hacia el cierre del relato, utiliza un recurso típico de los libros de memoria: presentar los cambios que se manifiestan en el presente de escritura respecto al pasado narrado. En el capítulo llamado “Un despertar de Rip Van Winkle”, en referencia al protagonista del cuento de 1819 de Washington Irving que regresa a su aldea después de haber dormido veinte años en el bosque sin saberlo, y queda impactado por los cambios entre la colonia y la república. La autora usa esa metáfora –un periodo de tiempo donde se produjeron cambios profundos– para señalar las modificaciones positivas realizadas en los cincuenta años que ella residió en Argentina. Según la descripción de Howard, en el Buenos Aires cercano a 1930 hay hoteles cómodos e higiénicos y las calles están limpias, pavimentadas e iluminadas con luz eléctrica.

Automóviles, trenes y aviones la unen con el resto del país. Se han realizado importantes obras de saneamiento urbano que llevaron a la desaparición de los insectos y los olores molestos.⁶

Los edificios escolares contaban con “hermosos locales excelentemente equipados” y docentes preparados profesionalmente, lo que produjo muchos cambios beneficiosos. Por ejemplo, respecto al cuerpo femenino sostiene:

Por entonces, los argentinos consideraban la gordura de las mujeres como un signo de belleza. Juzgadas por ese patrón, ellas se sentían de lo más encantadas cuando, pasados los veinticinco años, engrosaban enormemente a consecuencia de su afición por los dulces y a su aversión por cualquier ejercicio. El nuevo régimen, o sea la introducción de la gimnasia en las escuelas de niñas, unido a caminatas, remo, esgrima y otros juegos, ha producido su efecto sobre las mujeres de hoy, que lucen una silueta más graciosa y menos cargada de carne superfluas.

En consonancia con esto, señala que las mujeres habían alcanzado mayores grados de libertad y participación y que los varones debían acatar ciertas normas de

[6] Para ilustrar este cambio, Howard selecciona fotos y postales sobre el Buenos Aires de entonces, que se incluyen en ese capítulo. Entre ellas, se encuentran edificios de las Escuelas Normales, el Teatro Colón, el subterráneo porteño, las estaciones de ferrocarril, el Jockey Club, el Parque de Palermo, algunos edificios “modernos”, etc. (En archivo “Jennie E. Howard: Papers, 1900-1924”, Framingham State University).

respeto y urbanidad, como evitar dirigir “expresiones galantes –y de otro tono– a las niñas que pasan”, bajo riesgo de ser sancionados por la fuerza pública y obligados a pagar una multa.

En tanto libro de memorias de docente que se despliega en el tiempo, Jennie Howard marca y celebra en su obra los efectos modernizadores y civilizatorios que el proyecto escolarizador tuvo en la sociedad argentina. Aunque nunca pone su nombre –como bien señala Szurmuk (2007), usa todo tipo de elipsis para mantener el relato en tercera persona-, la autora se presenta como una de las responsables de su implementación, y su dilatada permanencia en el país, cercana a los cincuenta años, le permitió también presentar una evaluación optimista de sus resultados.

Climas distantes: un libro de viajes

Además del componente de la memoria, la obra puede ser considerada un libro de viajes, sobre todo por el público al que está dedicado originalmente –los estadounidenses interesados por la Argentina, por residencia o curiosidad. Si bien su autora no regresó a morar en su patria al terminar sus contratos laborales, y pasó en Argentina más de la mitad de su vida, mantuvo siempre su condición de extranjería como marca de distinción social y cultural. No buscó integrarse al país que habitaba, sino que, hasta su fin, lo siguió mirando como una viajera de paso, como el *clima distante* que referencia en el título de la obra.⁷

[7] Un ejemplo de esta mirada puede ser el siguiente dato. Acorde con las prácticas de esos tiempos, Jennie Howard donó al Museo de

En los libros de viaje, el objeto de trabajo es el espacio. Sus protagonistas se desplazan por territorios lejanos y extraños a su lugar de origen, y van dejando sus descripciones e impresiones sobre estos. Para fundamentar sus afirmaciones, muchas veces –como en el caso que aquí se analiza– se acompañan con imágenes, como mapas, croquis, ilustraciones y fotografías.

La mayoría de los relatos elaborados hasta mediados del siglo xx suelen mantener una mirada alejada sobre los lugares visitados, en los que el autor está de paso ya sea por distancia real o cultural. Muchas veces son escritos desde una posición de contemplación dominante y autorizada, que establece una “zona de contacto” (Pratt, 1991) donde pueblos, geográfica e históricamente separados, se conectan y establecen relaciones duraderas sobre la base de una desigualdad fundante que justifica estrategias imperiales. Se establece una mirada que afirma el poder del viajero occidental sobre toda sociedad o persona cuya vida no se organice según prácticas que respondan a sus principios racionalizadores y eficientistas. Esas sociedades son presentadas como atrasadas e incapaces de explotar correctamente los recursos a los que tiene acceso, por lo que se debe permitir –y estimular, como lo fue la convocatoria de las maestras estadounidenses en Argentina– la intervención de extranjeros para hacerlo. Pratt (1991) también señala que las mujeres viajeras

Arte de Worcester, Massachusetts, las carpetas criollas tejidas que le habían obsequiado familias y autoridades durante su vida profesional. No los dejó en su lugar de producción, sino que los envió a Estados Unidos, como *souvenir* de su viaje por estas tierras. También de esta forma puede analizarse la donación de su archivo personal a la Framingham State University, ya comentada en citas precedentes.

establecieron contactos con los nativos distintos a los que forjaron los hombres, los cuales se orientaban más a cuestiones económicas. Las denomina “exploradoras sociales”, puesto que intentaron modificar el medio social a través de visitas e intervenciones en instituciones como hospitales y orfanatos –escuelas, en el caso de Howard– mediante “formas de intervención imperial femenina”, a la que entendían como su misión civilizadora.

Estos relatos tuvieron también la capacidad de influir en la formación de la identidad de las naciones de las que se escribía, porque muchas veces eran leídos por los grupos dominantes nativos, ya que les proporcionaban una idea sobre el progreso que el país estaba alcanzando en relación con “los países civilizados” a los que se aspiraba (Belgrano Rawson, 2010).

Szurmuk (2007) señala que el libro de Howard comienza utilizando una de las convenciones de ese género, cuando la autora historiza su llegada a Argentina en el contexto de lo que suponía que sus compatriotas sabían sobre el país en ese momento: un conjunto de información desperdigada que lo volvía un lugar alejado, desconocido, exótico, distante y hasta aterradorante. Y como en otros libros de viajes, se utilizan comparaciones entre lo descrito y el lugar desde donde se escribe. Por ejemplo, Sarmiento es el Benjamin Franklin y el Horace Mann de Argentina, y Bartolomé Mitre es su George Washington. Se compara al vínculo del gaucho con su guitarra al del “negro con su banjo”, y se sostiene que “habla poco y en voz baja como nuestros indios norteamericanos”. Ese armado de similitudes, en la mayoría de los casos ordenadas no en forma refleja sino jerárquica, fortalece la mirada desde la cual Howard busca explicar a la Argentina. Lo argentino no

tiene sentido *per se*, sino que lo logra mediante la comparación con el arquetipo estadounidense.

En sus descripciones, lo nativo no convoca mayormente a la belleza, que se presenta generalmente como una excepción (por ejemplo, los atardeceres sobre el río Paraná). La naturaleza parece más llena de insectos y alimañas, calores sofocantes y olores nauseabundos que de flores hermosas y paisajes admirables. Las costumbres de la población le producen mayormente asombro y hasta desagrado, y las comidas no le resultan muy sabrosas ni variadas.

Después de la llegada a Buenos y la corta estadía en Paraná, el libro se detiene a contar la experiencia en Corrientes, que la aleja “aún más de su hogar”. En este caso, opta por la mirada del exotismo, mediante un despliegue que resalta lo asombroso y lo distante que a la autora le resultan el lugar y las personas que encuentra, presentadas, muchas veces, con marcas que las infantilizan. Las referencias en varias oportunidades al continuo envío de presentes a las maestras por parte los lugareños, semeja las escenas de recepción de los naturalistas por parte las tribus nativas en los libros de viaje de los exploradores (Pratt, 1991).

La primera señal de exotismo que se presenta es haber sido recibidas por “esas tormentas que solo se ven en los trópicos”. Luego, un calor sofocante y permanente, insectos extraños y temibles, prácticas “sorprendentes” –como el uso de bosta de caballo para lavar la ropa–; sucesos peligrosos –como haber presenciado dos revoluciones–; costumbres “extrañas a los ojos de los extranjeros” –como el uso extendido del luto, la ceremonia del *angelito* o la *siesta*–; referencias a la condición femenina –como las formas de galanteo permitidas, o la existencia de parejas con hijos

ilegítimos-; y el encuentro de una familia irlandesa viviendo aislada en el monte chaqueño, se despliegan en los tres capítulos que el libro le dedica a su estancia allí. Todo esto se identifica como resistencias y oposiciones que deben enfrentar las maestras para realizar su tarea. La mayoría de ellas no son presentadas como intencionales, sino producto de la naturaleza y las costumbres exóticas que encontraron en ese territorio, muchas veces, a su vez, producto del mestizaje (Genova, 2021).

En Córdoba, adonde fue trasladada Howard en 1886, el eje de la presentación es la omnipresencia y el yugo de la Iglesia católica en el lugar, lo que generaba un fuerte clima de “ignorancia y prejuicio”. En sintonía con la imagen que sobre esa ciudad había presentado Sarmiento en sus obras (1848 y 1883), Howard rescata su belleza arquitectónica heredada de la colonia, y denuncia su ambiente eclesial sofocante. El único capítulo que le dedica a esta etapa de su vida comienza recordando la inscripción anónima que apareció en la puerta de la Escuela Normal “Esta es la Casa del Diablo y la Puerta del Infierno”, que se opone a la inscripción que está desde hace más de tres siglos en una de las puertas de la Iglesia jesuita: “Esta es la Casa de Dios y la Puerta del Cielo”. Sobre esta oposición –que no es solo de contenido y de lugar de manifestación de esa escritura, sino también de tiempo: la distancia de trescientos años entre la colonia y la república las separa– se construye en la presentación de esta parte de la obra.

En esa “atmósfera de hostilidad”, la tarea a realizar se presenta distinta a la de Corrientes, ya que el nuevo enemigo es consciente de esa condición. La Iglesia católica desplegó intencionalmente todas sus armas para oponerse a la “escuela normal bajo la dirección de maestras

protestantes”, entre las que se encuentran susurros sobre la existencia de luces nocturnas que revoloteaban sobre la escuela, insultos y destratos y amenazas de excomunión a quienes se les acercaran. La situación alcanzó un sùmmum en el acto de la primera graduación, cuando hubo que poner policías a montar guardia en la puerta, ya que se arrojaron piedras y se robaron los vinos para el brindis. Como bien señala Lamelas (2022), esto no era solo una disputa sobre el lugar de la religión en el currículum de la formación docente, sino una pelea entre el Estado y la Iglesia Católica sobre el control de esa tarea, y de la que las maestras estadounidenses fueron, a la vez, protagonistas y víctimas.

En ese contexto, y tal vez por presión de la Iglesia, se decidió su traslado en 1888, lo que no les produjo ningún pesar. Para que no quepa duda al respecto, aclara que “Las norteamericanas no vacilaron en aceptar el ofrecimiento y, sacudiendo con poca pena el polvo de Córdoba de sus pies, se despidieron de los pocos amigos leales de la escuela”. En este caso, y a diferencia de los anteriores, Howard pudo elegir un puesto futuro en “ambientes menos fanáticos”. La elegida fue San Nicolás de los Arroyos, ciudad cercana a Buenos Aires, adonde se dirigió como nuevo destino de su viaje. Según su relato, la Escuela Normal de Córdoba cayó entonces en una etapa de crisis y decadencia, de la que pudo salir después de un tiempo, cuando tomó su dirección una maestra graduada en la época de la dirección de las norteamericanas.

Finalmente, y luego de cinco años de periplos en Argentina, Jennie Howard llega a la *tierra prometida* donde su “trabajo fue apreciado, se sintió feliz, y triunfó”. A diferencia de los anteriores destinos, San Nicolás es pre-

sentada como una ciudad moderna y pujante, con una población interesada en su progreso material y cultural, y en el estímulo de la educación. Por estas características, había logrado que se fundara en ella una Escuela Normal Mixta.

San Nicolás tiene todo lo que Howard deseaba: una población amigable y entusiasta, hoteles limpios, un edificio escolar en excelentes condiciones, una institución con coeducación, alumnos y alumnas con ganas de aprender, y hasta un sacerdote liberal que apoyó la apertura de la Escuela Normal. Su descripción se parece mucho a “lo que por todas partes se ve en los Estados Unidos de América, como ser pequeños y florecientes pueblos con pintorescas residencias, hermosos edificios escolares, bibliotecas públicas, etcétera”.

A diferencia de lo que sucedía en Córdoba, los festejos en San Nicolás son presentados como exitosos y emocionantes, y se le dedican bastantes páginas. Así, se celebran la apertura de la escuela, las graduaciones, y los aniversarios de su fundación. En encuentros masivos, se suceden concursos literarios, representaciones artísticas –que incluyen una alegoría “sobre Pestalozzi y las Escuelas Normales”–, palabras y discursos sentidos, banquetes poblados, y entrega de premios y distinciones.

Una mención especial merece el paso del féretro de Sarmiento por el río Paraná en 1888, y con el que se detiene el relato cronológico pormenorizado empezado en 1883. En esa ocasión, miembros de la escuela, junto a otras personalidades, solicitaron subir al barco que lo transportaba para honrar su memoria con flores y coronas. Luego de tres horas de espera en el muelle, algunos se atrevieron a enfrentar la fuerte corriente en un bote y subir al vapor. Así lo relata Howard:

Allí, resguardado por enlutadas paredes de lona tapadas, como el piso, por lo emblemas de duelo de las poblaciones agradecidas por las que había pasado, y con su ataúd envuelto en la bandera argentina y por entero cubierto de flores, dormía el guerrero, el maestro, el legislador, el estadista, el escritor y el expresidente de la Nación. Sordo al rugido del viento y de las olas, sordo a la alabanza y al reproche, yacía aquél “cuya existencia fue trabajo y cuyo lenguaje fue pleno de enseñanzas arrancadas de la ruda experiencia de la vida”.

La ofrenda del pueblo de San Nicolás fue depositada silenciosa y reverentemente a su derredor y los portadores de ella contemplaron el tranquilo rostro mientras uno de los maestros argentinos articulaba, con voz cascada, algunas palabras de despedida.

Ese encuentro final entre la maestra norteamericana y quien la había convocado resume la obra. La expresión “cuya existencia fue trabajo y cuyo lenguaje fue pleno de enseñanzas arrancadas de la ruda experiencia de la vida” puede ser aplicado a ambos, y recupera la idea de la dedicatoria (el patriotismo de Sarmiento y el “coraje y entusiasmo” de las maestras) con la que se abre la publicación.

A modo de cierre

El libro de Howard empieza con una breve biografía de la autora escrita por un ex alumno argentino no identificado. Allí, se narra que la maestra bostoniana, antes de emprender en 1883 el viaje que cuenta la obra, había sido capaz de convertir a una institución masiva que era

famosa por su indisciplina en una escuela modelo. Como señala Genova (2021), esa era la tarea que le esperaba en Argentina: convertir en un país desarrollado a una tierra desordenada mediante la acción educativa. Esa misma metáfora se repite cuando recuerdan que un inglés les dijo, respecto a los arreglos que había hecho en su casa en Corrientes para volverla habitable, que “una muchacha norteamericana se da [...] maña para transformar un páramo en un hogar comfortable”.

Como en muchos otros libros de memorias y viajes, este termina donde comenzó: en la ciudad de Buenos Aires. Allí, como ya presentamos, se utiliza la metáfora de Rip Van Winkle para mostrar los cambios acaecidos en cincuenta años. La suciedad, el desorden y las enfermedades, elementos que ordenaron la primera presentación, desaparecen a su regreso. En la descripción de 1930, Buenos Aires ya no es una realidad que se huele como en su llegada en 1880, sino una realidad que se contempla. Las sensaciones que produce llegan a la conciencia por vía de los ojos y no de la nariz. Este pasaje, del predominio del sentido del olfato al predominio del sentido de la vista marca los cambios en las experiencias sensibles hegemónicas. La modernización ha desplazado un sentido “bárbaro”, que pone en contacto corporal al sujeto y al objeto, para permitir el despliegue de un sentido “civilizado”, que establece una distancia aséptica entre ambos. De esta forma, la obra se convierte en un muy buen ejemplo del análisis de Rodolfo Kusch (1961) respecto de la disputa dialéctica entre el hedor y la pulcritud sobre la construcción de identidades en América Latina.

De todas maneras, Howard aclara que “casi todo el progreso social y educativo del país se observa en Buenos

Aires” y en algunas otras ciudades, pero que en el resto del país subiste “una gran penuria”. Esto marca una diferencia con los Estados Unidos de América, donde por todas partes se ven “pequeños y florecientes pueblos”. De esta forma, Howard ordena jerárquicamente a las dos naciones –Argentina aún no llega a ser Estados Unidos–, e identifica que el debate entre Buenos Aires y el Interior, centro de la discusión política del siglo xix, se había trasladado del campo de batalla militar, al campo de batalla cultural (Ludmer, 1999).

Como sostiene Barrán (1989), en la América Latina del cambio de siglo del xix al xx se vieron acelerados e impulsados procesos que en los países centrales tardaron siglos en consolidarse. La necesidad de modernización que propugnaban las elites implicó su activación veloz –y muchas veces autoritaria– para llegar al nivel esperado lo antes posible y poder sumarse así al “progreso” de la humanidad. Fue un pasaje acelerado, intencional y promovido mediante el cual la modernización cosmopolita fue imponiendo pautas que fortalecían los procesos de individualización, asociados a la civilización y al progreso, en oposición a los modelos previos del atraso, la barbarie y los resabios coloniales.

No casualmente, casi al comienzo de la obra se hace referencias al carnaval de la década de 1880 y al cierre, se menciona los de la década de 1930. El primero se localiza en Corrientes, lo que dificultó a las maestras norteamericanas para conseguir alojamiento; el último, en Buenos Aires, donde, con cierto dejo a la vez de nostalgia y celebración, Howard ve su extinción. Dice al respecto:

En épocas pasadas todo el país dedicaba tres días de cada año a enmascararse y a bailar y, cuando la diversión llegaba a la vehemencia, se entretenía, ya en arrojar baldes de agua a los transeúntes desde las azoteas, ya en apuntar a la cara o al cuello de los demás el chorro perfumado de un pomo, galantería ésta correspondida a menudo con vigor. Ahora, en cambio, el carnaval está decayendo, excepto entre las personas de recursos limitados que, al disfrutar de tres días de fiesta, conservan la costumbre de chacotear entre ellas mismas. Las familias acomodadas prefieren usualmente la quietud de las sierras de Córdoba, las excursiones fluviales o la orilla del mar, en Mar del Plata, el gran balneario argentino.

En un corto periodo de tiempo, la fiesta popular, bárbara y dionisiaca ha dejado paso al disfrute del “tiempo libre” burgués, civilizado y apolíneo. El exceso ha cedido su lugar a la medida. La obra que aquí prologamos, ya sea como libro de memorias o libro de viaje, es un intento de dejar un relato autorizado de ese proceso, y del que su autora, para bien o para mal, puede considerarse una de sus protagonistas.

Bibliografía citada

- Barrán, J. P. (1989). *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Belgrano Rawson, M. (2010). Sofocante Buenos Aires. Representaciones de género en la literatura de viajes sobre Argentina (1880-1920), *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. DOI: <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.58439>
- Genova, T. (2021). *Imperial Educación. Race and Republican Motherhood in the Nineteenth-Century Americas*. University of Virginia Press.
- Gonzalez, Sabrina (2022) “Schools as Laboratories: Science, Children’s Bodies, and School Reformers in the Making of Modern Argentina (1880-1930)” PhD dissertation, University of Maryland, College Park.
- Howard, J. (1951). *En otros años y climas distantes*. Buenos Aires: Raigal.
- Kusch, R. (1961). El hedor de América, *Dimensión, Revista trimestral de cultura y crítica* (7), año V.
- Lamelas, G. (2022). *La religión, el clericalismo y las escuelas: la lucha por la hegemonía en la educación: legislación, currículum y prácticas escolares: Córdoba, 1880-1930*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Leroux, K. (2015). “Money is the Only Advantage”: Reconsidering the History of Gender, Labor, and Emigration among US Teachers in the Late Nineteenth Century, *International Labor and Working-Class History*, 87, 184–212. <http://www.jstor.org/stable/43957062>
- Ludmer, J. (1999). *El cuerpo del delito. Un Manual*. Buenos Aires: Perfil.
- Luiggi, A. H. (1959). *Sesenta y cinco valientes*. Buenos Aires: Ágora.

- Pineau, P. (2014). Guerra a la escuela bárbara. El establecimiento de una estética moderna en los orígenes del Sistema educativo argentino. En P. Pineau (dir.), *Escolarizar lo sensible. Estudios sobre estética escolar (1870-1945)* (pp. 115.134). Buenos Aires: Teseo.
- Pineau, P. (2021). Escritos maestros: una revisión de sus producciones en el tiempo. *Biblioteca “Devenir Docente”*. INFOD-Ministerio de Educación de la Nación.
- Pratt, M. L. (1991). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Szurmuk, M. (2007). *Miradas cruzadas: narrativas de viaje de mujeres en Argentina 1850-1930*. México: Instituto Mora.

Hacer docencia en “un país sin armarios ni aparadores”. Una aproximación biográfica a la figura de Jennie Howard

43

POR GABRIELA LAMELAS

Se narra lo que pasa, y justamente, por pasar no queda; salvo en la palabra que lo narra, salvo en la palabra del narrador que lo restituye a la realidad tal vez para iluminar ésta en su ser pasajero, tal vez por pura diversión (Giannini, 1987).

En el último tercio del siglo XIX, a instancias del entonces ministro y luego presidente de la Nación, Domingo Faustino Sarmiento (1868-1874), se llevó adelante una experiencia de vinculación pedagógica de gran relevancia para la historia de la educación: la convocatoria a maestras norteamericanas para dirigir escuelas normales en distintos puntos del territorio del país.

Atraída por la iniciativa, Jennie Howard arribó al puerto de Buenos Aires en 1883 durante la primera presidencia de Julio Argentino Roca (1880-1886). Del contingente de maestras y maestros norteamericanos que llegaron al país es quizás una de las más recordadas por la historiografía educativa, posiblemente, por haberse convertido a sus 88 años en la última normalista residente en Argentina.

Nacida en Coldbrook, Massachusetts, formada en la escuela normal de Framingham, tenía entonces 38 años y una vasta trayectoria como maestra y como directora cuando emprendió su viaje. Al igual que el resto de sus colegas, debió realizar un curso de cuatro meses en la Escuela Normal de Paraná para aprender el castellano. Una vez

concluida esa aclimatación, Jennie Howard fue destinada a la Escuela Normal de Corrientes (1883-1886), luego trasladada a Córdoba (1886-1888), donde se desempeñó como regente y vicedirectora de la Escuela Normal Nacional y, finalmente, designada regente y profesora de crítica pedagógica y aritmética en la Escuela Normal de San Nicolás. Se retiró de la docencia en 1908. Volvió a su país en varias ocasiones, incluso ya jubilada, pero sólo de visita, porque se instaló en Buenos Aires hasta su muerte, en 1933.

En 1931 se publicó *In distant climes and other years* editado en Buenos Aires, en inglés, por la editorial The American Press, con tapa dura. El idioma de este primer libro revela que estaba dirigido especialmente a un público norteamericano. Recién, veinte años más tarde, la editorial Raigal imprimió una edición en castellano en los talleres gráficos del periódico Buenos Aires Herald.

Alice Huston Luiggi (1959) señala que Jennie Howard ocupó hasta su muerte un lugar destacado en la colonia norteamericana en Buenos Aires y que tejió vínculos estrechos con funcionarios del consulado, de la embajada y hombres de negocios. Reafirmando esta apreciación, la edición en inglés contiene un prefacio firmado por "la señora de Robert Woods Bliss" quien, si bien no colocó su nombre, se advierte que formaba parte de la Embajada Norteamericana en Buenos Aires. Robert Bliss, embajador en el período 1927-1933, era un importante diplomático, coleccionista de arte, filántropo y hombre de mundo. La anónima prologuista era Mildred Basnes, esposa y, al mismo tiempo, hermanastra del funcionario; poderosa y rica dama de la alta sociedad estadounidense que se desempeñaba mucho más que como una colaboradora de su esposo. En su prólogo ratifica el lugar que ocupaba

Howard en la comunidad norteamericana en Argentina, destacando su conocimiento de *la vida en las provincias* y explicitando que llevaba adelante disertaciones anuales para residentes sobre historia del país, literatura y “costumbres nativas”. Estos aspectos aportan elementos para considerar las condiciones sociales, materiales y políticas en las que se pusieron a circular estas ideas: una influyente comunidad internacional editó las memorias de una maestra que, como se recupera en la misma obra, no tenía el sustento económico básico y debía ser asistida con una pensión honoraria por sus ex alumnos.

Una vida, otras vidas, un proyecto

En los últimos años la experiencia de estas maestras norteamericanas ha sido objeto de un particular interés. Publicaciones de distinto tipo –literarias, académicas, de investigación periodística, de divulgación– han ido trazando acuerdos y contrapuntos historiográficos sobre diversos aspectos su vida.¹ Con matices, proponen cla-

[1] Es pionera en la temática la investigación realizada por Alice Houston Luiggi, quien sistematiza un vasto archivo compuesto por cartas, diarios, artículos y entrevistas y cuyos resultados publica en *Sesenta y cinco valientes. Sarmiento y las maestras norteamericanas*, editado en Buenos Aires por Ágora en 1959. Esta obra aporta las bases para investigaciones posteriores, a la vez que estas revisan algunas de sus afirmaciones iniciales, a partir del acceso a nuevos documentos de archivo y a otros esquemas interpretativos. En el siglo XXI, entre un conjunto de trabajos, se encuentran *Las maestras de Sarmiento*, de Julio Crespo, publicado en 2007 y *Las señoritas* de Laura Ramos, en 2021, el mismo año que María Cristina Vera de Flachs escribe *Historia de vida de maestra: Jennie Howard, una pionera de la formación de maestras en Argentina*. Además, se ofrecen perspectivas con otras miradas analíticas y que enriquecen el acervo historiográfico sobre el tema: Silvia Rointenburd, en 2009,

ves de lectura y realizan aportes fundamentales para la comprensión del proyecto normalista y su desarrollo. Sin embargo, y con excepciones, en gran parte de los trabajos el acento estuvo puesto en la descripción biográfica y la elaboración de retrospectivas históricas celebratorias de su memoria, alentando su inclusión en un panteón pedagógico sustentado en el relato de hazañas, con rasgos hagiográficos, y una cierta mirada melancólica sobre el pasado. Los trabajos destacan la audacia de estas profesoras, en general en lecturas asociadas con el género. Excepcionales, valientes, entusiastas, arriesgadas, con ánimo de superar obstáculos; mujeres con coraje, de espíritu superior, que cimentaron el edificio de las escuelas públicas argentinas. Intrépidas, abnegadas, pioneras, son algunas de las claves desde las que se analiza la experiencia. La fe es el móvil para cruzar el océano y enfrentarse al peligro de un país agitado por climas bélicos, externos e internos. Sus acciones obedecerían a un mandato civilizatorio, a tono con un apostolado “de infinita bondad” cuando se requirieron sus servicios. Propósitos nobles de mujeres que habrían buscado un destino, no para ellas, sino para una patria imaginada por Sar-

publica *Sarmiento: entre Juana Manso y las maestras de los EEUU. Recuperando mensajes olvidados*, donde estudia el papel de Juana Manso en este proceso, figura que tuvo un rol fundamental en estos años. Por su parte, el artículo de Laura Rodríguez (2022), *Las maestras norteamericanas que trajo Sarmiento y las que vinieron después: su trabajo en Argentina (1869-1910)* propone un acercamiento que matiza el acento biográfico de los anteriores y diversifica las fuentes con el análisis de informes escolares presentados ante las autoridades por estas maestras y otros documentos que le permiten visibilizar aristas del trabajo de estas normalistas hasta ahora no exploradas. En Estados Unidos también se investigó esta experiencia, por ejemplo, en las producciones de Karen Leroux (2015).

miento; idealistas, ajenas a las recompensas materiales, habrían transitado una acción desinteresada, modesta, ilustrada; misioneras fuera de su patria que emprendieron un viaje al sur.

Es posible trazar una correspondencia entre estas interpretaciones y el propio discurso en el que su acción se inscribió. Sarmiento mismo las presentaba, a tono con el prototipo que componía de la mujer norteamericana, como mujeres libres, un nuevo tipo en el mundo, que hacían uso inteligente de su independencia, trabajadoras animosas que, decía, combinaban el saber con el dominio del arte de enseñar. Las seleccionó con criterios acordes a este imaginario: maestras normales, con experiencia en la enseñanza, conducta y moral intachables, de buena familia, jóvenes, bien parecidas. Destacaba la importancia de la belleza, su estética, rasgo que consideraba de influencia civilizatoria frente a “la rusticidad humana” (Luiggi, 1959: 9). Debían constituirse en un ejército encantador que daría batalla a la ignorancia de la patria. Este imaginario las contraponía, no solo en términos sociales, culturales y estéticos, sino amparado en un ideal pedagógico y de modernización educativa, a las damas de la Sociedad de Beneficencia, organizada por Rivadavia bajo la guía de la Iglesia Católica, a quienes Sarmiento llamaba “viejas ignorantes” que ejercían una influencia reaccionaria en las escuelas del país. En la misma dirección, una nota publicada en el *Monitor de la Educación Común*, caracterizaba a las maestras norteamericanas como un grupo de obreras que contribuyeron con su vida a “modelar la formación moral e intelectual de los maestros argentinos y cuyo benéfico ascendiente continúa inspirando” (mayo 1931: 104).

En otros años y climas distantes sostiene un relato que refuerza esta caracterización; la presentación, el prólogo y la propia narrativa de la autora, se hacen eco de este conjunto de identificaciones y valoraciones que se vuelven, a pesar del tono impersonal de la obra, autoidentificaciones y autovaloraciones, a la vez que conforman discursos justificatorios o autoproclamatorios. La versión de Jennie Howard recupera una vivencia en una escritura que, por su propio carácter, tiende a justificar, validar, excusar, defender, además de difundir, un modo de comprender lo educativo, la formación docente, al tiempo que expone su propio papel en el proceso. Esta obra puede ser considerada parte de un acervo de documentos que, junto a los diarios personales y correspondencia de las normalistas, componen fuentes valiosas para el acercamiento a sus acciones y decisiones, pero, sobre todo, a sus formas de narrar la experiencia, a los recuerdos sobre las vivencias que deciden relatar, al modo en que subjetiva y adjetiva su trabajo y sus vínculos con el mundo social, laboral, político y cultural de la época. Es posible reconocer en su discurso el modo en que la demarcación de sus identidades se hace eco de los propósitos y las construcciones discursivas del proyecto educativo de Sarmiento y su generación, especialmente, del papel del normalismo y la escolarización en la construcción y consolidación de la nación, la modernización, el avance civilizatorio. Discurso que, en el mismo acto, se despoja de otras posibles identificaciones, como por ejemplo, la de trabajadoras de la educación o inmigrantes.

La obra brinda la oportunidad de acceder a la descripción, narración y análisis del proceso y de fragmentos de la vida de Jennie Howard. Su valor reside en exponer, no

sólo aquello que eligió contar y cómo lo hizo, sino también vislumbrar qué calló, por qué dijo aquello que dijo, indagar por qué, para qué y para quiénes lo contó y por qué lo hizo de ese modo. Su autora asumió posiciones en su relato y ofreció una versión particular de una “buena normalista” en el proyecto político-pedagógico que integró. De este modo, pueden emerger consideraciones sobre contenidos, metas y valores que priorizó y descartó, así como apuestas y herencias. Permite, al mismo tiempo, acceder a un registro vital, una memoria atravesada por las luchas y disputas del momento histórico.

Atentos a esta trama, es preciso tomar distancia de aquel relato que entronizaba a las normalistas como depositarias de una misión de orden superior, para preguntarse: ¿Cómo podrían ser consideradas en la inscripción en una época donde las mujeres de clase media y media alta, así como algunas otras provenientes del movimiento obrero, comenzaban a sacudirse prejuicios y preceptos y adoptaban otros modos de asumir su femineidad? ¿Es posible delinear la trayectoria de Jennie Howard y sus compañeras en los contornos del estereotipo de la mujer independiente hacia fines del siglo XIX y principios del XX, tiempos de modernización social y cultural, así como de importantes pasos en la inserción profesional de la mujer? ¿Qué trayectorias personales, sociales y laborales habían transitado? ¿Qué asemeja o distingue a estas mujeres de otras y otras trabajadoras inmigrantes? ¿En qué condiciones desarrollaron su trabajo? ¿Qué mirada construyen sobre ellas mismas y su papel en la historia de la educación argentina? ¿Qué mirada devuelven sobre la población local, sus colegas, sus estudiantes? ¿Cómo entendieron y llevaron adelante su tarea educativa?

Pueden insinuarse varias claves para su lectura, como un acercamiento al tipo de obra que se construye, su carácter de trabajadoras migrantes, las condiciones de trabajo, su participación –a la vez que resignificación– en el proyecto sarmientino y de la generación de liberales que las convocaron; así como también los rasgos que caracterizaron la construcción de alteridad que realizaban estas normalistas sobre la población local, las familias, sus colegas argentinas y los propios estudiantes.

En otros años y climas distantes: ¿autobiografía, crónica o memoria?

En la escritura del texto que presentamos, Jennie Howard asume la voz del colectivo de maestras norteamericanas y otorga rasgos míticos a su experiencia. Escribe en tercera persona, pese a tratarse de un relato autobiográfico. Sin embargo, tampoco narra una mera aventura personal si no que forma parte de una iniciativa de experimentación pedagógica de trascendencia, con filiación en la historia institucional y el ideario normalista. Su acción transcurre en articulación con la de funcionarios estatales, intelectuales, políticos, miembros de la burocracia escolar, tanto norteamericanos como locales. Es representante de una idea que no creó, pero que vive, se cuenta y se recrea a través suyo (Lomnitz, 2016). El normalismo, sus propósitos, sus banderas, su ideario se transforman en vivencia, cotidiano, trayectoria vital. Sin embargo, no es sólo una emisora porque ella fue protagonista y, como tal, tomó posiciones y participó activamente en delinear sus rasgos, haceres, consensos y disputas. Lo hizo desde una posición de poder que no era tal cuando escribe la obra.

Jennie Howard ya era mayor, vivía humildemente y debía ser auxiliada en su jubilación afectada por la pérdida de la voz, enfermedad propia de la profesión. No obstante, adopta un lugar de enunciación que, en retroactivo, reclama responsabilidades en la acción, no sólo personales sino del conjunto de maestras de las que se sentía representante. ¿Es posible pensar a esta autora como un tipo particular de intelectual (Fiorucci, 2023) que asume la representación de la comunidad, trama alianzas con actores sociales e instituciones para poder constituirse en la narradora y trascender con su obra?

Quizás, y como contracara de lo antedicho, Jennie Howard se fijó el propósito, y así lo acentúa de forma explícita, de salir del anonimato. Reclama, con cierto énfasis, su lugar en la historia. En un pasaje recupera el establecimiento de una estatua de Sarmiento en Boston, a lo que califica como “un acto de justicia”, y explicita que sería justo también “un recuerdo al grupo de abnegadas mujeres norteamericanas que respondieron a su llamado, siguieron su dirección en su propia tierra lejana y lo ayudaron hábilmente en la realización de su entusiasmo”. Sin ellas, presume, no habría sido posible. Respondieron, se dejaron dirigir, ayudaron a realizar la idea.

El libro tiene tono y contenido político. Su autora remite con detalle y rigurosidad histórica a hitos fundamentales del período de construcción y consolidación de la nación argentina. Posicionada desde la tercera persona, que se parece mucho a un *yo*, documenta las transformaciones políticas, económicas, culturales, sociales, demográficas que atravesaron la vida de las personas, las pertenencias, la otredad. A lo largo de los capítulos, su historia personal se entrama con acontecimientos de una

historia colectiva, un derrotero individual que deriva de su vitalidad, justamente, de su posibilidad de condensar elementos del mundo social (Benjamin, 1961). Al mismo tiempo, como reverso, es un relato que, a pesar de estar estructurado en hechos o acontecimientos históricos, pasa por el tamiz de la mirada y la expresión narrativa de quien lo escribe. Es un texto con múltiples aristas, un testimonio que trae "noticias del pasado", recupera sus memorias coloreadas por la subjetividad, valoraciones e ideario de su narradora.

Howard caracteriza el tipo textual como crónica, afirmación que requiere cierto detenimiento y consideración. La crónica es una forma de narratividad híbrida (Rioseco Perry, 2008). Walter Mignolo (1982) sostiene que las crónicas no distinguen con claridad, y quizás ni siquiera sea la pretensión, la realidad de la ficción, pero siempre buscan enriquecer el imaginario de quien las lee. Las crónicas clásicas en el trabajo historiográfico son las elaboradas por los cronistas de indias, quienes tenían como tarea describir para el monarca todo lo que veían en tierras ignotas. Bartolomé de las Casas, a propósito de las crónicas de indias, se preguntaba sobre los motivos que llevaron a algunos a escribirlas y respondía que sus móviles podían ser, en algunos casos, deseo de fama y gloria; en otros, servir y lisonjear a los príncipes; otros más, rescatar hechos del olvido (de las Casas, 2006). Exceptuando los últimos capítulos, *En otros años y climas distantes* está organizado siguiendo un orden cronológico para secuenciar la narración de los sucesos, se trata de un texto escrito por alguien que presenció los hechos, fue testigo y sujeto activo, a la vez que cumple con la característica de combinar rigor científico con expresiones

literarias, entrama elementos históricos admitiendo al mismo tiempo la subjetividad. Busca informar a la comunidad anglosajona como destinataria principal, para la cual Howard brindaba disertaciones habitualmente.

Veamos ahora reparos posibles respecto al tipo textual. Por un lado, su narradora no solo es observadora, sino que también asume responsabilidad en la empresa que narra. El uso de la tercera persona no debería hacernos perder esto de vista a la hora del análisis. Por otro lado, escribe el texto al final de su vida. Quizás dentro de un cuarto, ya jubilada, con su memoria como tamiz, no produce esta *crónica* al ritmo de sucesos que invaden su vista y sus emociones directamente. No es un “diario de viaje”, no registra las percepciones, eventos, acontecimientos, que transcurren, sino que realiza una reconstrucción a partir de sus memorias. Como tal, la memoria restituye, pero también omite, selecciona, jerarquiza y olvida. Informa lo pasado, un pasado que Jennie Howard vivió y del cual fue contemporánea, sin necesidad de un apego firme a la cronología ni a los hechos, con ciertos permisos y la pretensión de lograr un discurso sólido, bien escrito, una narración del tipo de la gesta, que se acerca a una autobiografía. Podría pensarse también cierta inscripción en el género de los *anales* que registran acontecimientos *dignos de memoria*.

Tal como suele ocurrir con otras fuentes en las que sus autores toman la palabra (cartas, notas de opinión, memorias, autobiografías) ciertas marcas suelen diluirse y llegan a sus lectores con fuerza de verdad; se invisibilizan las sutilezas de la toma de posición y la enunciación dirigida a los lectores imaginados que, en este caso, podemos suponer ávidos de un relato epopéyico, con rasgos

de exotismo. En este libro, la adopción de la tercera persona narrativa refuerza este riesgo, junto a una enunciación que tiende a matizar las motivaciones del hablante, su necesidad de justificar, argumentar, revalorizar a la vez que informar. El texto exalta circunstancias, minimiza, omite y justifica, no necesariamente con fines de embaucar al lector o de cierta deslealtad, pero, inevitablemente, cuenta con trazos realizados desde la posición y los propósitos de la enunciación.

El tiempo en el relato se sistematiza en capítulos acompañados con el recorrido y la subjetividad de la narradora; el tratamiento del espacio acompaña el desplazamiento de esta maestra viajera. La travesía inicial abunda en detalles –como se sugiere luego– y adquiere una duración subjetiva equiparable a los dieciséis años en San Nicolás. Los días de clases y la vida cotidiana en la escuela están casi ausentes. El paso por Corrientes, donde permanece dos años, es mucho más extenso y detallado que su estadía en Córdoba, período resumido en unas pocas líneas y anécdotas. En el texto, se vale de referentes temporales propios, pero también históricos.

Considerar texto y contexto permite el acercamiento a las construcciones de sentido que su autora va proponiendo, comprensión que se ve enriquecida al considerar las luchas metadiscursivas, polémicas y disputas por las interpretaciones de las que forma parte (Van Dijk, 2004). Puede ser necesario desplazar los detalles pintorescos, sin dejar de lado el gusto y el placer que despierta la lectura, para considerar qué aporta a la hora de comprender la "arena" en la cual se desarrollaron las luchas políticas, las batallas discursivas, las definiciones, la legitimidad en la que se enmarca.

Jennie Howard ha ocupado –y en parte lo sigue haciendo cuando escribe el texto– una posición que tiñe su discurso de normatividad, de un *deber ser* edificante del que difícilmente podría o desearía correrse. Muchas de sus afirmaciones son reflejo de lugares comunes o quejas consabidas que conforman los relatos de miembros de la burocracia escolar en el período (Rockwell, 2018). Pese a este rasgo de su escritura, es posible recuperar en sus páginas pistas de la heterogeneidad de cada institución por la que transitó, vetas territoriales, geográficas, culturales; variaciones, pero también recurrencias y/o tendencias de una vida cotidiana escolar en la que intervienen sujetos enfrentados a leyes y programas, mediaciones con las que se instrumenta la acción y formas específicas en las que cada institución pone en práctica modos particulares de desarrollo de los dispositivos de organización de la escuela como sistema (tiempos escolares, organización institucional, régimen y disciplina, entre otros).

Los ideales pedagógicos de Horace Mann, el patriotismo de Sarmiento

A Horace Mann y a Domingo F. Sarmiento dedica el libro y, así, sella la inscripción política y pedagógica en la que se reconoce. Retomemos el argumento presentado más arriba: las maestras viajaron a un *país desconocido* para ayudar a Sarmiento a *implantar* el sistema de las Escuelas Normales de los Estados Unidos. Extensos pasajes abonan esta idea, los cuales adoptan un tono aún más impersonal, más propio de texto histórico y político.

Las dos figuras invocadas ocupan lugares muy diferentes en el desarrollo de la obra que presentamos.

Sarmiento es un protagonista fundamental, al que dedica extensas referencias y loas; Horace Mann diluye su protagonismo con rapidez y no vuelve a ser nombrado. El sanjuanino es para Howard el responsable de "la invasión de las maestras norteamericanas", el hombre que iba a liberar al país de la ignorancia. Un hombre que pasó *de muchacho descalzo, a presidente de la república*. Auto-didacta, educador sudamericano con planes "maravillosos". Su estatua en Boston, así como las exequias de su muerte en 1888, su cuerpo llevado río abajo por el Paraná desde Asunción del Paraguay, las maestras y alumnos de la Escuela Normal, encabezadas por Jennie Howard y Francisca Armstrong, junto a otros pobladores, congregados para ver pasar el buque funerario por San Nicolás, son algunas de las imágenes que propone para graficar su grandeza. "Guerrero, maestro, legislador, estadista, escritor y expresidente de la nación", lo llama Howard en el momento de su muerte, sin dejar de destacar con imágenes algo de su carácter sombrío, en un paisaje nocturno, ensordecido por el viento y las olas, tal como fue él, "sordo a la alabanza y al reproche". Sarmiento no está solo, aunque destaca entre sus pares, y Howard extiende su análisis a la formación de maestros en los mandatos de Avellaneda y Roca, justamente, a partir de situar en la presidencia de este último su propia llegada al país y de destacar también la iniciativa y el rol de Eduardo Wilde, su ministro de Educación.

Precisamente, una experiencia de migración y vinculación entre países americanos que concreta la articulación entre el gobierno argentino y un sector del normalismo norteamericano (Horace Mann, Mary Mann, entre otros), no puede ser caracterizado como un intento

de imitación servil, sino que se inscribe en políticas de contacto, circulación e intercambio pedagógico. Se abre una zona, un proyecto de experimentación pedagógica, un largo período de tiempo, donde estas culturas y trayectorias se encuentran, se entraman, chocan, se complementan en relaciones de dominación y subordinación, pero también de resignificación, resistencias y mestizaje.

Jennie Howard: mujer, trabajadora, inmigrante

Mucho se ha escrito sobre las condiciones del trabajo de la autora y sus motivaciones para viajar, quedarse, regresar o morir lejos de su hogar. Se ofrecieron explicaciones y razones de muy diverso orden y con diferentes jerarquías.

¿Por qué se decidieron a emprender ese largo viaje, dejar atrás su país, sus familias, su trabajo, una carrera? En este libro, Howard enfatiza un conjunto de motivaciones: los salarios inicialmente altos, la falta de trabajo en algunos Estados norteamericanos, la expectativa de encontrar marido o el afán de aventura, ampliar horizontes, razones siempre combinadas con lo que llama una *verdadera vocación* que estas maestras y maestros tenían por “ayudar a los menos favorecidos en los adelantos educativos”. En el caso de Jennie Howard varios biógrafos destacan que habría estado también motivada por la búsqueda de *un cambio de ambiente* por asuntos “del corazón”, dado que su prometido había fallecido años antes.

No obstante, retomando el argumento enunciado más arriba, su identidad como trabajadoras se suele desdibujar o al menos desjerarquizar. Pese a esta extensa enumeración de posibles móviles, finalmente los esfuerzos de estas maestras se explican porque estaban orientadas

a cumplir una misión. Quizás la propia distancia en las formas de vida, las actividades de ocio y culturales, sus hábitos de consumo, hayan reforzado esta tendencia, al mismo tiempo que otros marcadores de status social, como la educación o la vestimenta, pueden haber colaborado para desdibujar sus pertenencias de clase. Este grupo de docentes migrantes eran portadoras de un estatus comparativamente alto, justamente por su participación en una iniciativa de reforma, en un ideario que confería prestigio al trabajo de estas maestras. Esto no es privativo de estas normalistas norteamericanas sino, ciertamente, pasible de ser proyectado a las y los docentes siglo XIX, con continuidades hasta bien avanzado el siglo XX. Alimentan un imaginario en el que reformadores de clase media acompañan una "edad de oro" de las escuelas, cuando los maestros devotos ponían su misión civilizadora por delante de sus necesidades personales, reforzando una ficción de altruismo que desdibujaba sus identidades de clase (Leroux, 2015).

El trabajo de los docentes ha sido históricamente presentado como teñido de abnegación, y el mejoramiento de la economía personal sería un aspecto no pasible de ser visibilizado sin cierto reparo (Boydston, 1993). A tono con estas lecturas, Karen Leroux enfatiza, a partir de un estudio de sus cartas y de la situación de las mujeres como trabajadoras en Estados Unidos en el período, la preeminencia del móvil económico para explicar la migración de las maestras estadounidenses. Desde una perspectiva de la historia laboral, aporta elementos de peso para considerar cómo estas inmigrantes se entendían a sí mismas, a su trabajo y su ubicación social.

¿Cómo era ser maestra en las escuelas estadounidenses del siglo XIX? Según algunos estudios, las posibilidades de mejorar las condiciones y términos laborales y económicos del trabajo eran infrecuentes. Para las mujeres, la docencia era una profesión de baja remuneración, con pocas posibilidades de encontrar empleo. En Massachusetts, entre 1834 y 1880, se trataba de una ocupación que convocaba mujeres blancas de clase media (Kaestle y Vinovskis, 1981). La mayoría de ellas eran solteras o viudas y necesitaban ganarse la vida, situación que la Guerra Civil y la migración contribuyó a incrementar. En un campo limitado de opciones laborales, la enseñanza se convirtió en un trabajo respetable para mujeres que debían o pretendían sustentarse a sí mismas.

El origen laboral de sus familias se identifica con la mayoría de las docentes inmigrantes: no nacieron en hogares económicamente privilegiados. Sus padres eran “granjeros, comerciantes, artesanos y gerentes de nivel medio que ocupaban la frontera entre el trabajo manual y el intelectual” (Rury, 1989). “Las hijas de agricultores constituían el 34 por ciento y el 25 por ciento eran hijas de toneleros, sastres, zapateros, carpinteros y otros artesanos. Otro 34 por ciento eran hijas de comerciantes y fabricantes, y el 7 por ciento eran hijas de clérigos protestantes” (Ogren, citado por Leroux, 2015: 4). La posibilidad de incrementar sus ingresos, más que cualquier otra cosa, habría persuadido a estas maestras a migrar.² El

[2] Por ejemplo, “en 1870 el padre de Rachel King era sastre en Indianápolis y tenía 100 dólares en bienes personales. Rachel tenía al menos siete hermanos, seis de ellos nacidos en Inglaterra. A los dieciséis años, empezó a trabajar haciendo faldas de miriñaque; Más tarde, ella y una de sus hermanas se convirtieron en maestras en las escuelas públicas de la ciudad. El padre de

estudio de sus diarios personales, correspondencia, periódicos y registros censales, arroja que el dinero era un móvil fundamental para afrontar la partida. De hecho, Horace Mann había convencido a Sarmiento para que les ofreciera generosos contratos de tres años, con algunos meses de estudio del idioma, pasaje marítimo y, en algunos casos, alojamiento. Además, le advirtió que no irían a Argentina sin un estímulo financiero, excepto quizás, aquellos que poseyeran el "espíritu misionero" pero carecerían de pericia y calificaciones.

Inicialmente, los salarios pagados a estas maestras oscilaban entre 1.200 y 1.500 dólares al año, lo que era al menos el doble de lo que podían aspirar a ganar en un puesto similar en Norteamérica. Los montos disminuyeron en la década de 1880, pero nunca cayeron tan bajo como los de las maestras en ciudades pequeñas y medianas de Estados Unidos. Por ejemplo, Elizabeth Coolidge, graduada de la Escuela Normal del Estado de Massachusetts en Framingham, había estado ganando 600 dólares al año como maestra de escuela pública en Lockport, Nueva York. En Winona, Minnesota, pagaban a las maestras y maestros entre 500 y 600 dólares anuales, respectivamente.

Respecto del origen social de Jennie Howard, y a resguardo de sus afecciones sentimentales, hay una

Myra Kimball, de catorce años, era un granjero de Maine en 1860 con 400 dólares en bienes raíces y 200 dólares en bienes personales; Diez años más tarde, él permaneció en Maine mientras ella asistía a la escuela normal y vivía en una pensión en Winona, Minnesota, donde entre los demás residentes se encontraban maestros de escuela, una sombrerera y un maquinista de locomotoras. El padre de Caroline Ober tenía una pequeña fábrica de zapatos en Beverly, Massachusetts; en 1870, tenía dos máquinas de coser y una nómina anual de 3.500 dólares." (Leroux, 2015: 11)

biografía elaborada por “un ex alumno” –que la autora introduce como apertura del libro–, que señala su procedencia de una familia acomodada. Su madre, intelectual y poeta, muere cuando Howard tenía 10 años; su padre era descendiente de la nobleza inglesa, médico, religioso, que –aquí el aspecto postergado en el análisis– perdió su fortuna y murió pocos años después. En ese momento la joven quedó a cargo de un hermano menor, con muy pocos recursos. Estudió su carrera con grandes sacrificios. Fue una estudiante destacada, por sus dotes para la escritura, pero no pudo continuar los estudios superiores porque debió priorizar el trabajo.

Los beneficios que reportaba la contratación en Argentina, sin embargo, contrastaban con las dificultades de las condiciones de vida. Sobre todo, si se contemplaban salarios, jubilaciones, puntualidad en los pagos, horas de trabajo y de descanso, posibilidades de ascenso y desarrollo de una carrera laboral, movilidad territorial, vivienda, vida cotidiana, vulnerabilidad sanitaria, entre otros puntos.

Se analizaron, brevemente, las condiciones salariales. Sin embargo, hay que agregar que las remuneraciones acordadas se depreciaban, especialmente en la década de 1890, por la baja del precio del oro y, en muchas ocasiones, se producían largas demoras en los pagos. Eran frecuentes las quejas por el aumento de valores de los alquileres, la precariedad de la vida y los altos precios de los alimentos. Las retribuciones que recibían quienes llegaron a jubilarse en el país, eran exiguas. La jornada laboral era extensa, más allá de las disposiciones reglamentarias. Es frecuente leer en sus descripciones que a las horas de clase se sumaba el tiempo necesario para

su preparación, reuniones, aseo de la escuela o alguna refacción y un aspecto muy mencionado: el esfuerzo que les demandaba el aprendizaje del idioma. Describen una vida que se limitaba al trabajo, incluso los días de descanso, en los que ofrecían apoyos, realizaban salidas o excursiones, junto con los estudiantes.

Otro aspecto que puede ser un marcador de las condiciones de trabajo remite a la distribución territorial. Una vez en el país, y luego de su paso por Paraná, eran enviadas a "lejanos rincones de la Argentina". Estos traslados eran compulsivos en la mayoría de los casos. Jennie Howard menciona que en dos ocasiones le fueron notificados por decreto, tanto la designación a Corrientes, como posteriormente a Córdoba. Sin embargo, pudo elegir San Nicolás (en la provincia de Buenos Aires) como destino, entre otras opciones disponibles. La propia distribución geográfica de las escuelas normales en las provincias, que buscaba favorecer la incorporación política y económica del territorio con la presencia de instituciones del Estado nacional, llevó a proponer su fundación en territorios que eran escenario de la violencia política que atravesaba el país y de la lucha en la llamada frontera interior, es decir, la resistencia de los pueblos indígenas por el control de sus tierras. Algunas maestras desafiaron estos nombramientos, anoticiadas de estas circunstancias. Sarmiento era implacable; desdeñó sus preocupaciones por la seguridad y acusó de desertión a quienes protestaban o se negaban a partir a sus destinos. Todo esto, a pesar de que la propia Juana Manso apoyaba con vehemencia a estas mujeres, frente a la negativa de considerar las condiciones de seguridad (Roitenburd, 2009).

Es importante sumar a estas consideraciones el riesgo que implicaba su exposición a las epidemias. Cinco maestras fallecieron durante la fiebre amarilla y el cólera; la fiebre tifoidea dejó calva a Florence Atkinson. Jennie Howard recuerda, en su paso por Córdoba, la epidemia de cólera, donde se clausuraron las escuelas y muchas familias huyeron al campo.

Respecto a las viviendas, si bien la contratación incluía en muchos casos el alojamiento, en otros tantos, las condiciones edilicias en las que funcionaban las escuelas normales no garantizaban una habitación para la directora o las regentes, mucho menos, para quienes se desempeñaban como maestras. En Corrientes, en medio de la soledad y el desamparo, con lluvia, truenos y tormentas como “sólo se ven en los trópicos”, eran frecuentes las inundaciones. En la casa donde vivía Jennie Howard, cuando llovía, el agua entraba por puertas y ventanas. Camas, mesas y baúles debían ser montados sobre ladrillos. Aquellas habitaciones se reducían a un “piso de ladrillos desgastados, desparejos y llenos de cavidades (...) cielo raso de arpillera desflecaba colgajos sobre sus cabezas”. En esas condiciones vivían cuando dieron comienzo a sus tareas escolares. Cada hotel por el que pasaban verificaba condiciones similares: piezas oscuras, sucias, “cuevas del tamaño de una sombrera”, plagadas de insectos, pulgas, escorpiones y ciempiés.

Muchas fueron las fuentes de descontento: el clima, la falta de comodidades domésticas, la ausencia de diversiones, la soledad. Más allá de si se trataba de poblaciones más o menos hostiles a la presencia de estas mujeres extranjeras, su religión, el largo de sus faldas, la independencia profesional y económica a la que aspiraban

y por la cual actuaban en consecuencia, fueron motivo de notable distancia con la población local o, como en Córdoba, directamente de discriminación, hostigamiento y valoraciones que las asociaban a la indecencia y a modelos femeninos peligrosos. De ahí el llamamiento de los obispos a sacar a sus hijos de las escuelas dirigidas por estas normalistas (Roitenburd, 2009; Lamelas, 2022). En esta desconexión de la comunidad y una cierta marginación, la estrategia de enviarlas en grupos de dos o tres fue frecuente, lo que reforzaba un vínculo entre ellas, muy apegado siempre a la vida escolar.

Con todo, el trabajo en Argentina también tenía algunos alicientes y pequeñas ventajas devenidas de una posición relativamente privilegiada respecto de sus colegas locales. Sus salarios les permitían ahorrar (quizás no tanto como esperaban), por lo que, muchas de ellas alcanzaban a pagar deudas o ayudar a sus familiares en Estados Unidos, a través del envío de remesas periódicas. Por otra parte, los puestos que ocuparon y la designación en lugares alejados, les otorgaba un margen considerable de independencia y autonomía (Rodríguez, 2022; Leroux, 2015).

Estas mujeres fueron inmigrantes, parte de un proceso que en la Argentina de entre siglos cuadruplicó la población del país. Su experiencia puede ser analizada en esta clave, pese a los esfuerzos que realizaron por diferenciarse de la suerte que corrían otras personas que, al igual que ellas, llegaban al puerto de Buenos Aires y viajaban luego a distintos puntos del territorio, en búsqueda de oportunidades laborales. En ocasiones se ha comparado su experiencia con viajes de conocimiento, de negocios o de exploración, pero lo cierto es que compartían más la suerte de estos cientos de miles de

inmigrantes que buscaban trabajo, que la de los recorridos de esparcimiento o negocios de la clase media alta.

Como todo migrante, reconocen sus miedos, imaginan peligros, añoran a los seres queridos. Luego de largos días en el océano, se instalan, escriben cartas, envían remesas. Para muchas de ellas, era prioridad mandar dinero a sus hogares y, para poder ahorrar, trataban de economizar: lavaban su ropa, buscaban lugares más baratos para alquilar, remendaban prendas, vacacionaban en lugares baratos o de amistades. Al igual que otros inmigrantes, sus movimientos se inscribían en redes. Las relaciones y la forma de reclutamiento de estas mujeres dan cuenta de redes familiares, formativas, barriales, sociales, comerciales y culturales. Tal es el caso de los vínculos que establecían en Argentina con compatriotas u otros extranjeros, como ocurrió con las normalistas de la Escuela Normal de Córdoba y norteamericanos del Observatorio astronómico, con quienes realizaban reuniones sociales o participaban de ceremonias de la escuela. Incluso, Frances Walls, vicedirectora de la escuela, se casó con el director de ese observatorio. Alice Houston Luiggi afirma que, casi cuarenta de estas maestras estaban emparentadas en dieciséis familias. Más de un tercio de las norteamericanas tenía una hermana, madre, hija, sobrina o tía que también había venido a enseñar a Argentina.

Compartían con otros inmigrantes el deseo de mejorar sus oportunidades de vida. Sin embargo, sus esfuerzos y privaciones fueron muchas veces asimilados con los objetivos de los gobernantes de la época, en particular, de Sarmiento. Esto les daba relevancia, honorabilidad, recompensa simbólica y capital social, pero tenía como contracara el mandato de equiparar la acción de

estas mujeres al proyecto civilizatorio y modernizador del normalismo, en lugar de comprenderlas, a su vez, en la historia laboral de los docentes del siglo XIX.

La alteridad, su mirada exotizante y el *nosotros-otros*

Howard asume la representación del colectivo en la escritura y, por lo tanto, en esta misma operación la propia identidad se va definiendo en oposición a la alteridad con la población local, en particular, las familias, sus colegas argentinas, la mujer en general y las y los estudiantes.

Hemos señalado distancias, pero volvamos a la pretensión de la autora de inscribirse en el género de las crónicas. En el período, las crónicas de viaje eran un género literario muy extendido. Los viajeros, al regresar a sus países de origen, escribían y publicaban crónicas de sus recorridos que se constituían en fuente de conocimiento. Se trataba, en la mayoría de los casos, de mujeres europeas o estadounidenses, blancas, de clase media-alta o alta, profesionales y/o con estudios superiores, y con conciencia feminista (Szurmuk, 2007). Estos textos estaban escritos desde una posición dominante y autorizada para narrar al "otro", con sus propias culturas como horizonte. Pero un punto que diferencia la narrativa de estas maestras de la de aquellos viajeros y viajeras ocasionales, además de los ya mencionados, es que no estuvieron *de paso*. Tampoco limitaron sus observaciones y relatos a Buenos Aires, que solía ser el punto de mira de muchos viajeros. Se vincularon a capitales, localidades y pueblos de las provincias, con sus particularidades, contradicciones y contrapuntos respecto de la ciudad porteña. Compartieron la vida cotidiana, con jornadas que se

extendían fuera del horario escolar, incluso, los fines de semana.

Howard presentaba un imaginario de la Argentina como atrasada y bárbara. “Argentina es un país sin armarios ni aparadores”, definía con sagacidad. En su exotización del país, subrayaba que, en Estados Unidos, lo que se conocía de Argentina era apenas una vaga idea sobre las planicies patagónicas y las largas filas de carretas que recorrían el extenso territorio.

Es categórica la mirada sobre las mujeres, a las que describe viviendo en una reclusión parcial que duraba hasta el matrimonio, a las que jamás se las veía en público, salvo cuando las acompañaba una chaperona, que iban a la escuela con sirvientes que llevaban sus libros, que tenían nombres bíblicos, como Jesús, María, Ascensión, Encarnación, Concepción. Dice de ellas que eran gordas, con debilidad por los dulces y aversión al ejercicio, con un cuerpo que destacaba por las “carnes superfluas”. Se casaban jóvenes, se alegraban si tenían muchos hijos y, acorde con ello, se sentían orgullosas por su numerosa prole. Contrapone la vida de una muchacha soltera de Estados Unidos y la de una argentina, que luego de casarse pasaba a estar bajo la vigilancia de su marido.

La caracterización de sus colegas se aunaba a esta descripción. Las y los maestros argentinos “son flojos en materia de disciplina y puntualidad”; también en profesionalismo. Dedicó parte de su narrativa a señalar que las directoras de escuelas comunes dejaban las aulas para amamantar a sus hijos o preparar la comida, dado que vivían en habitaciones en la misma escuela o contiguas a ella. Eran siempre mujeres con escasa preparación, que buscaban ventaja. Howard narra el caso de la

directora de la escuela de Corrientes quien, cuando llegó a reemplazarla, se resistió a abandonar el cargo. Sobre ella insinuó, también, que habría nombrado a sus cinco hijas como docentes de la institución. Las maneras y el accionar de las normalistas eran siempre superiores; ellas actuaban con diplomacia, cortesía, sin despertar animosidades, cordiales, mientras las locales no sabían desempeñarse en sociedad y hasta tenían "escasa práctica en la conversación general", falta de maneras y una figura que asemejaba "un barril". Por su parte, los muchachos argentinos tenían mucha libertad, pero eran muy proclives a los vicios sociales tempranos. Remitía al tabaquismo como "un hábito nacional" señalando que fumaban hasta niños de 8 y 9 años.

Sin embargo, siempre describe a sus alumnos como cordiales, atentos, amables. "La cortesía de los argentinos –niñas o muchachos, hombres o mujeres– está más allá de toda alabanza". "Jamás demostraron en clase, con palabras o gestos, su divertimento ante los errores en el uso del idioma". Howard los llamaba "boys", y ellos "señorita Juana". Habla de sus alumnos como sus hijos intelectuales, cuya vida habría moldeado. Los recuerda ansiosos por aprender, respetuosos, dulces y confiados, amistosos, pero indudablemente "faltos de preparación" para las exigencias de una escuela normal que debían volver sobre lo elemental, una y otra vez.

Las normalistas recibían saludos y regalos. En ocasiones, en los propios cursos de la escuela, se festejaba de diferentes modos el día de la independencia norteamericana, cada 4 de julio. Esta cortesía del mundo local que las recibía encuentra en Córdoba su excepción. Pero, en general, destaca los gestos de agasajo: bandejas con frutas,

flores, dulces y hasta el envío de sirvientas para ayudarlas en sus quehaceres. Un dato significativo del exotismo que traza en diferentes pasajes de su obra es que, a lo largo de los años, atesora lo que denomina una colección de textiles de nativos, refiriéndose a piezas tejidas con ganchillo, carpetas con encajes “fabricados por nativos”, piezas que distingue como *arte perdido*, que acompañaban los obsequios de comida recibidos en diferentes ocasiones. Howard donó al Museo de Worcester en Massachusetts estos objetos, y allí se conservan hasta la actualidad; algunas de sus piezas pueden apreciarse en línea.

Con el mismo espíritu antropológico, describe el cortejo, la boda y otras costumbres “extrañas”. El luto, los velorios y los enterramientos, en particular los *velorios de los angelitos*. La siesta, como práctica invariante; el mate, “chupando un tubo de plata metido en una vasija del mismo metal” o de paja y calabaza, de acuerdo a las posibilidades económicas, infusión para la que todos usaban la misma bombilla. Incluye el Ombú, la pampa y el gaucho, mezcla de sangre indígena y española, “con predominio de la primera”.

No se refiere de igual modo al resto de la población. Son numerosos los pasajes donde el desprecio es manifiesto. Los boteros del Paraná (que cargaban y descargaban mercadería de los buques) eran demasiado perezosos como para aprender otra ocupación o desempeñarse en otro oficio. A los latinos les era difícil decir la verdad, afirma con atenuación retórica. Además, dejaban para mañana todas las cosas que podrían, querrían o deberían hacer hoy. Hasta los curas cobraban 50 pesos para celebrar un matrimonio. Según ella, todos estos defectos, tan hondamente arraigados, debían eliminarse en la

preparación de los jóvenes maestros. Esto no era sólo tarea de la enseñanza, sino que las maestras norteamericanas se ofrecían como ejemplo: “ninguna de estas maestras venidas de Washington podría decir una mentira”.

Así se iba delineando un *nosotros*. Las otras normalistas eran, dice Howard, “apreciables amigas”; mujeres cumpliendo una misión, una obligación moral, el deber de luchar contra la ignorancia y el prejuicio. En ellas se destacaba el gusto y el esmero, por ejemplo, para transformar “un páramo en un hogar confortable”. Todas aceptaban sus penalidades y sacrificios, sin siquiera quejarse por ellos. Otras investigaciones muestran que, lejos estuvieron de aceptar con resignación esta suerte y lucharon, reclamaron y se manifestaron para mejorar las condiciones de vida y de trabajo (Rodríguez, 2022; Lamelas, 2022). Ellas sí se quejaban, peticionaban y exigían.

Este *nosotros* se hacía extensivo en el relato a otros extranjeros, en general norteamericanos, quienes recibían un especial trato, al igual que funcionarios, comerciantes y embajadores de otras nacionalidades. Desde la tensión entre civilización y barbarie, que subyace a un modo leer la cultura local desde significados universales, reconstruye una lectura de un sur indómito. La educación, las escuelas y ellas mismas como puntal del proceso representan a la civilización; en su reverso, se encuentra la ignorancia, que se manifiesta en costumbres, vestimentas, prácticas sociales (Trímboli y Barbeito, 2023). Todo un conjunto de elementos naturales, meteorológicos, pictóricos, con fuerte presencia en el libro, refuerzan estas valoraciones. Porque, de algún modo, estas personas parecían confundirse con su ambiente, en cierto estado de atraso, léase, de barbarie.

En la crónica, vemos comparecer frente a la mirada evaluadora los diferentes lugares. La llegada a Buenos Aires y su puerto; los bueyes, el barro, la basura, olores nauseabundos, animales, ruidos escalofriantes, pulgas, tranvías tirados por bestias débiles y muertas de hambre, castigadas con brutalidad; pocos árboles, casas bajas. San Juan, un semidesierto, azotado por los vientos y dos siglos de desgobierno hispano. El río Paraná, recordado como parte de un paisaje monótono y desolador; la bruma gris, las barrancas altas y gredosas desde las que se veían desoladas extensiones.

En Corrientes todo es calor, humedad, mosquitos, cucarachas, ciempiés, niguas y escorpiones. Una ciudad vieja, de aspecto triste, castigada por las revoluciones. Balas, combates en las calles, días donde debieron suspenderse las clases mientras las norteamericanas permanecían encerradas en sus hogares, se potencian con un clima de tres meses de invierno y nueve de “infierno”. Una atmósfera sofocante, donde faltaba el agua pese a ser “el paraíso de las flores y las naranjas”. Todo era atraso: lavaban la ropa con bosta y no con jabón, tenían hijos pero no marido y faltaban vegetales para alimentarse, lo que se explicaba porque las personas “eran demasiado perezosas como para echar la semilla en la tierra”. La estadía en Corrientes fue ocasión de excursiones al Chaco, la “gran selva”, al campo o a alguna residencia suburbana, territorio que, afirma, ya no era tierra de nativos. Hablaba de los indios guaraníes en tiempo pasado y destacaba su resistencia y su “sometimiento final”. La sangre indígena estaba en los habitantes de la zona y conformaba una mezcla de razas y una mixtura de lenguas entre el castellano y el guaraní: “Los guaraníes de

pura sangre vivían en el Chaco y constituían una raza escuálida y de aspecto miserable”. Incluso, censuraba a las familias acaudaladas de la zona, por sostener un estilo de vida patriarcal, con un séquito de sirvientes.

A Córdoba le dedica, como mencioné, un brevísimo capítulo. La describe como luminosa y sombría, dicotomía que caracterizará muchas de las miradas que se harán sobre la provincia mediterránea desde tiempos post-coloniales. Córdoba, “la de la cruz del sur”, la de las montañas y los magníficos crepúsculos, la de las catedrales y conventos, era también el territorio de las fuerzas de la oscuridad, confabuladas contra la escuela normal. Córdoba, con sus anatemas, rechazos y señalamientos, vuelve a ser un espacio donde destacar la misión civilizatoria que aceptaban las maestras con abnegación. “No quedaba otro camino que seguir adelante con la tarea”, sentenciaba Howard. Incluso, en ese clima hostil (Roitenburd, 2000; Lamelas, 2022), en medio de “un sentimiento rencoroso de la población”, las normalistas superaron el desaliento, mejoraron las condiciones escolares y celebraron el egreso de cuatro alumnas de la primera promoción. La ciudad despierta en la autora, sin embargo, un atractivo histórico además de admiración, por la bella ubicación geográfica, su catedral, la Iglesia de San Francisco, donde disfrutaba de ir en medio de una vida solitaria y con pocas distracciones. Contemplación, trabajo y estudio, puestas de sol, excursiones a caballo, y campamentos en la soledad de las montañas en busca de guanacos, constituían algunas de las diversiones que rememora.

Finalmente, el destino último fue San Nicolás de los Arroyos, una ciudad pujante, a la que señaló como el segundo puerto de Argentina, con pobladores sacrificados

por lograr la independencia, por mantener el orden y la estabilidad “en medio de la anarquía”. Allí, recibieron con agrado la instalación de una escuela normal mixta. Recostada sobre el río, con cierta cercanía con Buenos Aires, la zona brindaba paz y hospitalidad a las norteamericanas en sus pampas y planicies.

Las ideas pedagógicas, grandes ausentes en el relato

La historia de estas normalistas forma parte también de una historia institucional, la de las escuelas normales. Es relevante acercarnos al texto interrogando qué cuenta sobre las prácticas, la orientación pedagógica y los proyectos que sostuvieron las escuelas por la que pasaron, más allá a la breve mención a Horace Mann y la referencia al normalismo, corriente pedagógica hegemónica en el período.

En las escuelas a las que fueron designadas, las maestras norteamericanas cumplían un papel fundamental. Estuvieron a cargo, no solo de la dirección, la regencia, la vice dirección, según el caso, sino el dictado de un conjunto amplio y cambiante de materias. Esto les demandaba mucho estudio y dedicación. Enseñaban un currículum riguroso. El plan de estudios incluía materias académicas, instrucción pedagógica y educación física (Rodríguez, 2022). Debían lidiar con los cambios frecuentes en los ministerios, lo que traía complicaciones en las tareas, dado que cada gestión deseaba realizar ajustes en las escuelas normales. La falta de destreza en el idioma exigía esfuerzos adicionales, especialmente para el dictado de materias como psicología, metodología o para intercambiar correspondencia oficial con el gobierno. En algunas notas y cartas destacaron que su entrenamiento

académico riguroso se deslucía con su español rudimentario y se limitaban a monitorear y disciplinar a los estudiantes en el primer tiempo (Leroux, 2015). Ser maestra implicaba también educar con el ejemplo, y Howard destacaba siempre *sus maneras*. El anónimo alumno biógrafo que prologa el relato caracteriza una voz dulce, una docente que era feliz enseñando, silenciosa y laboriosa.

Uno de los elementos que merecen destacarse remite al lugar que da Howard en su *misión* a capacitar en la adquisición de métodos pedagógicos. Disciplina firme, sistematicidad, entusiasmo, se presentan como algunas de las claves de la pedagogía normalista, sin más profundizaciones. La crítica pedagógica, el énfasis en los métodos, el “espíritu de orden”, la puntualidad, se enuncian reiteradamente, tan sólo como rótulos de los que no podemos conocer más. En varias referencias, las menciones están asociadas a las formas de organización escolar de determinada institución, que “emulaba los métodos norteamericanos”. Para Howard, la escuela de aplicación era garantía de un espacio, un tiempo y una jerarquización de la práctica docente que, como un momento formativo por excelencia, debía ser acompañado, orientado y considerado parte de la formación inicial. Eran lugares donde cumplían, no solo el papel de ámbito para la práctica magisterial, sino que permitían mejorar la preparación de quienes luego ingresarían al magisterio.

Un aspecto que se destaca de forma particular, quizás por su función disruptiva, es el lugar otorgado a las actividades y ejercicios físicos. Este “arte”, escribía Sarmiento a Aurelia Vélez Sarsfield en 1883, mejoraría la raza, daría a las mujeres fuerza, gracia, salud, perfección, belleza (Carta de Sarmiento, 1965 citado por Luiggi, 1959: 38).

En las escuelas normales, en las cuales casi siempre una norteamericana asumía el dictado de la clase de gimnasia, se realizaban ejercicios con varas, pesas, movimientos de brazos, piernas, con pantalones holgados, sin miriñaque. Largas caminatas a paso gimnástico tenían el propósito de sacar a las muchachas argentinas del sedentarismo, salir de los muros de sus casas pero, además, de que ellas mismas estuvieran capacitadas para enseñar gimnasia, materia obligatoria en las escuelas normales y en las escuelas primarias argentinas.

En síntesis, Howard describe un trabajo descorazonador pero riguroso, en lucha contra la ignorancia y el prejuicio, “algo así como echar atrás con una escoba al océano Atlántico”, remata para otorgar magnitud a su afirmación. A veces las maestras se quejaban de la falta de atención o de preparación de los estudiantes, pero en general se enorgullecían de las materias que enseñaban y de los éxitos de sus alumnos, al tiempo que exigían altos estándares. Su acción, pese a las vicisitudes, terminaba siendo siempre redentora y esperanzadora. El triunfo del normalismo no se garantizaba solo con su presencia directa, sino con la designación de argentinas que continuarían la labor “por la que tanto se sacrificaron”. Donde hubiera una normalista, todo mejoraría. Su llegada a San Nicolás habilita a volver a destacar su benévola influencia. Bien recibidas por la población local, hubo un estallido de la matrícula, por lo que se organizó un sorteo para el ingreso. La escena descrita incluye niños llorando por su mala suerte.

Las escuelas normales y la labor de estas mujeres devinieron en una modernización que contrastó con aquellas primeras impresiones en los últimos capítulos de

su libro. El normalismo y el paso de miles de mujeres por estas escuelas les permitió, en la lectura de Howard, "orientar sus propias vidas fuera del matrimonio, el único camino que se abría ante ellas"; actividades intelectuales, vida social, la posibilidad de bastarse por sí mismas. La modernización social, arquitectónica, cultural, económica; el alumbrado eléctrico, tranvías, redes ferroviarias, aeronavegación, teatro, modas, calles adoquinadas, marcan la clave de la Argentina de los años 30 del siglo XX, cuando Howard escribe. El carnaval ya no se festeja en todo el país, excepto las personas "de recursos limitados". Ahora, Buenos Aires, le recuerda a París. Jennie reconoce cierto liberalismo religioso. Destaca el progreso social y educativo, incluso, en el interior donde describe pueblos florecientes en las localidades donde hay escuelas. Quizás, venga todo este relato a confirmar, en su prosa, "los maravillosos adelantos" de los cuales el normalismo puede sentirse promotor.

Lo percibido, lo recordado, lo contado

En otros años y climas distantes es una fuente fundamental para el estudio del ideario, las prácticas, sujetos e instituciones que orientaron las políticas de formación docente en Argentina, particularmente del normalismo como corriente pedagógica de alcance transnacional y sus resignificaciones locales.

Las maestras convocadas por Sarmiento cruzaron fronteras y fueron partícipes fundamentales de una experiencia de circulación y transferencia transnacional de saberes educativos. Allí, sus trayectorias, formación y adscripciones pedagógicas, identidades culturales, lin-

güísticas y de género, entraron en contacto con instituciones, proyectos políticos y perspectivas locales, subsidiarias en el período –al mismo tiempo– de múltiples referencias transculturales.

La narración de una vida, escritura que Jennie Howard asume en este texto, que entrama lo público, lo privado, lo cotidiano, lo íntimo con proyectos e iniciativas políticas y pedagógicas, enriquece las fuentes de que disponemos para acercarnos a aquella experiencia y a la historia de la formación de docentes en la Argentina.

La reedición de este libro, pieza clave para historizar la formación docente, las prácticas pedagógicas, las ideas, es un valioso aporte en la tarea de dar a conocer y comprender quiénes eran, qué hacían, cómo vivían y enseñaban las maestras y maestros en Argentina a fines del siglo XIX y, al mismo tiempo, profundizar la exploración de continuidades y rupturas en la comprensión de las características del trabajo docente asalariado en nuestro país, interrogado desde el presente.

Si la narración protege de la dispersión, el desgarramiento, la pérdida y pone a resguardo la existencia (Ricoeur, 1987), publicar una nueva edición del libro que acompañamos se vuelve un asunto de trascendencia. Es un gesto que colabora en la tarea de reunir, renovar y volver a poner en circulación documentos de archivo imprescindibles y favorece, de ese modo, nuevas condiciones de posibilidad para la investigación y la enseñanza de la historia de la educación.

Bibliografía

- Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Benjamin, W. (1961). *El narrador. Consideraciones sobre la obra de Nicolai Leskov*. Caracas: Editorial Monte Ávila.
- Boydston, J. (1993). Home and Work: Housework, Wages, and the Ideology of Labor in the Early Republic. *International Review of Social History, International review of social history*, 38(2), pp. 247-252. DOI: <https://doi.org/10.1017/S0020859000111976>
- Crespo, J. (2007). *Las maestras de Sarmiento*. Buenos Aires: Grupo Abierto.
- *El monitor de la educación común*, año 50 (701), mayo de 1931.
- Fiorucci, F. *et al* (2023). ¿Cómo contar la experiencia histórica de los docentes en la Argentina?: preguntas pertinentes, contextos relevantes y archivos disponibles. En: G. Lamelas *et al* (comps.) *Conversaciones: investigar en educación*, pp. 119-140. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades.
- Giannini, H. (1987). *La reflexión cotidiana: hacia una arqueología de la experiencia*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Howard, J. (1951). *En otros años y climas distantes*. Buenos Aires: Raigal.
- Kaestle, K. y Vinovskis, M. (1981). Education and Social Change in Nineteenth-Century Massachusetts, *Revista Historia de las ciencias sociales* 5. Publicado por: Cambridge University Press

- Lamelas, G. (2023). Las Escuelas Normales de Córdoba: instituciones, sujetos y pedagogías en disputa, *Cuadernos De Historia. Serie Economía Y Sociedad*, (31), pp. 58–90.
- — (2022). *La religión, el clericalismo y las escuelas: la lucha por la hegemonía en la educación: legislación, currículum y prácticas escolares: Córdoba, 1880-1930*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- — (2021). Condiciones materiales y simbólicas del trabajo de enseñar (Córdoba, Argentina; 1880-1910). En: E. Rebolledo Fica y G. Lamelas (comps.). *Tramas en la historia de la educación desde Córdoba. Textos y fuentes para aprender y enseñar*, pp. 149-168. Buenos Aires: CLACSO-CIFFYH.
- Las Casas, B. (2006) *Historia de las Indias / Fray Bartolomé de las Casas; selección, edición y notas de José Miguel Martínez Torrejón*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Leroux, K. (2015). “Money is the Only Advantage”: Reconsidering the History of Gender, Labor, and Emigration among US Teachers in the Late Nineteenth Century, *International Labor and Working-Class History*, 87, 184–212. <http://www.jstor.org/stable/43957062>
- Lomnitz, C. (2016). *La nación desdibujada. México en trece ensayos*. México: Malpaso Editorial.
- Luiggi, A. H. (1959). *Sesenta y cinco valientes*. Buenos Aires: Ágora.
- Mignolo, W. (1982) Cartas, crónicas y relaciones del Descubrimiento y la Conquista. En: L. I. Madrigal (coord.). *Historia de la literatura hispanoamericana. Época colonial*, pp. 57-116. Madrid: Alianza Editorial.
- Ramos, L. (2021). *Las señoritas*. Buenos Aires: Penguin Random House.

- Ricoeur, P. (1987). *Tiempo y narración* [vol 1: Configuración del tiempo en el relato histórico]. Madrid: Cristiandad.
- Rioseco Perry, V. (2008). La crónica: la narración del espacio y el tiempo, *Revista Andamios* 5(9), pp. 23-46,
- Roitenburd, S. (2009). Sarmiento: entre Juana Manso y las maestras de los EEUU. Recuperando mensajes olvidados, *Antíteses*, 2(3), enero-junio, pp. 39-66.
- Rodríguez, L. (2022). Las maestras norteamericanas que trajo Sarmiento y las que vinieron después: su trabajo en Argentina (1869-1910), *Revista Brasileña de Historia de la Educación*, 22, pp. 1-29.
- Rockwell, E. (2018). *Vivir entre escuelas: relatos y presencias*. Antología esencial. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.
- Rury, J. (1989). *Who Became Teachers? The Social Characteristics of Teachers in American History, in American Teachers: Histories of a Profession at Work*. New York: Donald Warren.
- Szurmuk, M. (2007). *Miradas cruzadas: narrativas de viaje de mujeres en Argentina 1850-1930*. México: Instituto Mora.
- Trímboli, J. y Barbeito, I. (2023). *Sombra terrible: Sarmiento entre civilización y barbarie*. Córdoba: Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba.
- Van Dijk, T. (2004). Texto y contexto de los debates parlamentarios. *Revista Electrónica de Estudios Filológicos*.
- Vera de Flachs, M. C. (2020). Historia de vida de maestra: Jennie Howard, una pionera de la formación de maestras en Argentina. *Formacao Docente*, 13(25), 279-292.

¿Quién, se pregunta uno, pensó primero en amonestar a la mujer que “envejeciera graciosamente”? ¡Es presumible que no una mujer! La vanidosa no lo pudo haber deseado –ni alcanzado– ¡mientras que las afortunadas que lo lograron han de haber sido inconscientes de su triunfo!

¿Quién, entonces, exhortó a la mujer a “envejecer graciosamente”? Quizá fue un deseo expresado por el hombre, un deseo –¿o un mandato?– sugerido acaso menos por altruismo que por propio interés. Sea ello como fuere, la mujer siguió sabiamente el consejo y ahora es ella quien aconseja al hombre “envejecer sociablemente”, al tiempo que se dice a sí misma: “¿Por qué hemos de envejecer en absoluto? Más bien, conservémonos jóvenes graciosamente.”

Porque la señorita Howard se ha conservado “joven graciosamente” por tantos años, sus amigos forman legión. Ningún maestro ha tenido jamás un tributo más encantador ni merecido que el recibido por ella de sus alumnos argentinos, y pocas mujeres han sido objeto, por parte de un grupo de personas, de un cumplido tal como el manifestado por este pequeño libro.

La señorita Howard es, uno se imagina, la más antigua residente norteamericana en la Argentina. Nadie puede acordarse de una oportunidad en que ella no apareciera como si fuese la piedra angular de la colonia norteamericana. Nadie, que todavía viva, ha tenido tan variada experiencia o conocimiento tal de la vida familiar provinciana de hace cuarenta años.

Es de pensar que sus memorias, que abarcan tantos aspectos de la evolución de este país, no pueden dejar de interesar a sus amigos –aquí y en los Estados Unidos de América– y que el relato sencillo y modesto de las tempranas vicisitudes animosamente sobrellevadas debe de encantarlos por su frescura.

Muchos de nosotros hemos tenido el placer de escuchar su lectura de una disertación anual, por lo general sobre algún acontecimiento de la historia argentina o sobre literatura y costumbres nativas. Algunos de nosotros la hemos visto en su octogésimo quinto aniversario, aquel gran día en que sus viejos alumnos, sus “boys” como siempre ella los llamaba (ahora abuelos), organizaron una demostración en su honor y la sorprendieron con el tributo del cual ella habla con tan afectuosa gratitud.

Todos nosotros hemos sentido orgullo ante el reconocimiento demostrado hacia nuestra compatriota por los argentinos, entre los cuales ella ha vivido y por quienes ha trabajado hace una generación y media.

Los años, en su caso, han trastocado los ardides del tiempo. De corazón joven, se halla tan interesada en el presente, como en los recuerdos de aquellos lejanos días cuando vino a aprender, primero, el lenguaje de la juventud argentina y a ayudarla con sus conocimientos, con su simpatía y comprensión inagotables.

Nadie, sin duda, ha aprendido mejor la filosofía de cómo conservarse joven graciosamente que Miss Jennie Howard, para sus “boys”, “la querida señorita Juana”.¹

Mrs. Robert Woods Bliss, octubre de 1930

[1] En castellano en el original.

Apreciación biográfica de un exalumno, traducida de un artículo publicado en los diarios de San Nicolás, en abril de 1904.¹

La mujer, sacerdotisa moderna de los nuevos templos, es y será uno de los principales factores del adelanto y progreso moral de las generaciones humanas.

Humilde y muchas veces inadvertido es el taller del maestro, a pesar de que en él se modelan los tiernos caracteres y se nutren y despiertan a la vida activa los corazones y cerebros inexpertos para que ocupen sus puestos en el mundo como potencias conscientes para el bien. La dignificación de la especie humana será siempre obra de la educación adaptada a la época, al grado de mentalidad y a la capacidad moral de la sociedad. Razón tienen los pensadores al decir que la misión de los maestros de la juventud es noble y grande, porque la tarea es ardua y entraña las más graves responsabilidades.

A este abnegado grupo de trabajadores pertenece la distinguida educadora, señorita Juana E. Howard, quien a lo largo de muchos años de fructuosa carrera ha dejado una profunda y perdurable impresión en el desarrollo de nuestras instituciones nacionales de enseñanza. Ni el olvido ni la ingratitud podrán borrar su notable labor, porque esta, como el dios mitológico, se acrecentará por sí misma, merced al esfuerzo concurrente de

[1] La señorita Howard tradujo al inglés bajo este subtítulo la biografía que sigue; la misma –más extensa en el original en castellano– vio la luz en las circunstancias consignadas y tuvo por autor al profesor don José L. Gauna.

sus hijos intelectuales, cuyas vidas modeló con el trabajo y la perseverancia de su sacerdocio civilizador.

La señorita Howard nació cerca de Boston, estado de Massachusetts, y recibió su primera educación en casa de sus padres, en particular de su madre, que era persona de dotes intelectuales sobresalientes, poetisa y escritora de nota. Su padre, descendiente de una de las famosas familias de la nobleza inglesa, vivió hasta los ochenta años, honrado y respetado en la comunidad por su fuerza de carácter y profundas convicciones religiosas. En este saludable ambiente puritano despertó a la vida, y el sano consejo de sus padres le dio el primer impulso hacia la noble vocación de maestra.

La muerte de su madre, acaecida cuando contaba apenas diez años, la pérdida simultánea de la fortuna de su padre y el deceso de éste pocos años después, la dejaron con una hermana mayor, un hermano menor y muy pocos recursos. Sin desanimarse, sin embargo, y con la fortaleza de espíritu heredada de sus progenitores, no perdió de vista la necesidad de concluir sus estudios y consagró sus esfuerzos al logro de ese fin, sin ayuda alguna, y a costa de grandes sacrificios personales.

Como alumna, Jennie Howard se captó el afecto y la estimación de sus maestros. Habiéndose destacado por sus éxitos en ciertas materias, obtuvo numerosos premios y fue elegida secretaria y poetisa de su clase. En razón de su natural inclinación por los estudios literarios, sus profesores le aconsejaron continuar su preparación en dicha rama, pero la carencia de recursos no se lo permitió y hubo de ingresar en el campo pedagógico como maestra en las escuelas primarias de Worcester. Más tarde fue nombrada vicedirectora y regente de una escuela de ochocientos alumnos, de la que eventualmente llegó a ser directora.

La intensa aplicación de esos años, sin descanso ni vacaciones, y los esfuerzos anteriores para ayudar a su hermano

menor que estudiaba en la Universidad de Cornell, la obligaron a pedir una licencia de un año, que le fue concedida sin dilación en vista de los importantes servicios prestados. En el lugar elegido para recobrar su salud, se encontró sin embargo con una nueva obligación bajo la forma de una academia recién fundada, cuyos directores solicitaron con encarecimiento su colaboración. Se prestó a ello gustosa y durante sus vacaciones, no escatimó trabajo en su ayuda para colocar a la institución sobre más elevadas bases.

Al volver a Worcester, el Consejo de Educación le pidió que tomara la dirección de una escuela de varones, donde la falta de disciplina era tan lamentable que no se podía encontrar un maestro con coraje suficiente como para hacerse cargo del puesto. Ella aceptó el ofrecimiento y, con fortaleza y entusiasmo, reorganizó la escuela de una manera tal que el establecimiento llegó a ser señalado como modelo, al destacarse por la cultura y buena conducta de sus alumnos.

El próximo cargo que ocupó la señorita Howard, en el que permaneció por espacio de siete años, fue el de vicedirectora de una escuela superior (*high school*) donde reforzó su ya singular reputación en materias de disciplina e influencia moral para el trato y preparación de varones.

Fue durante la primera presidencia del general Julio A. Roca, cuando el entonces ministro de Justicia e Instrucción Pública, deseoso de dar impulso al desarrollo de las instituciones de enseñanza en la Argentina y de reforzar y extender la eficiencia de nuestro sistema de escuelas normales, recurrió al gobierno de los Estados Unidos de América en solicitud de la cooperación de profesores graduados en sus propias escuelas normales, de universal renombre y de excelencia pregonada por nuestro ilustre Sarmiento.

El gobierno norteamericano accedió complacido a nuestra petición y la señorita Jennie Howard se contó entre las pro-

fesoras designadas para esta misión. Impulsada por el mismo espíritu que alentó a los grandes apóstoles de la enseñanza superior, como Horace Mann y Cyrus Pierce, la señorita Howard sintió la obligación moral, el sagrado deber de ocupar su puesto en la lucha contra la ignorancia.

Al llegar a este país, en 1883, su primera empresa fue la de cooperar con la organización de la Escuela Normal de Niñas de Corrientes, donde permaneció por espacio de dos años, captándose las simpatías y el reconocimiento de un vasto círculo de amigos y colaboradores. Durante los dos años siguientes ocupó el puesto de regente y vicedirectora de la Escuela Normal de Niñas de Córdoba y fue luego trasladada a la Escuela Normal Mixta de San Nicolás, en calidad de regente y profesora de crítica pedagógica y de aritmética. En mérito a su larga experiencia práctica y a sus estudios especializados, se le otorgó más tarde el título de profesora de metodología.

La señorita Howard permaneció dieciséis años en esta escuela, trabajando con su celo y constancia acostumbrados. No obstante, al cabo de este período, y a causa de una enfermedad de resultados de la cual perdió su voz, se vio obligada a solicitar el retiro. En diciembre de 1908 el ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Juan R. Fernández, le concedió una pensión como legítima recompensa de su inteligente y abnegada colaboración para el progreso de la enseñanza en nuestro país. Aunque treinta y seis años de esfuerzos constantes y entusiasmas bien merecían un período de descanso y estaba relevada de una participación activa en el desarrollo de la institución a la que consagró los mejores años de su vida, jamás perdió su cariño y su interés por ella.

Siempre modesta y generosa, la señorita Howard nunca se interesó por aceptar puestos superiores como el de directora, aunque muchas veces le fueron ofrecidos por nuestro gobierno.

Ha creído que uno debe ocupar el puesto desde el que pueda hacer mayor bien a la humanidad y que la preparación de los jóvenes maestros es uno de los factores fundamentales del progreso de una nación.

Muchas son las dificultades que hubo de afrontar: el aprendizaje de un idioma desconocido, ante todo; la adaptación a un clima distinto y a costumbres extrañas; la lucha constante contra los enemigos de la escuela, que se mostraban reacios a todas las reformas y a los métodos modernos. Pero todo trabajo tiene su recompensa. Nuestro gobierno, nuestro profesorado y nuestro pueblo la han honrado por el mérito y alcance de sus realizaciones, y la señorita Howard, al volver su mirada hacia los años activos, debe de sentirse feliz al gozar de los frutos de un deber notablemente cumplido.

Que estas líneas, en las cuales he pretendido bosquejar sus triunfos intelectuales y la humanitaria misión tan hábilmente cumplida por ella, sean un tributo hacia esta distinguida colega y amiga, y una interpretación de los sentimientos de gratitud y aprecio de sus colaboradores argentinos.

Dedicatoria

Dedico este sencillo relato de algunos de nuestros hechos y empeños en los años pasados a mis colaboradoras y compañeras, vivientes y desaparecidas, cuyo coraje y entusiasmo se alzaron en respuesta al llamado de ayuda para implantar bajo la Cruz del Sur, en la República Argentina, los ideales pedagógicos de Horace Mann por vía del patriotismo de Sarmiento.

Jennie E. Howard

En los Estados Unidos de América, hace cuarenta y seis años, el conocimiento geográfico sobre la Argentina, aún entre maestros, se limitaba principalmente al antiguo nombre de *Patagonia* que figuraba en los mapas de la América del Sur de las geografías de la época, junto con el extraño nombre de Buenos Aires –que ellos pronunciaban “Bonus Aires”– y que se destacaba netamente en el centro del mapa, y a las ilustraciones, contenidas en esos mismos libros, de largas filas de carretas que cruzaban planicies interminables. Tan distantes parecían esas remotas y fabulosas tierras, y tan escasa era la información que se podía recoger respecto de ellas, que poco interesaba saber hacia dónde iban esas carretas o de qué lugar procedían.

Si allí algunas personas por casualidad habían oído mencionar el nombre de Sarmiento como el de un representante progresista de alguna nación ante el gobierno de su país, pocas en proporción lo asociaban con la tierra de aquellas carretas tiradas por bueyes.

Después de un tiempo, comenzó a circular el rumor de que, en verdad, el mismo Sarmiento había persuadido a tres o cuatro temerarios maestros norteamericanos para que fuesen a su desconocido país natal a ayudarlo a implantar en él el sistema de las Escuelas Normales de los Estados Unidos de América.

En 1883, una de las maestras, la señorita Clara Armstrong, regresó a los Estados Unidos de América en goce de unas breves vacaciones con autorización del gobierno argentino para traer más maestras de su país. Al mismo tiempo, llegaba allí el agente de una gran firma comercial norteamericana radicada en Buenos Aires –Samuel B. Hale y Compañía–, también autorizado por el mismo gobierno para traer, a su regreso, algunas

maestras desde el Estado de New England. De resultas de esto se despertó, especialmente entre los maestros, una mayor curiosidad sobre la Argentina, la cual provocó el afán de obtener conocimientos más amplios acerca de este lejano país.

En mayo de 1883, veintitrés maestras, dos de ellas de las Escuelas de Boston y las restantes de los Estados del Centro y del Oeste, decidieron responder al llamado de la Argentina. Algunas de estas jóvenes mujeres aceptaron el ofrecimiento inducidas por un espíritu de aventura o por el deseo de cambiar de escenario y de ambiente; otras se sintieron atraídas por la perspectiva de llevar a cabo un trabajo mejor, en tierras menos cultivadas, donde los resultados podían ser reconocidos más rápidamente; mientras que, otras lo hicieron animadas por un elevado ideal de ampliar horizontes, en un impulso por ayudar a aquellos menos favorecidos en los adelantos educativos.

Pocas de estas maestras habían viajado alguna vez lejos de los estados donde nacieron y ninguna tenía conocimientos del idioma que se hablaba en la República Argentina; tampoco se daban cuenta de que todo el trabajo en la nueva empresa que iban a acometer debía ser realizado en castellano. Ninguna tenía amistades en el país y, como ya se ha dicho, no conocían prácticamente nada de aquella lejana tierra. De modo que el coraje que las decidía a ir era fruto del desconocimiento.

Las pocas personas que habían visitado a la Argentina cuando se las buscaba para preguntarles acerca de dicho país, narraban tristes historias del largo y peligroso viaje, de extrañas costumbres, de los estragos terribles de la fiebre amarilla y del cólera, de cuyas consecuencias, según ellas decían, habían padecido muchos extranjeros. No obstante estas referencias, algunas maestras, sin atemorizarse por los cuentos horripilantes que oían, si bien un poco escalofriadas en su fuero interno, aceptaron el ofrecimiento, renunciaron a sus puestos e hicieron

rápidos preparativos para unirse a la señorita Armstrong, que a la sazón visitaba el oeste durante su regreso a los Estados Unidos de América.

Por no existir línea directa de buques de pasajeros entre Nueva York y Buenos Aires, fue necesario embarcarse para esta última ciudad desde Liverpool, y el 24 de julio de 1883, un grupo de catorce mujeres –nueve habían salido ya– partía de Nueva York hacia Inglaterra a bordo del vapor *Alaska*.

Hubo muchas despedidas llenas de lágrimas, pues los amigos profetizaban a las ambiciosas viajeras que les esperaban terribles experiencias. Con todo, las reconfortaba algún tanto la presencia de la maestra que había regresado con vida y en buena salud que, con su robusta figura y alegre semblante, se daba prisa para retornar a su puesto.

En el momento en que el gran buque soltó amarras y habiendo comenzado a navegar, penetró en la cortina de niebla que envolvía el puerto de Nueva York y ocultó con tanta rapidez a los seres queridos que quedaban detrás, ~~que~~ quizá cruzó por la mente de algunas de las maestras una duda pasajera sobre si era cuerdo haber aceptado, así, impensadamente, una empresa en apariencia tan estupenda; pero ya era tarde para lamentaciones –si las había– y la sensación nueva del primer viaje por mar, sin excluir el mareo, pronto distrajo el pensamiento de toda otra preocupación.

Al llegar a Liverpool se tuvo noticia de que el buque para Buenos Aires no zarparía hasta dos semanas después, y se ofreció al grupo una oportunidad para visitar a la encantadora Londres, con sus asociaciones históricas conocidas por ellas tan sólo a través de los libros y de los sueños.

Fue como cosa de ensueño para ellas caminar por la nave de la Abadía de Westminster y asistir allí un domingo a un servicio religioso; visitar algunos de los lugares que frecuentaba

Dickens; ir en coche de noche por las calles londinenses; visitar la vieja Torre de Londres, la Catedral de San Pablo y echar una rápida mirada aquí y allá a otros sitios históricos; ir a ver la tumba de Shakespeare; hacer una excursión a Haddon Hall y pasar unos pocos días en el esplendor y alegría de París, para luego retornar a Liverpool y embarcarse con destino a Buenos Aires, el 18 de agosto, en el vapor *Maskelyne*.

La presencia de catorce mujeres procedentes de los Estados Unidos de América, la mayoría de ellas de menos de treinta años, con su equipaje de ochenta bultos con la marca de *A-100 Buenos Aires, Argentine Republic*, despertó gran curiosidad en Liverpool, y las opiniones de las gentes se dividían entre, si las catorce estaban destinadas a doncellas del Ejército de Salvación o a acróbatas de circo.

Las jóvenes, sin embargo, reunidas en apretado grupo sobre la cubierta del buque, prestaban poca atención al interés que suscitaban, mientras con ojos sospechosamente húmedos agitaban las manos saludando a un barco que pasaba rumbo a Nueva York.

A medida que las costas inglesas se desvanecían ante sus miradas, parecía como si su propia tierra natal se alejara más rápidamente. Por primera vez, se daban cuenta de lo lejos que pronto estarían y asimismo pensaban en lo que podrían encontrar a su paso antes del retorno, que ahora veían tan oscuro en el futuro lejano.

A pesar de todo esto, afrontaron con sonriente valentía la nueva vida que se les abría y luego de uno o dos días de retraimiento forzoso o de preferencia por asirse al moblaje fijo, al tratar de abandonar sus camarotes, habiendo realizado prodigios para ponerse presentables, se allegaron por fin a las sillas de cubierta. Habiendo vuelto una por una a su estado normal, el resto del viaje de tres semanas resultó para la mayoría de ellas un delicioso arrobamiento.

Al paso de las olas ribeteadas de blanca espuma, fueron de ellas sonrientes cielos estivales, mares azules bañados de sol y las noches más serenas y maravillosamente bellas, con las aguas, abajo, iluminadas por fosforescentes destellos y un mundo de estrellas en lo alto.

Se trabaron nuevas amistades, y las maestras que en un principio eran desconocidas entre sí por provenir de distintos lugares, resultaban ahora ligadas por el designio común de realizar una misma tarea en nuevas tierras.

Hubo días de alegría y entretenimiento proporcionados por el amable capitán y la oficialidad. Hubo paseos por cubierta a la caída de la tarde y conversaciones sobre la futura labor, sobre libros y hechos; y algunas noches, los marineros cantaron para ellas viejas canciones. Pasaron así los días rápidamente hasta que al fin tuvo lugar el primer anclaje en Montevideo, Uruguay.

Unos pocos pasajeros que debían desembarcar allí fueron llevados a tierra en bote de remo, habiéndolos acompañado algunas maestras que deseaban tener de cerca su primera impresión de un país sudamericano, mientras que otras, en vista de que se acercaban a Buenos Aires, prefirieron permanecer a bordo para completar los preparativos de fin de viaje. Pocas horas después el buque reanudó su marcha para anclar de nuevo, al día siguiente, doce millas afuera de dicha ciudad.

Después de los saludos de despedida a los corteses y bondadosos oficiales amigos que quedaban a bordo, y al barco mismo, último eslabón que las ligaba con la tierra natal, las maestras y sus ochenta piezas de equipaje fueron transbordadas a una falúa,² pues por entonces era peligroso para los buques de ultramar aproximarse más a la costa.

[2] N. de la E. Según el diccionario de la Real Academia Española (RAE), se trata de una embarcación ligera, alargada y estrecha, utilizada generalmente en los puertos y en los ríos.

Lejos, en el horizonte, a través de la bruma plateada de una tarde resplandeciente de setiembre, se delineaban contra el cielo las cúpulas y torres de la ciudad con apariencia de fantasma, las cuales, desde más cerca, se iban transformando en una visión más clara. Al estar a una milla o dos de la ciudad fue necesario trasbordar otra vez a embarcaciones más pequeñas debido a la escasa profundidad de las aguas y a la falta de muelle. En algunos días de muy poca agua dichas embarcaciones debían ser reemplazadas por carros tirados por mulas o bueyes que, más bien que tirarlos, los arrastraban por el barro hasta la costa.

Por fin las maestras fueron desembarcadas al pie de una desvencijada escalera que conducía a un largo embarcadero de endeble apariencia. En la parte superior de la escalera los *A-100* fueron rodeados por una multitud abigarrada de peones que gesticulaban farfullando en un idioma desconocido mientras luchaban entre sí y con las damas por la posesión del equipaje de mano. Un funcionario y algunos amigos norteamericanos e ingleses libraron al grupo de la horda gritona y, una vez que los ochenta bultos pasaron por la aduana sin ser revisados, las viajeras fueron acompañadas hasta el lugar donde habían de hospedarse.

No teniendo suficiente comodidad el principal hotel para alojar a tantos huéspedes, se pensó que era mejor que todo el grupo permaneciera junto con el intérprete, por cuya razón fue llevado a otro hotel.

El caminar por las calles fue excitante, si no regocijador, pues era preciso andar con cuidado para no caer desde las veredas altas e irregulares a la calzada, pavimentada a trechos con guijarros y generosamente sembrada de restos de animales y otros desechos.

De todas partes emanaban olores indescriptibles y en el hotel donde finalmente fueron alojadas, denominado *Nacional*³, al que una de las de la partida apodó *Nastier Than All*, había cerca de la entrada una puerta trampa que comunicaba con la parte baja donde se guardaban gallinas, cerdos, cabras, etcétera, por la cual, cuando se abría –y esto ocurría frecuentemente– penetraba una atmósfera que invadía toda la casa.⁴

Dos de las jóvenes señoritas ocuparon juntas una misma pieza que, a semejanza de tantas otras habitaciones de aquella época, era una cueva cuyo único medio de ventilación estaba constituido por una puerta hacia el corredor, el cual se convertía de noche en el campo de diversión de una cantidad de gatos desdichados. Las ocupantes de esa habitación se despertaron por la noche al oír ruidos escalofriantes muy cercanos y vieron una media docena de gatos que arreglaban sus asuntos personales en el medio del piso. No bien recobradas de la impresión de los gatos, pulgas de una voracidad y tamaño jamás mencionados por naturalista alguno ocuparon su atención por el resto de la noche. Resultaron en ese momento y de allí en adelante un tormento tan incesante y general que, para conseguir unas pocas horas de sueño tranquilo, no hallaron otro método más eficaz que el de quitarse la ropa interior paradas sobre una mesa o una silla y desde ahí tirarse a la cama de un salto.

En casi todas las calles de la ciudad parecía haber una línea de tranvías, tirados por pobres bestias, débiles y medio muertas de

[3] Las palabras que aparecen en cursiva, seguidas de asterisco, se encuentran en castellano en el original.

[4] Hay aquí un juego de palabras: *Nastier Than All*, cuya traducción es *el más asqueroso de todos*, resulta en inglés parónimo, en cuanto a su sonido, de *nastional* que es, a su vez, la forma inglesa correspondiente a *nacional*.

hambre, que caían con frecuencia y eran brutalmente castigadas. Estos tranvías iban provistos de cornetas en vez de campanas, y los continuos toques hechos con ellas en todos los tonos posibles debieron constituir, para los pobres animales, un aliciente más para echarse y morir, como lo hacían tan a menudo.

Había pocos árboles e hileras de casas de paredes bajas y blancuzcas cegaban la mirada cuando el sol ardía. Las calles estaban miserablemente pavimentadas o sin rastro de pavimento, pero en las tiendas, podía hallarse casi todo lo relativo a la moda como también ostentación de vestidos.

Con el propósito de que tomasen un descanso después del largo viaje y, a la par, de que fuesen acostumbrándose algo al nuevo ambiente, las maestras fueron invitadas a permanecer varios días en Buenos Aires. Se las hizo objeto de muchas gentilezas y atenciones de parte de los argentinos, del ministro y cónsul norteamericanos y de familiares de éstos, así como de otros residentes de igual nacionalidad, quienes, por aquellos días, eran muy escasos en número.

El director norteamericano de la firma Samuel B. Hale y Compañía, quien había contribuido a traer a las maestras de Boston, y la familia del mismo, las invitaron junto con otras personas a su hermosa quinta ubicada en los alrededores de la ciudad. La esposa de aquél, que hablaba inglés, era descendiente de próceres argentinos, siendo su hogar típicamente representativo de la vida aristocrática sudamericana.

La casa, de un piso, con paredes de adobe y azotea, era amplia, construida sin método, de arquitectura colonial, y estaba rodeada de un gran jardín bordeado por altos árboles vernáculos y lleno de una gran variedad de plantas frutales traídas de los Estados Unidos de América y aclimatadas al país, como así mismo flores, de las que el dueño norteamericano gozaba como de un recuerdo del antiguo hogar.

Las dos semanas que duró la permanencia en Buenos Aires transcurrieron en una sucesión de visitas y obligaciones sociales, hasta que, al fin, las maestras recibieron del Ministro de Educación sus designaciones temporarias para diferentes puntos, donde, divididas en pequeños grupos, debían quedarse para el estudio del idioma hasta el nombramiento definitivo para sus futuros lugares de trabajo.

Para comprender las inquietudes del espíritu que originó esta invasión de maestras norteamericanas a la República Argentina, debe tenerse un reflejo, siquiera fugaz, de la visión del hombre que en los primeros años sentó las bases sobre las cuales se construyó sólidamente el sistema educativo de la nación.

En la ciudad de San Juan, capital que sigue siendo de la provincia del mismo nombre, situada al pie de la cordillera de los Andes, nació en 1811 Domingo Faustino Sarmiento. Era San Juan una población semidesierta y azotada por los vientos, que descansaba soñolientamente bajo el peso de dos siglos de desgobierno hispano. Sería difícil hallar, en aquellos tiempos, contornos menos propicios para los primeros años de un gran espíritu que los de aquella casita de adobe al lado de la cual, bajo la sombra de una higuera, la madre de Sarmiento trabajaba en el telar que le proporcionaba el producto con que a menudo se sostenía la familia en su pobreza. De este humilde hogar, sin embargo, salió el hombre que habría de liberar a su país de la ignorancia.

La ciudad de San Juan tenía por entonces una escuela de la que era maestro un hombre sobrecargado de alumnos, capacitado sólo para enseñar en los grados inferiores y sobre materias necesitadas con mayor urgencia.

Allí aprendió lo rudimentario el pequeño Domingo, vigilado estrechamente en sus tareas por un padre que, por su parte, se había visto privado de toda oportunidad para educarse, y por una madre cuyos sacrificios y cuya incesante labor sirvieron de fondo lejano en los años siguientes al gran sueño filial que surgió e iluminó la nación.

Siendo pequeño aún, Sarmiento impartía a diario a sus hermanas las lecciones que él había aprendido en la escuela, donde las niñas no eran admitidas en aquella época. Comenzaba así, inconscientemente, la tarea de toda su vida: enseñar. Desde entonces hasta su muerte, ocurrida setenta años después, de muchacho descalzo a Presidente de la República, jamás, literalmente, cesó de enseñar y estudiar.

Un tío suyo, que era sacerdote, le dio instrucción hasta que tuvo que exilarse por culpa de un tirano local, yendo a residir a una solitaria población serrana de la vecina provincia de San Luis, adonde lo siguió su sobrino cuando contaba catorce años. Allí, fiel este a su espíritu innato de ser útil, comenzó en seguida a enseñar a los niños de la parroquia, ayudó al cura a reconstruir la pequeña iglesia y dio a la villa un trazado en manzanas y calles regulares. Sarmiento terminó aquel año su vida escolar, a los quince de su edad; él calificó ese tiempo pasado al lado de su tío como el que más influyó en toda su vida, porque su sabio maestro le enseñó, no sólo verdades, sino también cómo estudiar y cómo pensar por sí mismo.

Aunque carente de mejores oportunidades de cursar estudios, buscó todos los libros disponibles en las pequeñas bibliotecas privadas de San Juan devorándolos en los momentos que le quedaban libres entre una y otra pesada de té o azúcar y la venta de zaraza,⁵ en la pequeña tienda donde trabajaba.

La vida de Franklin, un muchacho pobre como él, fue una fuente de profunda inspiración para su obra. Decía él que “vivió a Franklin” más bien que leyó su vida. También por aquel entonces aprendió a leer francés por sus propios medios.

Un espíritu como el de Sarmiento, aun a su edad, no podía menos que ser atraído por la política, que era la actividad

[5] N. de la E. Denomina una tela de algodón estampada (diccionario RAE).

principal de la época, y a los dieciocho años se vio obligado a escapar a Chile como consecuencia de haber expresado demasiado libremente sus opiniones progresistas.

Al llegar a Los Andes, primera población después de cruzar la frontera, se sintió atraído por el espectáculo de una escuela y de niños ociosos e ignorantes y se quedó allí a enseñar por espacio de algunos meses.

Durante cinco años trabajó en cuanto cosa halló y estudió de todo lo que podía ayudarle a adquirir conocimientos. Mientras se desempeñaba como empleado de una tienda en Valparaíso, dedicó sus horas libres a aprender inglés. Más tarde, en Copiapó, Chile, se inició como minero y ascendió hasta gerente, al propio tiempo que enseñaba español, francés e inglés y traducía novelas de Scott al castellano. Aquí, los sufrimientos de una vida dura, las condiciones de labor y las horas extraordinarias de estudio terminaron por producirle una completa postración física y mental, tras de caer enfermo de tifoidea.

En 1836, siendo más favorables las condiciones políticas en San Juan, pudo Sarmiento, con otros que también habían estado exiliados, retornar a su tierra y, en su propio clima, pronto recobró su vigorosa salud.

Por sus ideas progresistas se colocó de inmediato entre los líderes que estaban luchando para mejorar las condiciones existentes, y su primera labor constructiva de aquel tiempo, en educación, fue promover, en San Juan, la fundación de una escuela para mujeres, dándole planes y estatutos que fueron modelo en su género y muy avanzados con respecto a las ideas de la época.

Esta escuela y otra para varones prosperaron durante un tiempo, alentadas por los elementos progresistas de San Juan, pero obras de esa clase eran contrarias a los principios de Rosas, el tirano que gobernaba, y compartieron la suerte de otras escuelas del país, vale decir: fueron suprimidas. Aún en Buenos

Aires, donde la influencia del tirano era algo refrenada por la opinión pública, las escuelas fueron prácticamente abolidas.

La labor educativa de Sarmiento y la dirección de un seminario por demás consagrado a la ilustración y desarrollo del país como para agradar al déspota de Rosas, pronto ganaron ser condenado a muerte sin juicio previo. Después, sin embargo, fue de nuevo desterrado a Chile con algunos más, dando allí comienzo a la realización de un sistema de educación pública.

En 1842 fundó en Chile la primera Escuela Normal de Sud América, dos años después de la fundada por Horace Mann en los Estados Unidos de América. Más tarde visitó Francia, España y Holanda; en Italia, inspeccionó colegios para ciegos; en Prusia, estudió las Escuelas Normales para Profesores y en el país de Washington, ratificó sus mejores intuiciones sobre la enseñanza democrática y vio realizados algunos de sus ideales. Su libro sobre *Educación Popular* fue el resultado de estos viajes.

En su visita a aquel país, en 1845, conoció a Horace Mann, quien le dio una visión nueva acerca de los ideales educativos. Después, en 1865, al ser designado ministro Plenipotenciario de la Argentina ante el país del norte, se puso en contacto con otros propulsores de la educación popular. Habiendo fallecido Horace Mann, Sarmiento se encontró con la señora de este en la inauguración de la estatua a su ilustre esposo. La señora de Mann lo presentó a Ralph Waldo Emerson, a Agassiz y a otros notables conductores del pensamiento de aquellos tiempos. Conoció también a Longfellow, al gobernador Andrew de Massachusetts y al astrónomo doctor Gould, con quien proyectó un plan para fundar un observatorio astronómico en Córdoba, destinado al estudio de los cielos del hemisferio austral, tarea que aún continúa desarrollando este establecimiento, del cual fue primer director el propio doctor Gould.

Trabó relación, asimismo, con el general Grant, quien más tarde, al ser designado presidente de los Estados Unidos de América, envió un mensaje de congratulación a Sarmiento que había sido llevado a la primera magistratura de su país, aconsejándole seguir su propio ejemplo y no leer nunca críticas que le fueran adversas.

Como diplomático, Sarmiento dedicó mucho tiempo y dinero a viajar a través de los Estados Unidos de América. Visitó sus diferentes instituciones educativas, habiéndole impresionado tanto lo que observó respecto de la educación de la mujer y de su preparación como maestra, que expresó su creencia de que “la suerte de una nación dependía de ello” y de que, por eso, debía darse la mayor importancia a esa educación.

Como famoso educador sudamericano, fue invitado a varios congresos de enseñanza y quedó profundamente impresionado por el sistema escolar norteamericano, acerca del cual publicó después un libro. Por otra parte, cuando ejerció la presidencia de su país, uno de sus primeros actos fue la fundación de una Escuela Normal, siendo su deseo incorporarla a su plan de escuelas comunes, lo que al fin consiguió.

Sus ideas con respecto a la educación de las masas no tenían límites. Figuraban en su programa escuelas para retardados y para niños abandonados en la calle. Todos debían estar capacitados para leer: las prisiones debían ser escuelas porque los presidiarios eran enfermos que necesitaban un hospital adecuado.

De este modo, el problema de la enseñanza se convirtió en su mayor preocupación. Modificó el plan de estudios de los Colegios Nacionales (corresponden a los *High Schools* de los Estados Unidos de América); introdujo la escuela primaria en las provincias; fundó el Colegio Militar, la Escuela Naval y escuelas de agricultura; se interesó personalmente en la educación de

los sordomudos. Son éstos solamente algunos de sus maravillosos planes y constituyen apenas una pequeña parte del trabajo que llevó a cabo.

Durante la presidencia de Sarmiento, el ministro de Educación, doctor Avellaneda, mantuvo completa afinidad con sus ideas reformadoras de la enseñanza, contándose entre ellas, como una de las principales, la instrucción y preparación especial de maestros.

En 1870, el gobierno nacional sancionó una suma votada por el Congreso para la fundación de dos escuelas normales. Una de ellas, la primera establecida en la República Argentina, se instaló en la ciudad de Paraná, siendo confiada su dirección a Míster George Stearns, que fue traído a tal efecto de los Estados Unidos de América en junio de aquel año. El señor Stearns creó el primer plan de estudios y organización interna, y el presidente Sarmiento lo convirtió en base definitiva para toda futura escuela normal en el país.

Al poner término Sarmiento a su período presidencial de seis años, le sucedió, en 1874, su Ministro de Educación, el doctor Avellaneda, quien, al igual que los organizadores de la escuela de Paraná, estaba tan enteramente imbuido del espíritu de Sarmiento que la obra prosiguió con gran éxito. Se organizaron las escuelas normales de Catamarca (1878), Mendoza (1878) y San Juan (1879), sobre la base de maestras norteamericanas traídas del país del norte para tal propósito.

El presidente Roca asumió el poder secundado por otro ilustrado y entusiasta Ministro de Educación, el doctor Eduardo Wilde, cuya idea de establecer, por lo menos, una escuela normal en cada provincia, fue hábilmente apoyada y llevada a la práctica por el primer magistrado y su gobierno. Se resolvió, en consecuencia, traer desde Norteamérica más maestras normales experimentadas con el objeto de coadyuvar a la materialización

de dichos planes. Todo esto nos transporta a 1883, año en que arribaron al final de su largo viaje las portadoras de los equipajes marcados con un *A-100*, mencionadas en el primer capítulo.

El avance progresivo de enfermedades propias de la edad obligó a Sarmiento a retirarse a la vida privada, no obstante lo cual, jamás disminuyó su interés por el adelanto educativo del país y sus problemas. Sarmiento fue el Padre de las Escuelas Normales en la República Argentina.

III. Las maestras norteamericanas convierten los sueños en realidad

109

Retornemos al hotel *Nastier Than All* y al grupo que estaba tratando de acostumbrarse al nuevo ambiente.

Las dos bostonianas de la partida recibieron instrucciones de proseguir a Paraná, donde también habían sido destinadas temporariamente otras nueve maestras de los Estados norteamericanos del centro y del oeste, llegadas dos semanas antes. Como todavía no estaba terminado el ferrocarril a Rosario, sólo pudieron viajar por tren hasta Campana –distante de Buenos Aires, alrededor de 50 millas–, e hicieron en vapor el resto del viaje, aguas arriba del río Paraná, para llegar al puerto homónimo a la incómoda hora de las tres de la mañana. Allí las esperaba un profesor de inglés de la Escuela Normal local, quien, con gran benevolencia, las ayudó a desembarcar del buque, que había anclado en medio de la corriente. Pronto se hallaron en un pequeño bote de remo, en el anchuroso río y a la luz gris e incierta de la mañana, sin otra cosa a la vista que las altas y áridas barrancas gredosas hacia las que el bote se encaminaba.

Al llegar a tierra, donde había unas pocas estructuras del tipo de barracas, tomaron un coche de caballos que las llevó, por un camino de más de una milla, en subida y entre barrancas, hasta la ciudad misma, a un hotel dirigido por un francés. El hotelero les brindó la mejor comodidad posible, consistente en una pieza oscura y maloliente y en la que un naturalista habría encontrado un rico campo de estudio desde que escasamente debía de haber clase alguna de insectos que no hubiese formado en ella su morada. Esto despertó en las norteamericanas sus instintos de New England, dándose con todo empeño a la tarea de desalojar a los otros habitantes, a pesar de que *don*

*Juan** insistía en que había evacuado enteramente la habitación antes de que llegaran las señoritas.

Una vez regularmente instaladas emprendieron la tarea de absorber el idioma castellano tanto como fuese posible en cuatro meses. Dedicaron sus días a estudiar duro, con la ayuda de dos maestros, uno de gramática y otro de conversación, concurriendo frecuentemente a la Escuela Normal para acostumar el oído al español. Sólo quien haya pasado por una prueba similar podrá imaginar las situaciones cómicas y de otro orden a que se vieron expuestas a lo largo de sus empeños entusiastas por hacer del castellano “su propio idioma en cuatro meses”. El temor de entender mal a quienes se les dirigían y de responder de manera chocante o que no viniera al caso, provocaba confusiones casi imposibles de desenredar, o las hacía ruborizar por horas ante algún error absurdo. Así, por ejemplo, el de pedir *calvos** al dependiente de un negocio en vez de *clavos**, que era lo que buscaban; o el de avisar al capitán de un barco que no había suficientes camiones* para las damas y pedirle que les suministrara uno cuando lo hubiese, siendo lo requerido en realidad, un *camarote**; o el de presentar a un *caballero** como a un *caballo**, etc.

Las únicas distracciones que tenían por aquellos días eran la incesante persecución de escorpiones, ciempiés y otros infandos especímenes de historia natural, y el subir a la azotea al atardecer para observar las puestas de sol, cuyos efectos de colores y resplandor maravilloso sobrepasaban a todo cuanto sus ojos habían jamás visto ya en tierra, ya en mar.

Al cabo llegó, para todas, el momento de ir a ocupar los puestos definitivos para los cuales habían sido designadas y, después de largos y tediosos días de viaje en diligencia, algunas de ellas llegaron a las ciudades de Catamarca, San Juan, Jujuy, Mendoza y La Rioja, situadas al pie de los Andes, en las

provincias homónimas. Tres quedaron en Paraná, dos fueron enviadas a la ciudad de Rosario y dos a la de Corrientes.

Todas eran graduadas en escuelas normales y fueron traídas para realizar trabajos especiales en esa clase de establecimientos, ya fuera para organizar nuevas escuelas de ese tipo o dirigir el curso de aplicación anexo a las mismas, ya fuera para maestras de metodología u otras ramas conexas con la labor de las escuelas normales ya establecidas. Una maestra especializada en *kindergarten* fue dejada en Paraná para poner en marcha el primer departamento destinado a la preparación de maestros para jardines de infantes.

El Ministro de Educación tenía por lo visto gran fe en la capacidad de las mujeres norteamericanas al enviarlas, después de cuatro meses de estudio del idioma, a lejanos rincones de la República, donde el inglés en la mayoría de los casos era rara vez oído.

Con el castellano que las maestras podían manejar por entonces, se esperaba que llevasen a cabo no sólo la tarea de organizar y administrar las escuelas normales, sino también la enseñanza de las materias más importantes relacionadas con la profesión de maestro, como psicología, metodología y ciencia de la educación, y que corrieran, además, con toda la correspondencia oficial con el Gobierno. El castellano era el único idioma que se hablaba y, por supuesto, no se empleaba otro en las escuelas.

Sus tareas, unidas casi siempre a un gran cambio de clima, de alimentación y de hábitos de vida; su lucha continua contra el prejuicio y la ignorancia, acompañados algunas veces –aunque raramente– del sentimiento hostil de ciertas clases hacia las escuelas; todo, en fin, se enderezó a probar sobre qué bases se sustentaban los elementos característicos del maestro norteamericano común.

De las penalidades con que tropezaron y de los sacrificios realizados por estos maestros iniciadores, poco han dicho ellos mismos, más en la historia de aquellos días hubo algunas páginas sombrías, que bien pusieron a prueba sus espíritus animosos. No es generalmente conocido que sesenta y cuatro maestros norteamericanos, en total, han organizado las escuelas normales de la República Argentina, las han dirigido o han enseñado en ellas.

Ha sido una hermosa y justiciera idea del gobierno argentino la de erigir en Boston una estatua a Sarmiento, como obsequio de los niños de las escuelas del país en beneficio de cuyas generaciones futuras dedicó su vida entera, esforzándose en llevar a cabo sus espléndidos ideales con la cooperación y asistencia de las maestras norteamericanas llamadas por él. Quizás aquellos que lleguen a leer estas crónicas, al pasar junto a esta estatua, pensando en la espléndida y heroica figura que representa, dediquen también un recuerdo al grupo de abnegadas mujeres norteamericanas que respondieron a su llamado, siguieron su dirección en su propia tierra lejana y lo ayudaron hábilmente en la realización de su entusiasmo.

Las dos maestras bostonianas, que finalmente fueron designadas para Corrientes, partieron otra vez en el vapor *Paraguay*, el 21 de febrero de 1884, a las cinco de la mañana, alejándose aún más de sus hogares y dejando atrás, en Paraná, con gran pena, a las nueve compañeras que se habían convertido en apreciables amigas.

El viaje resultó un agradable descanso después de semanas de duro estudiar; hacía, empero, mucho calor y las barrancas y peñascos arcillosos de ambas márgenes reflejaban el resplandor del sol y, si se veía alguna cosa verde, tan achaparrada era, que el paisaje resultaba monótono y desolador.

A vista de una bandera levantada en señal de que algunos pasajeros deseaban embarcarse, el buque paró dos veces al pie de las blancas barrancas, tremulantes bajo la irradiación solar. De dónde venían esos viajeros era un misterio, desde que no había a la vista ningún pueblo ni vivienda, pero era un alivio pensar que detrás de esas desoladas extensiones hubiese en alguna parte lugares fértiles con moradas de alguna clase.

A la puesta del sol arribaron a La Paz, la única ciudad que se vió en todo el viaje, si bien se pasó por algunas de noche. La Paz resultó verdaderamente una escena de paz; el sol inundaba las aguas y la costa de un color magnífico, mientras las sombras de la noche comenzaban a envolver la ciudad que se apiñaba junto al río, dejada en una paz aún más profunda, bajo las estrellas, al zarpar el buque, cuando el resplandor dorado había desaparecido.

Llegaron al fin a la ciudad de Corrientes un domingo por la mañana –primer día de carnaval– y anclaron en medio del río. Como no había muelle, los botes iban hasta el barco y venían de él para embarcar y desembarcar a los pasajeros. Esta costumbre se conservaba todavía después de contruidos los muelles,

con el objeto de proteger a los boteros ya que, de lo contrario, hubieran perdido su único medio de subsistencia, por ser demasiado perezosos como para aprender a hacer otra cosa o buscar distinta ocupación. Los buques, por lo tanto, después de cargar y descargar las mercaderías en el muelle, se apartaban al medio del río para dar oportunidad a los boteros de que se ganasen la vida.

Cuando el barco ancló frente a la ciudad, se desencadenó una tempestad de truenos de lo más terrible, una de esas tormentas como las que sólo se ven en los trópicos, en las que la lluvia cae a chorros, el relámpago brilla en extensos latigazos y el trueno estalla como si los cimientos de la tierra se conmovieran.

El director del Colegio Nacional de Corrientes, que era un inglés, había sido notificado de la llegada de ambas maestras y prometió ayudarlas en el desembarco un tanto dificultoso de extranjeros en tierras extrañas, pero no apareció. Los pasajeros para Corrientes desembarcaron en varios botes, mientras las dos maestras quedaban a bordo, pegadas a sendas troneras, con la mirada ansiosa puesta en la ciudad, donde una solitaria palmera, cimbreante al viento y la lluvia, parecía acentuarles la sensación de soledad y desamparo que las embargaba.

El buque iba a reanudar su marcha de un momento a otro. ¿Qué hacer, entonces, para llegar a tierra bajo una lluvia torrencial, en esas pequeñas y frágiles embarcaciones abiertas, con sus ocho baúles, sus cajones de libros y demás cosas, y con sólo dos pequeños paraguas?

De pronto, detrás de ellas, una voz bondadosa de acento extranjero preguntó: “¿Puedo ayudarlas en alguna forma, señoritas?” Diéronse vuelta y contemplaron a un voluminoso caballero de piel tostada por el sol, desconocido en absoluto para ellas, y a quien hubieran abrazado allí mismo por la benevolencia de su tono. Este señor, que resultó ser el ministro de España

ante el Paraguay, y que, además, había viajado por los Estados Unidos de América y visitado a Boston, al ver los baúles con la marca de *Boston*, se interesó por saber quiénes eran sus dueños y venía a socorrerlas.

Envió a tierra a su criado en busca del director, quien no había recibido el anuncio de la fecha de llegada de las maestras, pero que apareció en seguida. Así, en medio del incesante aguacero, protegidas únicamente por sus pequeños paraguas, llegaron a tierra empapadas y chorreando agua, como pollos mojados con las plumas caídas.

Por ser domingo de carnaval encontraron totalmente ocupado el primer hotel que fueron a ver, no hallando tampoco lugar en el segundo. Finalmente consiguieron en el siguiente hotel, una cueva del tamaño aproximado de una sombrerera actual, pero que debía servir para las dos. No tenían lugar donde secar las ropas mojadas ni conocían en qué condiciones se hallaban los libros. Permanecieron allí, sin embargo, hasta después del carnaval, cuando su bondadoso amigo, el director del Colegio Nacional, les halló una pequeña vivienda, con una habitación espaciosa y cercana a la escuela, y les envió su sirvienta para que las ayudase a ponerla habitable. Quedaba la misma sobre una pequeña bajada de la calle y cuando sobrevenía una lluvia fuerte el agua corría hacia abajo y entraba por la puerta y las ventanas que se prolongaban hasta el piso. De este modo, fue necesario montar sobre ladrillos los baúles, las camas, etcétera, para que quedasen a cubierto de repentinas inundaciones.

El piso era de ladrillos desgastados, desparejos y llenos de cavidades, lo que hacía necesario que uno se apartase del consejo del doctor Hale y mirara hacia abajo y no hacia arriba, al cruzar la habitación. El cielo raso de arpillera desflecaba colgajos sobre sus cabezas, pero las ocupantes consiguieron

poner presentable la vivienda por un tiempo, y pronto dieron comienzo a las tareas escolares.

Esto último resultó sumamente interesante con alumnos tan ansiosos por aprender, tan respetuosos para con *las norteamericanas** y de un modo de ser tan dulce y confiada amistad como los que le tocaron, aunque lamentablemente tan faltos de preparación para las exigencias de una escuela normal que en casi todas las cosas era necesario volver sobre lo elemental.

Los habitantes de la ciudad se regocijaron por la apertura de la Escuela Normal bajo la dirección de las maestras norteamericanas y rivalizaban unos con otros en las más amables atenciones. Dos días después de haberse instalado de alguna manera, cuarenta personas las visitaron o bien les enviaron sus sirvientes con bandejas de frutas, flores o pasteles al par que ofrecimientos de servicios para cualquier cosa que necesitaran.

Se tenía el propósito de que fuesen a vivir al edificio de la escuela, pero una directora argentina, que se había instalado allí temporariamente hasta que ellas llegaran, no parecía tener prisa por mudarse. Se produjeron entonces algunos incidentes, no de los más felices; pero al final, con tacto, ganaron su buena voluntad, y se separaron después, como buenas amigas. La dama era viuda, con cinco hijas grandes, y había nombrado a cuatro de ellas para ocupar puestos en la escuela.

A poco de arribar, las dos norteamericanas le hicieron una visita de cortesía, si bien con mucho azoramiento por su escasa práctica en conversación general. Al entrar a la casa, la *Señora** las recibió con fría dignidad, no del todo compatible con la rotundidad propia de un barril, mientras que las cinco hijas se sentaron en solemne fila alrededor de la sala, mirando de hito en hito a las visitas y sin decir palabra.

Al producirse un momento de silencio, cosa que ocurrió varias veces durante la no muy animada conversación, una de las

dos visitantes se refirió a cierta efigie que había sido quemada en la calle cercana y preguntó a quién representaba. A Judas, contestó la *Señora**. Como las norteamericanas no recordaran haber oído mencionar a un caballero de ese nombre, una de ellas inquirió inocentemente si era argentino. La *Señora**, con manifiesto desdén ante tan crasa ignorancia, explicó que se trataba del que había traicionado a Cristo. Las cinco hijas, habiéndose levantado rápidamente, se retiraron de la sala... De este modo, mientras aprendían la pronunciación española de *Yudas*,⁶ pensaron que era más prudente retirarse antes de que su castellano las expusiera a alguna ignorancia bíblica más.

La cortesía de los argentinos –niñas o muchachos, hombres o mujeres– está más allá de toda alabanza. Jamás demostraron en clase, con palabras o gestos, su divertimento ante los errores en el uso del idioma, los cuales al principio debieron de haber sido agradables y no pocos.

Después de un breve tiempo, las dos maestras se mudaron a una casita vecina a la escuela, con un patio fragante de jazmines y rosas. Las habitaciones del pequeño edificio de adobe, de un piso y azotea, eran poco espaciosas, pero pronto quedaron arregladas con gusto, y llevaron a un inglés, que había sido compañero de viaje de las maestras, a manifestar su creencia de que, con sólo un par de abanicos japoneses, una muchacha norteamericana se daría maña para transformar un páramo en un hogar confortable.

[6] *Yudas* es el valor fonético aproximado de *Judas* en inglés, lengua en la que tiene la misma grafía que en castellano. Por la diferente pronunciación hubo de sonar a las norteamericanas como si en su idioma se hubiera escrito *Hoodas*.

Antes de ir a Corrientes, las maestras habían sido prevenidas de que encontrarían allí tres meses de *invierno** y nueve de *infierno** y, en efecto, hallaron correcta la última parte de la información. Las noches eran más cálidas que los días, sin una brisa que refrescara la atmósfera sofocante, a tal punto, que las almohadas, colchones y ropa de cama, humedecidos por la transpiración, debían ser puestos a secar a diario. ¡Y los mosquitos!... Para leer o coser en paz, aun durante las horas del día, les era necesario sentarse bajo un tul protector y más de una vez se vieron obligadas a abandonar el comedor expulsadas por nubes de mosquitos, traídas por el viento desde el Chaco, la gran zona boscosa ubicada río de por medio. Por regla general, tenían que comer protegiéndose con el humo de un fuego semiahogado, colocado delante de la puerta de la habitación.

Las cucarachas se ponían en fila sobre los anaqueles de libros y desaparecían por completo y al instante si se las miraba. Mostraban marcada inclinación por Dickens ya que las encuadernaciones verdes de esos volúmenes parecían satisfacer mejor sus apetencias literarias. Parece ser que el apetito cromático variaba según las zonas del país, pues, al decir de una de las maestras radicadas en Catamarca, las cucarachas preferían allí los libros empastados en rojo. Estos insectos alcanzaban el tamaño de una laucha y comían también guantes y carteras, obligando con sus depredaciones a que los baúles y cajones fueran vaciados con mucha frecuencia.

Los ciempiés y escorpiones eran asiduos visitantes y una plaga más inquietante aún era la de la *nigua**. Atacaba esta los pies, especialmente en las gentes más pobres que andaban descalzas, y si no se la extirpaba de inmediato causaba úlceras, siendo necesario a veces llegar a la amputación de los dedos de la víctima.

Una noticia un tanto sorprendente para las maestras fue la de que las lavanderas no usaban jabón por ser demasiado caro. Utilizaban, en cambio, bosta que metían en una bolsa y ponían a remojar junto con la ropa en un charco cerca del río, para luego refregar las prendas con una piedra y ponerlas a secar sobre la arena. No era para maravillarse, en consecuencia, de que los botones y las ropas durasen tan poco tiempo.

También se sorprendieron un tanto cuando la lavandera les informó que tenía cuatro hijos, pero no marido. En efecto, al expresarle que se condolían de su viudez, ella exclamó: “Oh, yo nunca he sido casada por la Iglesia, porque en ese caso me hubieran obligado a someterme a *Juan** y a vivir con él, aunque abusara de mí; en cambio, así, si él no me trata bien, yo le puedo decir que se vaya”. Quizás este argumento diera, en cierto modo, la razón de la tercera parte de nacimientos ilegítimos de aquel entonces, estribando el resto de la explicación en los cincuenta pesos que exigían los curas por derechos de matrimonio.

Resultaba espantosa la sed padecida por no haber bebidas frías con qué refrescarse. Por ser desconocido el hielo en aquel tiempo, la única agua fresca asequible provenía del *aljibe** de algún amigo, de una cisterna para recoger agua de lluvia o bien de un botijo envuelto en trapos húmedos y colgado a la sombra de un árbol. Los alimentos vegetales escaseaban, con excepción de la mandioca y las cebollas, transcurriendo a veces semanas sin que lograran ver una papa. Así, la alimentación corriente se componía de carne, pan sin manteca y naranjas de excelente calidad, de las que sus amigos las mantenían abastecidas en abundancia. Esta falta de vegetales no se debía a que el suelo no fuese apto para producirlos sino a que las personas que podían cultivarlo eran demasiado perezosas como para echar la semilla en la tierra.

La leche era escasa y, si se la obtenía, costosa. Cuando provenía de lugares distantes era transportada a la ciudad a caballo

y en grandes tarros. Como la marcha acostumbrada del animal era un constante trote vivo, para cuando la leche llegaba a destino, se hallaba bien batida y su conductor solía sacar con la mano los trozos de manteca que cubrían la parte superior del tarro para ofrecerlos al cliente como una gran fineza.

Otra costumbre que todavía subsiste en los suburbios de Buenos Aires, es la de arrear las vacas con sus terneros, parando en una y otra puerta para ordeñarles la cantidad requerida. Los pobres terneros presentan a menudo un aspecto lastimoso, con sus hocicos embozalados para evitar que aprovechen su alimento natural y con sus débiles patitas vacilantes sobre el pavimento, obligados por el lechero a seguir a sus madres, por el temor de que la vaca se le retire la leche al no estar en presencia de su cría. Las vacas son tenidas en lugares llamados *tambos**, especie de establos, de los que son sacadas a la calle dos veces al día, por la mañana y por la tardecita, para abastecer de leche pura a personas delicadas y a niños pequeños.

Corrientes era en sí una ciudad vieja, se remonta a 1588, de aspecto triste, castigada por muchas revoluciones que la agotaron. Fue fundada por el español Juan de Vera, quien le dio el nombre de *San Juan de las Siete Corrientes**, debido a que ese era el número de corrientes formadas por los riscos y rocas del río. Su nombre indígena fue el de *Taragüí*, que significa muchos lagartos.

Se dice que los nativos, que eran indios guaraníes, lucharon con gran furia contra los españoles hasta que un hecho que consideraron sobrenatural los indujo a deponer las armas y convertirse al cristianismo en cantidad de seis mil. Consistió el mismo en que, habiendo incendiado el pequeño caserío, lograron destruir todo menos la gran cruz erigida para señalar la fundación del pueblo, y en que, cuando arremetieron para derribarla, los españoles descargaron sobre ellos una andanada

aniquiladora. Los nativos la creyeron un envío del cielo, y los que no cayeron muertos se sometieron.

Después de aquel episodio, las dos razas llegaron a mezclarse de tal modo que el castellano se hablaba menos que el guaraní y, en los primeros años, las tres cuartas partes de los habitantes de Corrientes revelaban la influencia de la sangre indígena. Los guaraníes de pura sangre vivían en el Chaco y constituían una raza escuálida y de aspecto miserable.

Algunas familias de Corrientes eran de ascendencia española pura y otras hacían remontar su linaje más allá de los reyes moros de España, mostrándose muy orgullosas de su aristocrática alcurnia. Dichas familias eran, por lo general, acaudaladas y vivían dentro de un verdadero estilo patriarcal, con séquito de sirvientes –una docena o más– que, al casarse, continuaban habitando con sus hijos y nietos, por generaciones, bajo el mismo techo, y proporcionaban un criado particular para cada miembro de la familia. Los señores pensionaban a sus servidores de muchos años cuando quedaban incapacitados para trabajar en lo sucesivo.

Los correntinos resultaban amigos de lo más encantadores, francos y confiados, muy generosos y de muy buen corazón: hasta el día de hoy son los más leales y sinceros amigos de las maestras norteamericanas.

Corrientes, aunque pobre y sufrida, tenía sus momentos de transfiguración. Era una ciudad de jardines ocultos, con viejos *patios*^{*7} coloniales invisibles para el transeúnte, pero envueltos en un clima de misterio y poesía. Por la noche, cuando la inundaba el brillante esplendor de la luna que transformaba las oscuras paredes y las calles arenosas y sin empedrado, en palacios y sendas plateadas, al par que la envolvía la fragancia

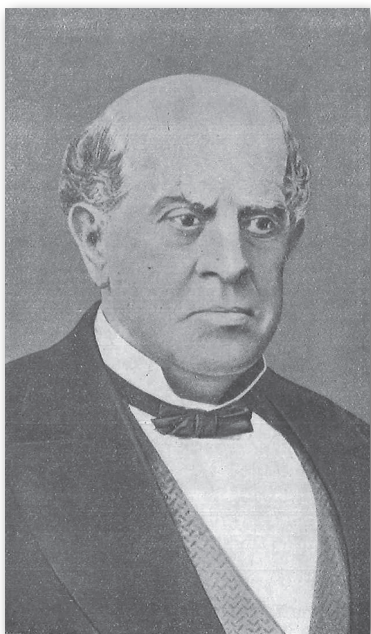
[7] Vocablo aceptado en inglés; tomado del castellano en el original.

maravillosa de los azahares, jazmines y rosas, mezclada con todos los perfumes tropicales de los huertos escondidos tras los muros. Uno podía figurarse que vivía un sueño de magnificencia oriental y que el río cercano, de majestuoso deslizamiento, se convertía en argentada carretera que llevaba a la “Arabia Feliz”.

Durante la permanencia de las norteamericanas en Corrientes se produjeron dos revoluciones. Una mañana temprano se quedaron en cama por pensar que se protegían mejor de las balas que, disparadas por los combatientes en la calle, silbaban fuera de sus ventanas. Días hubo sin clases, durante los cuales permanecieron encerradas, con la puerta atrancada y a oscuras, ya que la ciudad estaba sin defensa –salvo unos pocos residentes extranjeros– al haberla abandonado los argentinos físicamente aptos para retirarse al otro lado del río. Una horda de individuos liberados de la cárcel había hecho causa común con los revolucionarios, que se hallaban a seis millas de la ciudad con intenciones de saquearla. Por la noche, en medio de la oscuridad y el silencio, con las ventanas y puertas bien atrancadas, las maestras escucharon, de pronto y con ansiedad, un pasar de jinetes, un resonar de espuelas y un tintinear de armas. ¡Qué alivio experimentaron cuando, con las primeras luces de la mañana, supieron que había arribado desde Buenos Aires una unidad del ejército para proteger la ciudad y restablecer al gobernador, tomado prisionero!

Las norteamericanas hicieron una interesante excursión al Chaco, la gran selva de la margen opuesta del río Paraná, y encontraron allí a un irlandés que, con su esposa y tres hijas grandes, vivían en la espesura del monte, sin vecindad alguna, recibiendo tan sólo a veces la visita de pumas y otros animales salvajes. Se habían empeñado en encontrar la soledad o, bien, personas de su agrado. En su idioma vernáculo les refirió que había probado vivir en Inglaterra, pero que “los ingleses eran

demasiado presuntuosos” y no había podido tolerarlos; que había ido a Australia, cuyos habitantes le resultaron “aún más tontos que los ingleses”; que había marchado a Canadá, lugar en que “eran demasiado mezquinos para estar con ellos”; que se había trasladado a los Estados Unidos de América, de donde hubo de salir porque “pensaban demasiado en el dólar todopoderoso y eran muy embusteros”, viniendo por fin a la Argentina, a cuyos hijos hallaba “aún más embusteros que a todos y, junto con otros pequeños detalles, de una dichosa cortesía”.



Domingo Faustino Sarmiento



Señorita Howard

La Escuela Normal de Corrientes fue instalada en su propio edificio, hecho más bien desusado, desde que la mayoría de las escuelas comunes de aquella época funcionaban en una, dos o tres casas particulares, según lo requiriera el número de alumnos. Pocas de las escuelas eran de más de un piso; tenían aulas oscuras y mal ventiladas, carentes por lo general de ventanas para su ventilación y provistas sólo de puertas que daban a un patio o a una galería. Las directoras de las escuelas comunes, con sus familias, solían vivir en los mismos edificios, ya que, por ser casadas muchas de ellas, les resultaba cómodo salir de la clase en cualquier momento para amamantar a un hijo o preparar una comida.

Las niñas de las familias más distinguidas siempre iban acompañadas a la escuela, tanto de ida como de regreso, por sirvientes cuya obligación consistía en marchar detrás de ellas, a modo de escuderos, llevándoles los libros. Se debía esto a que el andar con paquetes se consideraba denigrante, relegándose siempre a la servidumbre esta frecuente necesidad.

La Escuela Normal fue organizada en curso de aplicación y curso normal, según los métodos norteamericanos y, por haber tan pocas maestras preparadas, las yanquis enseñaban en el lugar de la casa en que resultaban de mayor necesidad.

Un día, una de ellas estornudó de repente mientras daba clase en un grado y de inmediato todo el curso, de cuarenta alumnos o más, se puso de pie y dijo: *Salud, señorita**. No habiendo captado el significado de la palabra, la maestra estuvo a punto de reprobar el desorden; pero los discípulos, sin una sonrisa, se sentaron en seguida y prosiguieron tranquilamente con sus tareas, con lo que demostraron que, desear a uno buena salud cuando había estornudado, era una cortesía.

Los alumnos habían sido habituados a estudiar las lecciones en voz alta, tanto en sus hogares, como en la escuela, e imaginaban que de otra manera nada podía aprenderse de memoria. Como hasta esa época se estudiaban las lecciones palabra por palabra, con los puntos y las comas en su debido lugar, al pasar por las calles en vísperas de exámenes, se recibía la impresión de que una revolución estaba en marcha.

Parecía también extraño, para quien no estaba acostumbrado, el ver a profesores y alumnos de las escuelas de varones o mixtas, fumando tranquilamente en los patios o corredores durante los recreos. En la actualidad, es común observar que fumen chicos de ocho o nueve años, o más jóvenes aún. Se trata de un hábito nacional y sería, de acuerdo con algunos hombres de ciencia, la causa de la poca estatura de la raza.

Si bien la pronunciación española borraba un poco la aparente irreverencia, resultaba algo difícil llamar a los alumnos por los nombres de *Jesús** o de *Jesús María**, ambos impuestos a varones o mujeres sin discriminación. *Ascensión*, *Encarnación*, *Concepción** eran nombres femeninos muy comunes, aunque sin duda *María** era y es aún el favorito. En una familia de seis niñas todas llevaban este nombre agregado a algún otro, como ser: *María Luisa*, *María Estela*, *María Isabel*, *María Teresa*, *María Juana* y *María Josefa**.

En los registros de las escuelas mixtas, algunas veces figuraban los apellidos de Baltasar y Nabucodonosor. Era y sigue siendo costumbre que una mujer casada lleve los apellidos de su propia familia y, a veces, los de sus antepasados, agregados al de su esposo, como, por ejemplo: *Señora doña Fausta Fernández García Gonzáles de Agüero-Balcarce Giménez Castro Fuentes**.

Los nombres de los almacenes, las tiendas, etcétera, lograban atraer la atención sobre sus mercaderías. Tales, los de la *Carnicería de los Ángeles** de *El Almacén de la Luna** y del de

*Los Habitantes de la Luna**, situado en la esquina opuesta al anterior. Había también una casa de abarrotes con el sugestivo nombre de *Almacén del Camino de la Igualdad** (camino del cementerio) y aún otro llamado *El Buen Diablo**.

Por entonces, los argentinos consideraban la gordura en las mujeres como un signo de belleza. Juzgadas por ese patrón, ellas se sentían de lo más encantadas cuando, pasados los veinticinco años, engrosaban enormemente a consecuencia de su afición por los dulces y su aversión por cualquier ejercicio. El nuevo régimen, o sea la introducción de la gimnasia en las escuelas de niñas, unido a caminatas, remo, esgrima y otros juegos, ha producido su efecto sobre las mujeres de hoy, que lucen una silueta más graciosa y menos cargada de carnes superfluas.

Las mujeres argentinas son, por lo general, de ojos negros velados por largas y gruesas pestañas y de cutis pálido, agradándoles mucho el uso de polvos faciales. Aunque no tan celebradas por la belleza de sus rasgos como las peruanas, hay muchas hermosas entre ellas. Por lo común, contraen matrimonio entre los dieciocho y veinticinco años. Se alegran si tienen muchos hijos y los aman intensamente: cuanto más numerosa es la prole tanto más orgullosa se siente la madre. Familia había en la que podían contarse, sentados a la mesa, el padre, la madre y dieciocho hijos, a pesar de haber fallecido otros cuatro.

Las jóvenes eran mantenidas en parcial reclusión durante su más temprana doncellez. Nunca se las veía en público sino bajo la custodia de algún familiar de más edad o de alguna dama de compañía, y eran estrictamente vigiladas en lo referente a sus amistades con el sexo opuesto. Resultaba difícil imaginar la diferencia existente entre la vida social libre de una muchacha soltera en los Estados Unidos de América y la vida sujeta de otra del mismo Estado en la Argentina. Esta, aún después de

casada, seguía bajo la constante vigilancia de su marido, quizá más rígida que la de sus propios padres.

Los muchachos argentinos, por el contrario, tenían y tienen demasiada libertad y aprenden desde edad muy temprana todos los vicios sociales.

Cuando un joven argentino llegaba a conocer en la iglesia, en un baile o en alguna otra reunión a una niña por la cual se sentía atraído, comenzaba de inmediato a rondar su casa, mirando con insistencia hacia la ventana o hacia la puerta hasta que la interesada advirtiera su presencia, tal vez por aviso de algún sirviente o vecino. Si la atracción era recíproca, ella devolvía las miradas del galán, que tornaba a pasar todos los días a la misma hora, hallándola siempre a la ventana. Se miraban entonces tiernamente, en silencio y por largo rato. Esto, como es natural, pronto era del dominio de todo el vecindario y los padres de la muchacha, necesariamente enterados, comenzaban averiguaciones concernientes al estado civil y a la reputación del enamorado. Si los resultados eran satisfactorios, la pareja pronto se encontraba en algún baile o reunión, y allí, bajo la mirada escrutadora de varias personas, so pretexto de bailar o merced a otros medios adecuados, hallaban ocasión de conversar entre ambos. Poco después, el joven solicitaba del padre permiso para visitar la casa, lo cual llevaba siempre a cabo en presencia de la madre o de toda la familia, de tal suerte que solía ocurrir que la prometida estaba por vez primera a solas con su novio, sólo después de celebrada la boda.

Una de las costumbres extrañas a los ojos de los extranjeros era la observancia del luto por las familias argentinas, pues lo llevaban por un período muy largo, guardando un riguroso y exacto cumplimiento de reglas tradicionales. Por la muerte del padre, de la madre o del esposo el luto duraba dos años y, a veces, tres. Durante los primeros quince días, la casa permanecía cerrada,

con las habitaciones oscuras y silenciosas; las mujeres de la familia usaban un manto negro sobre los hombros y una túnica del mismo color, aislándose por completo del mundo. Transcurrido ese lapso, estaba permitido llevar un vestido negro sin collares ni otros adornos, un pequeño velo que cubriera la cara y otro largo que colgara a la espalda, y se podía asistir a misa en las horas más apacibles, generalmente de mañanita. A lo largo del período del luto, el piano no debía ser tocado y, aunque se recibían visitas de condolencia, estaba vedado hacerlas de ninguna clase, como asimismo concurrir a lugares de diversión. Las mujeres quedaban, pues, literalmente sepultadas para el mundo. Estas costumbres no eran obligatorias para los hombres, quienes, al igual que los de otras nacionalidades, observaban pocas reglas no compatibles con sus propios gustos o conveniencias.

Las norteamericanas hicieron cierta vez una visita de pésame a una señora cuyo esposo había fallecido pocos días antes y, de acuerdo con la usanza, se presentaron con vestidos y sombreros negros y aun abanicos del mismo color. Fueron introducidas en una habitación donde la oscuridad, intensificada por negros paños que cubrían la alfombra, el piano, los cuadros y el mobiliario, era tan densa que, a pesar de ser media tarde, les costaba distinguirse entre sí. A poco de estar, entró la viuda de riguroso crespón y con espeso velo sobre la cara, que usaba para recibir a las visitas.

Como es tan poco el intervalo entre la muerte y el entierro (sólo veinticuatro horas) no hay tiempo para preparar el luto. Por este motivo las mujeres de la familia no acompañaban –y actualmente tampoco acompañan– los restos hasta el cementerio. Los parientes varones siempre asistían al sepelio, aunque no pudiesen vestir de luto. Se estila aún que los amigos, parientes y conocidos pasen la noche inmediata al fallecimiento con la familia del extinto. En esta oportunidad, las mujeres se

arrodillan al lado del ataúd y rezan cada tanto por el difunto, mientras en otra habitación los hombres, dedicados a fumar, a servirse refrescos y a cambiar opiniones sobre diversos asuntos, dejan a aquéllas la ardua tarea de ayudar al alma del que se ha ido en su paso por el Purgatorio.

La muerte de una criatura o de un chico de corta edad se consideraba, en algunas partes del país y entre las clases más bajas, como un motivo de alegría porque, según ellos, el niño se había transformado en ángel y, a no dudarlo, estaban en lo cierto. Era velado durante una noche y luego los vecinos lo pedían prestado para llevarlo a sus propias casas para participar, a su vez, de la suerte que la presencia del *angelito** traía consigo. El ataúd era colocado en posición vertical y había fiesta con bebidas y baile, a veces por dos o tres noches consecutivas, antes de que la pobre criatura pudiese ir a dormir su último sueño.

La *siesta** era una costumbre invariable en Corrientes, como en casi toda la República. Al mediodía el calor resultaba por lo común tan fuerte que la mayor parte del trabajo se hacía con el fresco de la mañana. En la época de más elevada temperatura, las horas de clase se situaban entre las 6:30 y las 11:30, lo cual daba amplio margen para dormir una larga siesta, ya que existía el hábito de recogerse tarde por la noche.

El desayuno consistía en café o té, con leche cuando se la obtenía, acompañado de pan. Se almorzaba a las doce y se cenaba a las seis. Los argentinos tomaban *mate*⁸, que es un preparado de yerba paraguaya muy empleada en el país en lugar del té, y era cosa de verlos a toda hora a sus puertas y ventanas, chupando de un tubo de plata metido en una vasija del mismo metal, o de una paja en una pequeña calabaza, según las posibilidades de cada uno. El tubo, llamado *bombilla**, lleva un

[8] Aunque es un vocablo aceptado en inglés, es tomado del castellano en el original.

colador en un extremo para impedir que la yerba suba por él al producirse la succión. Era punto de etiqueta, en todas las clases sociales, obsequiar mate a las visitas. Se usaba para todos la misma bombilla: probábalo en primer término el sirviente que lo preparaba y después lo servía a los visitantes y a la familia, siendo, por supuesto, cebado en cada oportunidad.

En Corrientes había solo dos familias que hablaban inglés, a las que las maestras no veían con frecuencia. A veces, sin embargo, una excursión al campo o a alguna residencia suburbana variaba la monotonía de sus días dedicados por completo a las tareas escolares y a la adquisición de una mayor agilidad en el idioma. Estas ojeadas a la vida campestre siempre dejaban recuerdos agradables: las grandes plantaciones de naranjos en simétricas hileras, con su dorada fruta; los limoneros blancos de fragantes flores que, con los frutos verdes y amarillos, parecían abigarrados ramilletes; los silvestres geranios carmesíes desarrollados en grandes arbustos; los heliotropos purpúreos de tres o cuatro pies de altura; las verbenas blancas y de color escarlata esparcidas hasta donde se podía abarcar con la mirada; los maravillosos penachos de las cortaderas que, agitados por la brisa, semejabán olas, ya de un rosa argentado, ya de un plateado blanco en su madurez. ¡Qué delicia hallar una vez un tallo de vara de oro, como un semblante del hogar lejano!⁹ No sería sorprendente que, en el momento de ser recogido con cuidado hubieran caído sobre él lágrimas repentinas y que alguna ramita reposara aún entre las hojas de un diario llevado por aquella época. ¡Y qué abundancia de rosas en todas partes y a lo largo de todo el año! Lo mismo que la variedad de jazmines,

[9] Se trata del *solidago chilensis*, *goldenrod* en inglés. Es una hierba de tallo en forma de vara y flores de color amarillo subido, en racimo. Por su hermosura, abundancia y difusión se la suele considerar como la flor nacional de los Estados Unidos de América.

que iba desde el profuso jazmín del cabo, grande y blanco, hasta el azul *jazmín del cielo** y el menudo y fragante jazmín de leche, de modestas flores y perfume delicado.

Corrientes es el paraíso de las flores. Muy a menudo llegaban a montones y en toda su variedad hasta la morada de las norteamericanas, merced al corazón y a las manos amables de personas generosas. Sobre todo, en el día del santo, que por lo general coincidía con el del cumpleaños entre los argentino, se veía que muchos sirvientes se dirigían hacia la casa del agraciado, portadores de bandejas de flores, con un regalo, a veces de mucho valor, en el centro; el todo cubierto por un cuadrado de encaje tejido a mano, obra de las mujeres del país. Al cabo de uno de esos días, las habitaciones de las yanquis parecían las de una novia durante su boda: colmadas de regalos, de flores y de visitantes llegados para desearles muchas felicidades en el año venidero.

Estos amables sentimientos de simpatía se exteriorizaban no sólo para los días de su cumpleaños o de su onomástico, sino también para el 4 de julio, fecha en que las maestras recibían flores, frutas y pasteles, como asimismo mensajes y telegramas de congratulación. Algunas veces, los cursos de la Escuela Normal, ensartaban en una cinta roja, blanca y azul sus respectivas tarjetas que contenían sendos mensajes patrióticos, alusivos al día de la independencia norteamericana.

Los correntinos, además de amigos generosos, sinceros y hospitalarios, eran famosos por su patriotismo, por su firme lealtad hacia los que consideraban sus derechos y por su disposición a luchar en cualquier momento en defensa de sus principios. Esta era la causa de muchas revoluciones en épocas pasadas.

Pasaron dos años con rapidez. Las yanquis, entretanto, se iban sintiendo cada vez más familiarizadas con su tipo de vida y de trabajo, más corrientes en el idioma y más ganadas, al mismo tiempo, por el afecto de sus amables alumnos y otros

amigos, cuando llegó un decreto del Ministro de Educación por el que se disponía el envío de una de las dos a Córdoba. Sus servicios como vicedirectora y regente resultaban más necesarios en esta ciudad, en reemplazo de una maestra compatriota que se había casado con el director del Observatorio Astronómico de la misma. Otra norteamericana había estado a cargo de la escuela desde su organización, que databa de dos años.

La tarde en que debía partir hacia el nuevo destino, gran número de vecinos, alumnos y maestros, acompañaron a la viajera hasta la costa, donde la aguardaba el bote de remo que la llevaría hasta el vapor. Los saludos de despedida, amistosos y acongojados, fueron acompañados de flores, frutas y regalos, según era costumbre. Con gran dolor se alejó la maestra de aquellos buenos corazones que, extranjera y desconocida, la habían recibido como a una hermana y le habían brindado su afecto más sincero.

De este modo se separaron en Corrientes las dos amigas. La que se marchaba gozó de un apacible viaje de tres días hasta Rosario, a lo largo de las resplandecientes aguas del Paraná, el de la *faz de perlas** al decir de un poeta argentino que le ha cantado. Desde dicha ciudad, y luego de una jornada de tren, arribó a Córdoba, situada lejos del río. Esa noche, no bien pasado el crepúsculo, se encontró con su nueva compañera, un nuevo escenario y el nuevo año de trabajo por delante.

La maestra que permaneció en Corrientes llegó a ser más tarde directora de la Escuela Normal y realizó, como tal, una labor muy exitosa. Sin embargo, después de algunos años, se vio obligada a retirarse por razones de salud y volvió a su país, rodeada del cariño de todos y del vivo sentimiento ocasionado por su partida.

Luminosa o sombría, igual en su belleza, célebre desde antiguo Córdoba se recuesta; custódianla a occidente azuladas montañas do el esplendor magnífico del crepúsculo aguarda, y sus horas de sueño la Cruz del Sur nativa de firmes resplandores solicita vigila. Cúpulas numerosas y campanarios grises evocan a una rancia y ya dormida estirpe que a Dios bajo estas torres honraba venerante y a algunas almas puras que, al declinar la tarde en profundo silencio y en órbita enclaustrada, se elevaban hasta Él en habituales pláticas. Aun los viejos conventos y las torres se irguen, aun en la Catedral lenguas de oro retiñen, aún el sol al ponerse de nieve y rosa pinta los seráficos muros.

Más ¡ay!, después de una breve permanencia en esta ciudad de nombre e historia románticos, las norteamericanas recibieron la impresión de que alguna de las fuerzas de la oscuridad, bajo la apariencia de una Escuela Normal, había alzado allí su morada en lugar de los santos de antaño... Una inscripción en castellano, grabada en piedra desde hacía más de tres siglos sobre una de las puertas de la iglesia jesuítica, decía: “Esta es la Casa de Dios y la Puerta del Cielo”. Una mañana las maestras hallaron escrito sobre la puerta de entrada de la escuela, también en castellano: “Esta es la Casa del Diablo y la Puerta del Infierno”.

Se susurraba que luces sobrenaturales habían sido vistas revoloteando en la cúpula del edificio colegial a medianoche y a horas misteriosas de la madrugada. Las yanquis fueron zaheridas por no arrodillarse en el lodo al paso del Santísimo, aunque conforme a la costumbre hubieran inclinado la cabeza sobre el respaldo del asiento del tranvía de caballo en que viajaban. A su paso, los sacerdotes hacían a un lado sus hábitos y se murmuraba

que uno de ellos había escupido en la calle con desprecio a una de las maestras. Se las apodaba desdeñosamente *las masonas** y, al parecer, este terrible epíteto tranquilizaba el ánimo de muchos.

La gimnasia era considerada inmoral. *¡Qué ejercicio horrible** para una muchacha –decían– el de levantar los brazos por encima de la cabeza!

No quedaba empero otro camino que seguir adelante con la tarea, aun cuando las repetidas amenazas de excomunión lanzadas contra los fieles que osaran poner a sus hijas en esa boca del Infierno, impidieron la entrada de un gran número e hicieron reducir a alrededor de ciento sesenta la posible inscripción de quinientos alumnos.

Las maestras se esforzaron por mejorar las condiciones del local escolar y por fin lo lograron, merced al presidente de la República electo, que a la sazón residía en Córdoba. Obtuvieron un edificio grande que había pertenecido a un hotel, en lugar de las tres casas particulares en las cuales había estado funcionando antes la escuela. Las largas vacaciones estivales fueron empleadas en renovar y arreglar el nuevo local para adaptarlo cuanto fuera posible a las necesidades de trabajo de una escuela normal.

Grande fue su satisfacción al ver, por último, después de trabajar mucho con sus propias manos, salones limpios y aireados, con los aparatos adecuados. Todos los departamentos quedaban bajo un mismo techo y empezaron el año lectivo con vivo entusiasmo.

No aumentó, sin embargo, el número de alumnos. El sentimiento rencoroso de entonces nacía de la prohibición por el Gobierno de la enseñanza religiosa en las escuelas. Habiendo estado la misma hasta ese momento a cargo de los sacerdotes y habiendo sido Córdoba desde tiempo atrás el fuerte del jesuitismo – era asiento de una Universidad y de un Colegio de la Compañía– la opinión se inclinaba desfavorablemente

ante la fundación de una escuela normal bajo la dirección de maestras protestantes.

Al término de cuatro años de dura y desalentadora labor se llevaron a cabo los ejercicios de la primera clase de graduados, con dos o tres agentes de policía en la puerta, el cónsul norteamericano en el estrado, y algunos compatriotas del Observatorio Nacional esparcidos entre el auditorio, pues se sabía no sólo de advertencias sobre horribles castigos para los católicos asistentes al acto, sino también de veladas insinuaciones acerca de que los ejercicios podían ser interrumpidos. Como el salón quedaba al fondo del edificio, no alcanzaron a producir daños las piedras arrojadas y nada serio aconteció, a no ser la audición de algunos gemidos exhalados por jóvenes que trataban de hacerse los graciosos y que, habiendo luego irrumpido en el ambigú, se llevaron los vinos enviados por el Gobernador provincial. Dicho señor, que era amigo de la Escuela, había obsequiado esos vinos para que, de acuerdo con la costumbre, formasen parte del refrigerio que se ofrecía a los invitados una vez terminados los ejercicios.

Habiéndose resfriado dos o tres días después una señora que asistió a la fiesta, su confesor la visitó y le dijo que su enfermedad era un castigo por haber concurrido a la función de fin de año de la Escuela Normal.

Para añadir interés a la ceremonia de clausura, se escogieron dos o tres partes de *El Mercader de Venecia*, en las que las alumnas graduadas debían representar los papeles principales. No fue tarea fácil persuadirlas a que interpretaran los personajes masculinos, pues no les parecía del todo decoroso y se resistían a llevar la indumentaria característica de los hombres de la pieza. A pesar de todo, el programa musical, los números a cargo de las graduadas y los actos de la comedia se desarrollaron perfectamente y las cuatro jóvenes egresadas

en la primera promoción de la Escuela Normal de Córdoba recibieron sus diplomas.

La ciudad de Córdoba en sí era de lo más interesante en cuanto a su historia y sumamente bella en cuanto a su ubicación. La cadena montañosa homónima, que se yergue hacia el oeste envuelta en un vaho azulado, se cubre de púrpura a la caída de la tarde, se transforma al anochecer por el tinte rosado del sol que se pone a su espalda y, en los meses más fríos, se reviste a veces con un blanco manto de nieve. La atmósfera era de una claridad tan brillante que se podía leer a la luz de la luna, la cual iluminaba las oscuras paredes y sus alrededores con maravilloso resplandor.

La ciudad fue fundada en 1573 por un gobernador colonial de un territorio vecino, quien le impuso el nombre de *Córdoba de la Llana*,¹⁰ en memoria de la población española de donde era oriunda su esposa.

Se la denomina “la ciudad de las iglesias” debido al gran número de iglesias y capillas con que cuenta. Posee también una catedral cuyos muros y torres viejos y grisáceos, de cambiante belleza nacida de los juegos de luz y sombra a lo largo del día, constituyen un deleite para el sentido artístico.

Aunque según la inscripción puesta en su portada habían sido confinadas a regiones opuestas, las norteamericanas se complacían a veces en cruzar la calle y penetrar en la “Casa de Dios y la Puerta del Cielo”. Supuesto que una iglesia se levanta para la adoración de Dios, estas extranjeras, lejos de su patria y de los templos de su propia fe, se arrodillaban también allí en procura de ayuda y de valor para poder llevar adelante su ardua tarea. El propio edificio era interesante ya que su techo estaba construido con trozas de cedro, cortadas y transportadas por los

[10] En castellano en el original. La denominación exacta es la de *Córdoba la Llana*.

indios desde grandes distancias en el interior del país, las cuales fueron luego talladas y recubiertas con oro procedente de Perú.

Otra iglesia interesante era la de San Francisco, así llamada en memoria de un misionero de corazón puro que, con la sola compañía de su violín, recorrió lejanas tierras, se internó por montes sin senderos, no hollados jamás por el hombre blanco y, gracias a la magia de su música extraña, atrajo a los tímidos



Segundo patio de la Escuela Normal de San Nicolás



Tercer patio de la Escuela Normal de San Nicolás

En otros años y climas distantes



Alumnos de Tercer Año de la Escuela Normal de San Nicolás, en 1892.



Alumnos de Tercer Año de la Escuela Normal de San Nicolás, en 1895.

indios y les predicó su doctrina. Un viejo cuadro conservado en este templo muestra a San Francisco rodeado por los niños de la selva, celebrando misa bajo los árboles, ante un rústico altar donde descansa su violín.

La leyenda de San Francisco, según es referida en la provincia de Córdoba, cuenta que el misionero ganó a los indios para el cristianismo por medio de los sonos de su violín.

SAN FRANCISCO SOLANO¹¹

*Luminosa o sombría, igual en su belleza,
célebre desde antiguo Córdoba se recuesta;
custódianla a occidente azuladas montañas
do el esplendor magnífico del crepúsculo aguarda,
y sus horas de sueño la Cruz del Sur nativa
de firmes resplandores solícita vigila.
Cúpulas numerosas y campanarios grises
evocan a una rancia y ya dormida stirpe
que a Dios bajo estas torres honraba venerante
y a algunas almas puras que, al declinar la tarde
en profundo silencio y en órbita enclaustrada,
se elevaban hasta Él en habituales pláticas.
Aun los viejos conventos y las torres se irguen,
aun en la Catedral lenguas de oro retiñen,
aun el sol al ponerse de nieve y rosa pinta
los seráficos muros y, por último, nimba
santamente de gracia la faz del franciscano.
No lo representaron como a otros muchos santos
con breviario y cogulla y burlona sonrisa
de hórrida calavera que desdeña a la vida,
ni en fuga del pecado entre maceramientos,*

[11] Traducido por Daisy Rípodas Ardanaz.

*ni aislado penitente acucioso de cielo;
lo imaginaron sí, en un impulso extático
y con gesto de arrobó, a un violín abrazado,
como si sus acordes –coros angelicales
sobre lampos de llama– desde lejos llegasen.*

*El hermano Francisco, hace muy luengos años,
oraba de rodillas, envuelto en pardo hábito.
Por dedos maestresales arrancaba a su celda,
se agitaba en los claustros dulce música etérea
y, temblantes las cuerdas que el fraile acariciaba,
en purificadoras y deíficas alas,
descendía a su espíritu por dudas corroído
un sólito mensaje, bendeciente y pacífico.
Le amonestó una vez el mensaje glorioso:
“Busca a tu Salvador en tu prójimo propio”.
Siguió dócil Francisco el mandamiento blando
y errante se alejó por suelos ignorados.
La voz de su violín, de acentos divinales,
atraía de bosques espesos y abundantes
muchas almas incultas, enseñábales rezos
y volvíalas ganosas del reino de los cielos.
Al fin sella su vida una quietud celeste
y sobre el pecho calmo el violín enmudece.
Ido por siempre el fuerte, varón de alma virgínea,
un plañidero treno cundió en la selva íntegra.
Mas no se fue del todo: si tempestuosas furias
sacudían los árboles, un hálito de música
tan fresco, agreste y puro resonaba en la ráfaga
que los niños indígenas suspensos escuchaban.
Y estampada en sus frentes la señal redentora
al ponerse de hinojos en sus horas devotas,*

*les parecía oír el verbo del Altísimo
y los ruegos de amor del cadente Francisco,
al paso que veían una estela llameante,
surcada por relámpagos y miríadas de ángeles.*

*Los muros monacales aún se levantan griseos,
monumentos de otrora, y cuando los tañidos,
desde los bien amados y viejos campanarios,
en los atardeceres, recuerdan que es el ángelus
y se bañan en tintes de oro, nieve y rosa
la Catedral de piedra y sus vetustas bóvedas,
creo oír en la calle, que se va obscureciendo,
el leve deslizarse de un melodioso eco,
un canto sin palabras del país de las sombras,
unas cuerdas pulsadas por manos primorosas,
y un susurro de hábito y una pisada ingrávida:
ha caído la noche, y San Francisco pasa...*

Había muchos viejos conventos de prístina belleza, con hermosos jardines, pero de sus interiores, por supuesto, poco se conocía.

Un horrible recuerdo de la época en que las yanquis estuvieron en Córdoba fue la visita del cólera. Todas las escuelas se clausuraron y muchas familias huyeron al campo. Las sirvientas de las maestras escaparon también. Habiendo quedado solas, debieron ir a comer a un hotel: eran las únicas mujeres que se veían por las calles y en los tranvías durante aquellos días de prueba.

Habiendo limpiado y desinfectado bien la casa, puesto los remedios a mano y aprendido cómo aplicar los primeros auxilios, las norteamericanas se quedaron en la ciudad que, después de todo, no fue tan malamente castigada por la enfermedad como lo fueron otras. En una población donde

residían algunas de las maestras connacionales, fueron oídos a menudo por ellas, a medianoche o por la mañana temprano, el parar del carro conductor de cadáveres y el grito del carrero de “¡Saquen sus muertos!”

En el campo y lejos de vecinos y farmacias, un hombre presentó de repente los síntomas del cólera. No teniendo su patrón otro remedio mejor a su alcance, le hizo ingerir una botella de salsa de ají, la que hubo de quemarle todos los microbios de las vías digestivas ya que con el tiempo recobró la salud.

En la atmósfera de hostilidad descripta, las maestras llevaban una vida casi solitaria, contando con pocas distracciones e inquietudes fuera de su trabajo y de la contemplación de las hermosas colinas semejantes a “las montañas que rodean a Jerusalén”. Resultó para ellas motivo de extraordinario placer una excursión que, a caballo y con una tienda de campaña a cuestas, realizaron cierta vez en busca de guanacos, internándose en la soledad de las montañas. Aun cuando acamparon cerca del lugar donde habitaban dichos animales, no lograron ver ninguno. Recogieron, en cambio, algunos helechos raros. Lleváronse, asimismo, el recuerdo de las ásperas trepas, acá y allá, por pinas y peligrosas laderas; de los lejanos y magníficos panoramas contemplados a través de valles purpúreos y de agudos picos; de la brillante luz de la luna en la solitaria tienda de campaña, lejos de toda morada humana; del misterioso ulular del viento que sopla sobre los vastos páramos, donde sólo crece el icho.

El guanaco y la vicuña son dos camélidos que viven en las empinadas vertientes andinas, desde tan al norte como el Ecuador hasta tan al sur como la Patagonia. Algunas veces son vistos en las altas mesetas cuyo otro único habitante es el cóndor, la gran ave de los Andes. La lana obtenida de la vicuña era y es muy valiosa, pues con ella se elaboran, en rústicos telares de manos, ricas telas de suave con textura sedosa. En el tiempo

de los Incas sólo eran usadas por la realeza. Hoy se exhiben mantas y *ponchos** (grandes mantas con un agujero en su centro para pasar la cabeza) tejidos con dicha lana y bordados con sedas de colores, de precios que oscilan entre los trescientos y los mil pesos.

Las dos norteamericanas deseaban extender su viaje hasta el “Lago de Oro”, escondido entre montañas más distantes, cuyo nombre había nacido de una hermosa leyenda incaica – relatada en el capítulo xv–; pero se vieron obligadas a retornar porque las vacaciones estaban casi a punto de concluir.

Después de dos años de trabajo riguroso y descorazonador, en lucha con la ignorancia y el prejuicio –lo cual era algo así como echar atrás con una escoba al océano Atlántico– la señora del Presidente de la República, que residía en Córdoba, insistió, junto con sus amigos los jesuitas, en que su esposo pusiese a alguien de su propia fe a cargo de la Escuela Normal. El Ministro de Educación, que no tenía para las maestras yanquis sino palabras de encomio por la buena labor allí desarrollada, se vio obligado, con gran disgusto y muy a su pesar, a destinarlas a otro lugar. Dióles a escoger entre las cinco escuelas normales que estaban por ser organizadas en ambientes menos fanáticos. Las norteamericanas no vacilaron en aceptar el ofrecimiento y, sacudiendo con poca pena el polvo de Córdoba de sus pies, se despidieron de los pocos amigos leales de la escuela. Trasládronse a San Nicolás, la ciudad de su elección, donde fueron bien recibidas por corazones, si bien no familiares, afectuosos. Aquí su trabajo fue apreciado, se sintieron felices y triunfaron.

Después de su partida, la Escuela Normal de Córdoba sufrió muchas vicisitudes. La falta de conocimientos, preparación y experiencia ocasionó el fracaso de las maestras argentinas que las sucedieron y pronto el establecimiento fue otra vez trasladado a tres casas particulares.

Sin embargo, al correr de algunos años, los prejuicios se fueron aquietando y las gentes se volvieron más liberales en sus apreciaciones sobre la enseñanza. Por fin, una mujer argentina de clara inteligencia, graduada bajo la dirección de las maestras norteamericanas, reconstruyó la escuela. Funciona actualmente en un hermoso edificio, construido de acuerdo con las necesidades de una escuela normal. Una directora argentina y sus colaboradores están llevando a cabo en la misma aquello por cuya realización tanto se sacrificaron en los primeros años sus colegas norteamericanas.

Refiere la tradición que en las altas barrancas del río Paraná, hacia la parte meridional de su curso, existían muchas cuevas y que, a principios del año 1700, un sacerdote llamado *Nicolás** halló refugio en una de ellas. Habiendo naufragado durante un viaje al Paraguay, permaneció en las cuevas llevando la existencia tranquila de un santo. Dados su aspecto venerable y vida misteriosa, creyeron los nativos, al verlo por primera vez, que su origen era divino. Por este motivo, según reza dicha tradición, dióse el nombre de San Nicolás* al pequeño caserío levantado en las inmediaciones. Agregósele el término *arroyo**, con el que se designan los pequeños cursos de agua, porque cerca de este paraje desembocan muchos riachos en el Paraná. De esta manera se formó el nombre completo de *San Nicolás de los Arroyos**.

Aguilar,¹² un español que poseía casi todas las tierras de la vecindad, prometió levantar una capilla y donar solares para la fundación de una villa como recompensa de haber impuesto al poblado el nombre de su predilección.

Tal fue el comienzo de la pequeña y floreciente ciudad de 20.000 habitantes que, en 1888, había crecido hasta convertirse en el segundo puerto de la Argentina en orden de importancia, siendo Buenos Aires, por supuesto, el primero. Adquirió renombre histórico a raíz de un combate librado allí en 1811 en pro de la causa de la libertad. Tantos sacrificios llevaron a cabo sus pobladores para establecer y mantener el orden en medio de la anarquía que, en 1819, el Congreso le confirió el título y los derechos de ciudad.

[12] Se trata de Rafael de Aguiar.

Los habitantes de ésta, como los de gran parte de otras poblaciones, ambicionaban para sus hijos e hijas los beneficios de una educación mejor, impartida en escuelas más próximas a sus hogares que las de Buenos Aires. En consecuencia, habiendo obtenido San Nicolás del Gobierno Nacional una respuesta favorable a su petición en ese sentido, por el año 1888, se estableció en ella una Escuela Normal Mixta.

El pueblo, recostado sobre el río, estaba a cerca de seis horas de tren de Buenos Aires. En aquella época el ferrocarril llegaba hasta Tucumán, pasando por San Nicolás y Rosario; contaba, asimismo, con un ramal hasta Córdoba.

En febrero de 1888 y después de dieciocho horas de tren desde Córdoba, arribaron a la localidad de su elección las dos maestras norteamericanas. Se alojaron por unos pocos días en el *Hotel de la Paz**, verdadero oasis de paz en la marcha de las peregrinas después de las vicisitudes cordobesas. San Nicolás las recibió con la cordial hospitalidad que afama a los latinos: los hogares, las propiedades y todo cuanto pertenecía a esas amables gentes fue puesto a disposición de ellas, tal como había ocurrido en Corrientes. Fueron visitadas hasta por el cura, un hombre liberal que había colaborado activamente en la búsqueda de un edificio adecuado para la nueva escuela. Las invitó también, junto con un grupo de damas, a un té ofrecido en su casa, al término del cual obsequió a cada una un pequeño regalo a modo de recuerdo.

La casa más grande y hermosa de la ciudad se obtuvo al fin para la Escuela Normal. Poseía dos patios y se disfrutaba en ella del lujo de cielos rasos enyesados y pintados y aun de un alfarje de cedro. Tiempo después hubo que agregarle dos edificios más: uno para las clases de trabajo manual y otro, unido por patios a la casa principal, para albergar al creciente número de alumnos. Con todo, sólo se pudo recibir muy apretadamente un

máximo de cuatrocientos educandos. Estas construcciones eran de un piso y con azoteas, estilo arquitectónico que privaba por entonces en todas las ciudades.

Fueron, al comienzo del año lectivo, tantos los alumnos que se presentaron, en relación con los pocos bancos disponibles en los grados, que hubo de recurrirse al procedimiento de echar suertes para que todos quedaran satisfechos al ver que se obraba con estricta justicia.

Esta formalidad tuvo lugar en el patio abierto, en presencia de los padres de los interesados. De cincuenta a cien niños fueron formados en una fila separada de sus familiares por bancos, para evitar que se reincorporase a ella alguno que en un principio no hubiera tenido suerte. Se utilizó una máquina o urna que contenía bolillas negras y blancas. Hacía la girar el aspirante por medio de una manivela al tiempo que extendía la mano para recoger la bolilla que caía: si ésta era blanca, tenía derecho a un asiento; si era negra, se retiraba, a menudo con lágrimas, tan intensos eran el deseo y el entusiasmo por ingresar al nuevo colegio.

Por fin fue inaugurada con gran ceremonia la nueva Escuela Normal Mixta. Vino desde Buenos Aires un representante del Gobierno Nacional con el fin de ponerla en manos de las maestras norteamericanas, ante una multitud de padres y amigos que, admirados, observaban todo con orgullo y satisfacción.

De acuerdo con lo expresado, el nuevo establecimiento iba a ser una escuela mixta, gran innovación, mirada al principio con recelo por algunas madres. Sin embargo, sabedoras estas de que la dirección de la misma estaría en manos de norteamericanas, cuya vigilancia y hábil influencia –según era sabido– no se habían relajado nunca, confiaron sus hijas sin temor, y no parecieron haber tenido jamás ocasión de lamentarlo. Se creía que ninguna de las maestras venidas de la tierra de Washington

podía decir una mentira, y la confianza que todos depositaron en ellas fue ilimitada.

En general, los maestros argentinos son flojos en materia de disciplina y puntualidad, y me inclino a creer que para los latinos resulta más difícil decir la verdad, que lo que es para algunas otras razas. Además, dejan para mañana todas las cosas que pueden, quisieran o debiesen hacer hoy. Había así que eliminar en la preparación de los jóvenes maestros defectos hondamente arraigados, cuya erradicación llevará todavía algunas generaciones. Algo se ha logrado empero, y, como la ausencia de dichos defectos en otras personas sirve de ejemplo, en darlo estribaba la gran responsabilidad de todas las maestras norteamericanas.

El día del comienzo de las clases en la Escuela Normal, llegaron tarde cincuenta alumnos y se quedaron sorprendidos cuando se les dijo que era necesario ser puntuales. Disculpáronse diciendo que no tenían relojes en sus casas y que vivían demasiado lejos para oír las campanas de la iglesia. En tales circunstancias la puntualidad resultaba un problema y se les sugirió que sus padres compraran unos relojes baratos. Al siguiente día, los escolares llegados tarde se redujeron a veinte y, poco a poco, esa falta de exactitud fue eliminada.

Era imposible al principio dar clase en los días de lluvia. Como los alumnos carecían de paraguas y rara vez habían oído hablar de impermeables o de zapatos de goma, y muchas calles sin aceras solían quedar convertidas en ruidosos torrentes, no quedaba otro camino que renunciar a dictar los cursos. La tarea, con todo, fue de lo más interesante. Los futuros jóvenes maestros eran estudiosos, entusiastas y atentos al consejo y a la crítica. Cada curso, compuesto de jóvenes y niñas, iba egresando detrás de otro al cabo de tres años. Siguiendo el consejo de las norteamericanas, los graduados se dirigían a todos los lugares del país para transmitir a los menos favorecidos los

beneficios que ellos habían recibido, con lo cual llenaban un patriótico deber.

Por fin no sólo las escuelas comunes de la ciudad de San Nicolás fueron dirigidas en su totalidad por egresados de su Escuela Normal, sino que también lo fueron los ocho grados de esta. Muchos jóvenes de ambos sexos pasaron de dicha Casa a una Normal Superior que se estableció después en Buenos Aires, donde cursaron estudios superiores que los capacitaron para ejercer las funciones de directores de escuelas normales y colegios nacionales, de profesores, etc. Sacando provecho de este Curso Superior y de las Universidades de Buenos Aires, Córdoba o La Plata, un buen número de egresados de la Escuela Normal de San Nicolás se recibieron de abogados o médicos. Dos jóvenes mujeres, salidas de la misma, también abrazaron esta profesión, demostrando con ello poseer un grado de coraje, por lo general, no atribuido hasta entonces a la mujer argentina.

Uno de los graduados fue elegido Gobernador de una provincia mientras ejercía la medicina y, gobernando con dignidad, demostró mucho interés en la labor educativa y en las reformas afines con ella. Tres egresados han sido diputados al Congreso Nacional; seis, cuyo entusiasmo e inteligencia se han patentizado en la mejora de los métodos de trabajo y condiciones de vida de los maestros en los distritos de su intervención, fueron inspectores de escuelas comunes en Buenos Aires; centenares llegaron al cargo de maestros y, asimismo, la literatura, la ciencia y el arte contaron con adeptos entre estos impulsivos, sinceros y amables alumnos.

La muerte de Sarmiento, el “Padre de las Escuelas Normales” en Sud América, ocurrió en el año 1888 en Asunción del Paraguay. Su cuerpo, embalsamado, fue traído con gran pompa en un vapor, aguas abajo del río Paraná, escoltado por guardias nacionales, estudiantes y funcionarios del Gobierno. Las

ciudades y pueblos situados a lo largo de la ruta pidieron que el buque anclase en sus puertos para alcanzar el privilegio de rendir honores al gran patriota. San Nicolás, entre otras, lo solicitó con vehemencia y su deseo fue satisfecho. Los maestros y alumnos de la Escuela Normal con flores y coronas, las autoridades de la ciudad portadoras de sus tributos y todos, acompañados por el pueblo, se congregaron a orillas del río a la hora esperada –las nueve de la noche– para aguardar la llegada del buque funerario.

La noche estaba oscura, soplaban un fuerte viento y era ya casi la medianoche cuando se vio que las luces del buque se aproximaban. Una vez que hubo anclado, lejos de la costa, las personas que no se habían atemorizado ante las olas impulsadas por la ráfaga fueron llevadas a remo hasta el mismo, si bien con peligro constante de zozobrar o de ser arrastradas contra el costado de la nave por la fuerza del viento. Una vez a bordo, fueron acompañadas hasta la cubierta. Allí, resguardado por enlutadas paredes de lona tapadas, como el piso, por los emblemas de duelo de las poblaciones agradecidas por las que había pasado, y con su ataúd envuelto en la bandera argentina y por entero cubierto de flores, dormía el guerrero, el maestro, el legislador, el estadista, el escritor y el expresidente de la Nación. Sordo al rugido del viento y de las olas, sordo a la alabanza y al reproche, yacía aquél “cuya existencia fue trabajo y cuyo lenguaje fue pleno de enseñanzas arrancadas de la ruda experiencia de la vida”.

La ofrenda del pueblo de San Nicolás fue depositada silenciosa y reverentemente a su derredor y los portadores de ella contemplaron el tranquilo rostro mientras uno de los maestros argentinos articulaba, con voz cascada, algunas palabras de despedida. Poco después, el viento y el río recibieron y dejaron de vuelta en la costa a las gentes de la localidad; levó anclas el

buque y prosiguió su ruta en la oscuridad de la noche llevando a Sarmiento hacia los millares de personas que lo esperaban en Buenos Aires para acompañarlo hasta su última morada entre los muertos ilustres, en el gran cementerio de la Recoleta.

El tiempo pasó con rapidez y completó el período de los primeros veinticinco años de vida de la Escuela Normal de San Nicolás. Celebróse el acontecimiento con mucho regocijo y se destinaron dos días a certámenes literarios preparados por los egresados que habían llegado de todas partes de la República para saludar a la Escuela donde se habían educado. El teatro de la ciudad, en el cual se llevaron a cabo los concursos, había sido proyectado por un graduado en la Escuela.

Durante la noche de apertura se desarrolló un programa de literatura y de música, interpretada esta por antiguos egresados que habían llegado a destacarse en el arte. El mismo funcionario que había inaugurado la Escuela veinticinco años antes pronunció una oración y uno de los recibidos en ella recitó un hermoso poema original. Hubo luego otros discursos de jóvenes graduados de ambos sexos.

Vióse una representación alegórica sobre Pestalozzi y las Escuelas Normales. La directora fundadora del establecimiento distribuyó los diplomas a los recién recibidos, ceremonia ésta acompañada de una suave música que llegaba desde el fondo del escenario, y del movimiento de las graduadas que, bellamente vestidas, avanzaban a recibir sus pergaminos, con gracia encantadora.

Las mismas maestras norteamericanas que habían organizado la escuela y permanecido al frente de ella en los pasados años tomaron asiento en el palco oficial. Tan bañados en lágrimas estaban sus ojos, al contemplar la conmovedora escena y al recibir las expresiones de gratitud de los afectuosos alumnos de los primeros tiempos y de los años intermedios, que apenas podían responder a los que se agolparon luego a su alrededor para saludarlas con pala-

bras cariñosas. Cuando, más tarde, se encontraron en el banquete, a la cabecera de largas filas de mesas, pudieron abarcar con la mirada cada una de las promociones habidas desde la inauguración de la escuela, veinticinco años ha, representados por hombres y mujeres, muchos de ellos casados, con hijos, y titulares de puestos dignos y útiles, llegados todos en aquel momento para colocar las flores de la gratitud y del recuerdo afectuoso a los pies de quienes habían tratado de guiarlos hacia los más altos ideales de la humanidad. Quedaron entonces por completo borrados y olvidados para ellas, los años de exilio de la tierra natal, los oscuros días de desalentadora labor y las ingratitudes ocasionales.

Una de estas maestras, la regente de la escuela, había debido renunciar a su puesto poco tiempo antes con motivo de la pérdida de su voz. La ciudad de San Nicolás, agradecida, le otorgó una hermosa medalla de oro, entre otros y muy numerosos regalos que recibió de alumnos, maestros y amigos. Su retrato, en tamaño natural, fue obsequiado a la escuela y a su partida se realizó una manifestación pública que puso de relieve, no sólo la comprensión y el reconocimiento de sus ideales, sino también la bondad y el afecto de aquellos corazones junto a los cuales había trabajado. Pocos años después, al cumplir la directora norteamericana treinta años de continuos servicios, fue honrada en forma similar. Ambas fueron pensionadas por el gobierno argentino, como así también otras tres maestras de igual origen que habían puesto fin a sus tareas en diferentes escuelas.

Para conmemorar el vigésimo quinto aniversario de la fundación de la Escuela Normal de San Nicolás y mantener un recuerdo sempiterno de él, los graduados colocaron sobre los muros colegiales una hermosa placa de bronce que lleva la siguiente inscripción:¹³

[13] El texto de la misma ha sido directamente tomado de la placa, ya que la traducción ofrecida por la señorita Howard no lo abarcaba

Silenciosa y proficua labor toda para la patria y la humanidad, es la de esta casa. En las bodas de plata de su existencia, sus hijos, los maestros que hasta hoy de ella nacieron, formulan votos porque la madre intelectual perdure
1888, 29 de agosto 1913

Corrieron los días y, como ya hemos visto, una de las maestras norteamericanas se vio obligada, por razones de salud, a retirarse de las tareas que tanto amaba; tres años más tarde, su amiga y compañera de muchos años, renunció y fue pensionada. Habiendo sido ésta casada, al fallecer su esposo, se trasladó a Buenos Aires con su hijo y su hija, ya mayores de edad, quienes pronto contrajeron enlace.

Algunos años después, aquella amiga fue llamada de pronto a su último descanso y sus exalumnos, amantes y pesarosos, descubrieron un busto de mármol que la representa, para que fuera puesto en la escuela, a la que había dedicado tantos años íntegros de vida y de servicios.

totalmente y presentaba leves variantes.

San Nicolás se halla situado sobre la margen derecha del río Paraná, en el límite oriental de la pampa (planicies que se extienden hasta el pie de los Andes y desde Córdoba hasta cerca de los límites meridionales de la Argentina). Estas llanuras estaban hasta hace pocos años casi despobladas de árboles. Echeverría, uno de los más grandes poetas argentinos, que vivió y escribió por 1840, adquirió fama por su poema *La Cautiva**; fue traducido al inglés en 1905 por mister C. W. Humphreys. Su descripción de la pampa, de la que se citan enseguida unos pocos versos, brinda a nuestra imaginación un panorama de ella:¹⁴

*Era la tarde, y la hora
en que el sol la cresta dora
de los Andes. El desierto
inconmensurable, abierto
y misterioso a sus pies
se extiende, triste el semblante,
solitario y taciturno
como el mar, cuando un instante,
el crepúsculo nocturno,
pone rienda a su altivez.*

*Gira en vano, reconcentra
su inmensidad, y no encuentra
la vista, en su vivo anhelo,
do fijar su fugaz vuelo,
como el pájaro en el mar.*

[14] Se los ha tomado directamente del original en castellano, sin tener en cuenta la versión transcrita por la señorita Howard.

*Doquier campos y heredades
del ave y bruto guaridas;
doquier cielo y soledades
de Dios sólo conocidas,
que Él solo puede sondar.*

*A veces la tribu errante,
sobre el potro rozagante
cuyas crines altaneras
flotan al viento ligeras,
lo cruza cual torbellino,
y pasa...*

En la pampa y sobreviviente aún en muchas ciudades que hoy se desparraman por ella, se observa el árbol típico de la Argentina: el *ombú**. Presenta éste un enorme tronco, en tanto que sus grandes y esparcidas ramas dan sombra a una inmensa extensión de tierra y sus nudosas raíces emergen del suelo en extrañas formas y curvas, ofreciendo al fatigado viajero convenientes lugares de descanso. Los poetas lo llaman el “Faro de la pampa”, debido a que con frecuencia es lo único que se ve por leguas y leguas en esas llanuras como mar. Podría habérselo denominado el “Ermitaño de la pampa”, porque por lo general se lo ve levantarse solitario, sin que árbol alguno de su género o de otra especie crezca cerca de él.

La madera del ombú es enteramente inútil para el fuego o para la construcción. Con todo, se refiere que es el árbol más querido por su vinculación con el pasado, y que un espíritu de misterio y poesía parece revelarse al oído de los entendidos cuando la brisa atraviesa su espeso follaje. Algunos de estos árboles están ligados a grandes acontecimientos históricos en la vida de la nación. Tales, “El ombú de la esperanza” llamado

así porque los generales San Martín, Pueyrredón y Guido, sentados en sus enormes raíces, hicieron el voto solemne de consumir la independencia por cuya obtención luchaban; “El ombú de Perdríel”, mudo testigo de muchas escenas de la invasión inglesa de 1806 y, como estos, otros más.

El eucalipto no es autóctono a pesar con la frecuencia con la que se lo encuentra aquí, habiendo sido al principio sus semillas importadas por Sarmiento. Se dice que una de las consecuencias de su difusión es el cambio de la fisonomía de la pampa y de las otras regiones del país. Con la pampa y el ombú siempre aparece asociado el gaucho, esa figura tan pintoresca de la vida rural de la Argentina, mezcla de las sangres indígena y española, con predominio de la primera. Su tez era de un color café claro. Usaba sombrero de fieltro; manta de vicuña con un agujero al centro por el cual pasaba la cabeza; calzones blancos, algunas veces adornados con encajes y flecos; y un *chiripá**, especie de sobrefalda, bordada de tonos subidos, que, llegando hasta un poco más abajo de las rodillas, se recogía y se ajustaba a la cintura mediante un cinto de plata labrada. Sentía inclinación por los efectos de fuerte contraste y llevaba muchos ornamentos de plata en su vestimenta, en su caballo y su apero. Hablaba poco y en voz baja y, como nuestros indios norteamericanos, jamás expresaba emoción alguna; rasgos comunes estos, según se dice, a todos los hombres cuyas vidas transcurren en lugares solitarios y salvajes, pero más pronunciados quizás en aquellos de las grandes llanuras donde nada hay que interrumpa la visión.

El gaucho pasaba a caballo la mayor parte del tiempo, dedicado al cuidado y vigilancia de sus equinos, pues era poco aficionado a las vacas y ovejas. Constituían sus diversiones los naipes, las carreras de caballos y el baile y canto al compás de la guitarra, de la que raramente se separaba y que para él

significaba lo que el banjo para el negro. Como una supervivencia del trovador o cantor de la Edad Media, improvisaba sus versos que, a menudo, eran ya un relato de sus propias aventuras, ya descripciones de escenas pampeanas, y cuyo acompañamiento musical, generalmente triste y monótono, iba siempre en tono menor. En sus propias y toscas estrofas, el gaucho expresaba toda la poesía de su medio.

Este personaje, empero, va desapareciendo con rapidez. Cuando ya no exista, la Argentina habrá perdido uno de sus tipos más atrayentes y característicos y, al decir de un escritor, “un producto humano nativo, que ha estado asociado desde el primer instante con el caballo y con la industria ganadera, y que ha contribuido grandemente a la prosperidad del país”.

Cierto día, al pasar frente a una casa de San Nicolás donde vivían dos hermanas solteras, septuagenarias por lo menos, se percibió en ella por primera vez el resonar de un piano acompañado de unos débiles esfuerzos por tocar las escalas. Con el correr de los meses, las escalas sonaban con mayor osadía y comenzaban a desplegarse en un lento vals. Como no había niños o jóvenes en la casa, la curiosidad alcanzó la información de que estas dos señoritas habían vivido en otro tiempo con sus padres en el confín de la pampa, y de que una de ellas, no contando más que con ocho o nueve años, ni conociendo otra música que la de la guitarra, había oído hablar a un viajero que por allí pasaba, de otro instrumento grande de la urbe, llamado piano, con el cual podían lograrse las armonías más maravillosas. Desde entonces, la niña había suspirado por verlo y oírlo.

En la silenciosa soledad de los crepúsculos pamperos, soñaba a menudo con el piano, pero le parecía mucho más posible el “estar entre los ángeles con un arpa en la mano” que el que ese, su sueño, se realizara. Los años transcurrían lentamente, los rebaños se multiplicaban y la fortuna paterna se acrecía,

pero, como gentes demasiado acostumbradas a la vida libre de la llanura, nunca se aventuraron a trasladarse a la ciudad. Al fin, habiendo muerto el padre, y después la madre, quedaron ambas hermanas con una hermosa fortuna. La pequeña de nueve años, que por entonces contaba setenta y que jamás había perdido de vista su ambición musical, resolvió realizar el gran cambio de medio: establecerse en la ciudad para satisfacer el anhelo de su vida.

Se procuró allí un piano y con alguna ayuda arribó por fin a la meta de sus deseos. Los pocos años que le restaban pasaron felices y completos por la habilidad adquirida para tocar una y otra vez, en la umbría sala, los acordes de un viejo vals. Bajo su dura y temblorosa mano, tenía reminiscencias de marcha fúnebre; pero movía a derramar lágrimas de felicidad al ver que, en este mundo de fracasos por alcanzar los ideales de cada uno, un alma había logrado, aunque tarde, el cumplimiento de su sueño y la realización de su gran anhelo.

Entre otros muchos y diferentes aspectos de la vida y vicisitudes en el país, se cuenta el encuentro con un fantasma argentino. Ocurrió a la hora habitual de las andanzas de los duendes, cuando reinan el silencio y la oscuridad. Habiéndose despertado una de las maestras norteamericanas a raíz de un ligero ruido en su habitación, fue presa de terror al entrever en las sombras que, desde un rincón cercano a la puerta, se elevaba en el aire con lentitud una figura blanca y que, desplegando sus aparentes alas, flotaba con suavidad a través del aposento en dirección a la ventana abierta. Restregóse los ojos para asegurarse al instante de que no estaba ni soñando ni durmiendo. Acuciosa por lograr un más estrecho conocimiento del fantasmagórico visitante, saltó de la cama, alcanzó la ventana justo en el momento en que la blanca forma desaparecía por entre los barrotes y pudo asirse fuertemente de ella. Sólo quedó en sus

manos una vara de seis pies de largo, en la que había atado un gancho, lo que le permitió comprender que el fantasma se había encarnado en un chal blanco, dejado doblado sobre una silla, y sacado por el ladrón a través de la ventana, según el procedimiento favorito para robar en aquellos tiempos.

No teniendo las casas más que un piso y obligando el calor a dejar las ventanas francesas constantemente abiertas, los marcos de las mismas llevaban, para protección de los moradores, unos barrotes perpendiculares de hierro, engastados arriba y abajo y separados entre sí por varias pulgadas. Estas rejas evitaban la entrada de una persona, pero no impedían el ya mencionado sistema de hurtos. Casos ha habido de caballeros que, al despertar, se han encontrado sin pantalones y sin otras prendas de su vestimenta, y aún sin medias ni zapatos. De cualquier modo y a pesar de que estas visitas de medianoche no eran demasiado frecuentes, la relatada sirvió para hacer hincapié en la vieja enseñanza de que las cosas de uso personal deben ser cuidadosamente guardadas antes de ir a acostarse, aunque fuera disculpable no haberla seguido en un país donde no había entonces armarios o aparadores.

Una de las maestras norteamericanas tuvo el gran honor y el placer de ser recibida en la casa del general Mitre, el “Augusto Anciano” de la Argentina, el Washington de su país. Fue presentada a él por el hijo de uno de sus amigos de toda la vida, que, a su vez, era un notable facultativo. Aconteció esto unas pocas semanas antes de la muerte del general, cuando contaba ochenta y cinco años.

Van a continuación algunos breves pasajes de su vida, tomados y traducidos de un panegírico aparecido en un periódico de la época de su muerte:

Su biografía es la historia política de la República Argentina durante la segunda mitad del siglo xix. Era un hombre honesto, sencillo, valiente y de un corazón puro, cuyo patriotismo fue la principal fuente de inspiración de su vida. Es llorado no sólo en su propio país sino en todas las repúblicas hermanas de Sud América, por cuyas libertades él hubiera sacrificado su fortuna, sus ambiciones y aun la vida misma. Se afirma que su carrera nunca se vio manchada por actos indignos y que jamás usó en beneficio personal ninguno de los puestos públicos que fue llamado a ocupar. Fue un modelo de virtudes cívicas y del cumplimiento del deber.

Era un hombre de vida sencilla, generoso en exceso, de gesto sereno y bondadoso. La puerta de su casa permanecía siempre abierta: era el ciudadano simple, el hermano de sus compatriotas. Se cuenta de él que, considerando que el mantenimiento del honor es una de las mayores virtudes, en cierta

ocasión vendió su valiosa y preciada biblioteca para poder pagar algunas deudas que no alcanzaba a satisfacer con su exiguo sueldo de presidente.

Mitre nació en Buenos Aires en 1821 y pertenecía a una de las familias de los primeros conquistadores españoles. Como su familia era pobre, empezó a trabajar a los diez o doce años en un horno de ladrillos. Ocupaba todos sus momentos de descanso en el estudio o en la lectura de hojas de libros viejos, alumbrándose con un pedazo de vela. A los diecisiete años comenzó la carrera de su predilección al ingresar en la Academia militar. Durante sus periodos de estudio y de servicio supo darse un lugar para las tareas literarias y fue colaborador de varios periódicos.

Después de egresar de la Academia militar se graduó de Oficial de Artillería y estuvo a menudo bajo el fuego en las diferentes campañas y luchas de aquella época. Se requerirían volúmenes para relatar todos los servicios que prestó a su país: a veces exilado, a veces escritor de animados artículos, ya expedicionario contra los indios, ya ministro de Relaciones Exteriores dos veces, ya elegido gobernador de la provincia de Buenos Aires en 1860 y reconocido al mismo tiempo como Brigadier General del Ejército de la nueva República. En 1862 se le confirieron poderes para convocar e inaugurar el Congreso Nacional en Buenos Aires y, en el siguiente mes de octubre, llegó a ser presidente de la República y reorganizador de la Nación. Durante su mandato tuvo lugar la guerra con el Paraguay y se convirtió, en consecuencia, en Comandante en Jefe de las fuerzas aliadas de la Argentina, el Brasil y el Uruguay.

Al expirar su período presidencial en 1868, volvió al periodismo, tan pobre como cuando había llegado hasta aquel elevado sitial. Fundó *La Nación*, uno de los principales diarios de Buenos Aires, del que prosiguió siendo activo colaborador hasta el día de su muerte. El octogésimo aniversario de su nacimiento fue

declarado fiesta nacional; se le confirieron toda clase de honores y sus conciudadanos, agradecidos, adquirieron y le obsequiaron una casa, en la que residió hasta el fin de sus días. No hay espacio en esta simple narración para hablar de todos los cargos honoríficos que fue llamado a ocupar y de todos los servicios que prestó. En los últimos años, sin embargo, se retiró por completo de la vida política para dedicarse a sus investigaciones literarias favoritas. Sólo surgió de su reclusión cuando, amenazada de peligro la República, fue llamado a dar su consejo; contribuyó entonces con su influencia a impedir la guerra con repúblicas hermanas.

El consagrar toda una vida para formar una nación parecería suficiente para la fama de un hombre, pero Mitre,

*en la guerra magnífico, de consejo magnánimo,
príncipe y adalid de sus contemporáneos,
de sencillez sublime sólo por ser tan alto*¹⁵

Era un genio de muchas facetas. Fue historiador y sus narraciones sobre San Martín y Belgrano son consideradas como monumentos de erudición y de notable capacidad literaria. Fue también poeta, y sus traducciones de *El Infierno* de Dante y *Ruy Blas* de Víctor Hugo son típicas, y las de la *Elegía* de Gray¹⁶ y de *El Salmo de la Vida* de Longfellow son dos de sus más admirables esfuerzos.

El general Mitre, cuyos escritos forman una larga lista, mereció la distinción de ser elegido, en una temprana etapa de su vida, miembro de las principales instituciones científicas y literarias de Europa y América.

[15] Traducido por Daisy Rípodas Ardanaz.

[16] *El cementerio de la aldea*.

Ya la muerte había dispuesto colocar su sello sobre él, ya había sonado para él el “llamado supremo”, cuando, visitado por la maestra norteamericana, se adelantó a darle la mano con su llana y suave cortesía, mientras su pálido y ascético semblante se iluminaba con una rara sonrisa al expresar el placer que sentía al encontrarse con una hija de aquella gran república, “modelo entre las repúblicas”, a la que siempre había admirado tanto. Se refirió con agradecimiento a la labor de las maestras norteamericanas por la juventud de su país; habló de Longfellow, de la belleza y de la fuerza de su magnífico poema *El Salmo de la Vida*, y preguntó si la traducción hecha por él había interpretado realmente el pensamiento del poeta. Al término de la visita insistió en acompañar a la maestra hasta el umbral y se despidió de ella con su gracia y cortesía, propias del viejo mundo.

La próxima vez que lo vio, yacía “como un guerrero que se toma un descanso”, mientras un pueblo cariñoso y afligido desfilaba silenciosamente frente a él para contemplar por última vez su tranquilo y bondadoso rostro. Muchos, de entre la multitud, se inclinaban y besaban la cicatriz que una batalla había puesto en su frente, o la bandera que envolvía su cuerpo.

Por espacio de dos días y una noche no cesó en momento alguno la silenciosa procesión, y, el día que fue llevado a su tumba, millares de personas, con la cabeza descubierta, bajo el calor de un sol tropical, los siguieron en respetuoso silencio, a través de tres millas de calles vestidas de duelo, hasta las puertas del cementerio. Dejaronlo allí, al anochecer, mientras el estampido de los cañonazos disparados de minuto en minuto anunciaba que todo había terminado.

*Se ha ido quien tan grande se nos aparecía,
la digna testa gris por todos conocida,
la voz que era un oráculo para sus coterráneos,*

y ese nervio de hierro, fiel a principios sanos.

*Al cabo, se abatió el sólido baluarte,
resistidor incólume de ubicuos vendavales.
Así fue el que ha partido, así lo deploramos,
al cerrarse sus días de abnegaciones largos.¹⁷*

Y una nación lloraba...

[17] Traducido por Daisy Rípodas Ardanaz.

Como hemos visto, el 16 de agosto de 1871, el señor Stearns inauguró en Paraná la primera escuela, con veintidós alumnos en el curso normal. Las dificultades que encontraban los estudiantes para concurrir desde otras provincias, las largas distancias, la implantación de un nuevo sistema de organización y de disciplina y la situación social y política del país crearon en un principio muchas complicaciones. Sin embargo, en el transcurso de los tres años siguientes el progreso fue firme, aunque lento.

Míster Stearns era un trabajador concienzudo, sistemático y entusiasta, firme en materia de disciplina, hábil en métodos e inteligente crítico en pedagogía. De hecho, parecía poseer todas las cualidades requeridas para organizar con buen éxito la primera Escuela Normal de la Argentina. En un comienzo el establecimiento sólo admitía a varones, pero más tarde se abrió la inscripción para alumnos de ambos sexos. Las escuelas mixtas fueron al principio miradas desfavorablemente en la mayor parte de los lugares de la República y, en términos generales, nunca fueron muy populares.

Para ayudar durante los primeros años en las tareas de esta escuela, fueron traídas desde los Estados Unidos de América cuatro maestras, que colaboraron con éxito en la obra del señor Stearns y del director que le sucedió después de su renuncia. Era este el señor José M. Torres, un español que compartía las ideas progresistas sobre educación que estaban comenzando a crear tanto entusiasmo popular en aquella época. El curso normal fue aumentado a cinco años y en 1877 quedó convertido en una Escuela Superior, con el objeto de preparar profesores

para la enseñanza e inspección de las escuelas comunes, como asimismo para la dirección de las escuelas normales.

Llevando adelante la idea norteamericana, el señor Torres fundó un *kindergarten* anexo a la Escuela Normal y creó un curso sobre la metodología que debería aplicarse en el mismo. La dirección de dicho curso fue confiada a una maestra yanqui, la señora Sara Eccleston, traída de los Estados Unidos de América, quien dirigió posteriormente un *kindergarten* para maestros, en Buenos Aires, donde falleció después de algunos años de abnegada labor. Sus alumnos y amigos afectuosos erigieron un monumento a su memoria.

Desde la organización de la Escuela Normal de Paraná hasta hace cuatro años, habían ingresado al curso normal 4.414 alumnos, de los cuales 526 llegaron a obtener el diploma de profesores. Una inscripción de 18.281 alumnos había sido registrada en la Escuela de Aplicación anexa.

También se organizó en Tucumán una escuela normal, por 1872, bajo la dirección de un hermano de míster Stearns, siendo ambos los únicos maestros varones traídos de los Estados Unidos de América. Tres maestras de igual nacionalidad colaboraron en esta escuela como regentes del curso de aplicación: una de ellas alcanzó más tarde gran éxito como directora de una escuela particular elegante de Buenos Aires, donde desplegó gran actividad hasta su muerte, ocurrida en 1903; otra, en cambio, llegó a dirigir la Escuela Normal de Mendoza, organizada en 1878, cargo en el que la sucedieron en los años subsiguientes otras dos compatriotas. Siete maestras más, de igual procedencia, prestaron su concurso en aquella escuela, creando todas ellas en conjunto un digno marco para la realización de una obra concienzuda y llena de fe para el logro de altos ideales educativos.

En la ciudad de Catamarca, al pie de los Andes, fue fundada en 1878 una escuela normal con una directora y una regente

norteamericanas. El animoso espíritu de la primera directora y de sus compatriotas colaboradoras, que llegaron a ser siete durante el siguiente decenio, no se atemorizó por el viaje a aquella región tan alejada de los centros de la República, el cual por entonces, dada la carencia de ferrocarriles, debía realizarse cruzando en diligencia, con las incomodidades y peligros consiguientes, leguas y leguas de llanuras polvorientas y desiertas. La escuela se abrió y floreció esparciendo su influencia bajo una hábil y enérgica dirección.

La energía y la vigorosa mentalidad de dicha directora dejaron un perdurable recuerdo entre los muchos graduados en la época de su desempeño. El ministro de Educación la comisionó para traer de los Estados Unidos de América el grupo de catorce maestras que vinieron de allí en 1883 para coadyuvar en la fundación de otras escuelas normales. Pasó después por poco tiempo a ser maestra de la Escuela Normal de San Nicolás y, más tarde, fue directora en San Juan, y por fin renunció para volver a su patria donde falleció posteriormente.

La Escuela Normal de la ciudad de Rosario fue fundada en 1879 bajo la dirección de una maestra norteamericana y, a lo largo de su existencia, ha tenido a la cabeza a seis colegas del mismo origen, secundadas en diferentes años por otras compatriotas en carácter de vicedirectoras o regentes de los cursos de aplicación. Cuenta actualmente con 876 alumnos y en 1913 fue elevada a la categoría de Escuela Normal de Profesores. La última directora norteamericana renunció en 1904. Su capacidad ejecutiva e iniciativa entusiástica dieron gran impulso a la obra, en la que fue noblemente secundada, por su primera vicedirectora, una argentina que había estado durante algunos años unida en la misma escuela a las maestras yanquis.

Una de las norteamericanas designadas para la reorganización de la escuela de Rosario en 1883, apenas llegada al

escenario de su esperada labor, falleció atacada de fiebre tifoidea. Una regente de esta escuela también dejó de existir en dicha ciudad y, en total, cuatro maestras llegadas del país del norte fallecieron estando en ejercicio de sus funciones, en distintos años y en solitarios hospitales, lejos de sus hogares y de los suyos. Unas pocas tuvieron mejor suerte pues regresaron a su tierra natal, para morir entre sus familiares.

En la ciudad de San Juan, cuna de Sarmiento, situada también al pie de los Andes y en la provincia homónima, se inauguró en 1879 una escuela normal que tuvo por primera directora a una maestra chilena. Sarmiento deseaba grandemente que la escuela normal de su ciudad natal fuese dirigida por una norteamericana y con métodos norteamericanos, por lo que una maestra que había sido vicedirectora y regente de la misma fue puesta en el cargo superior. Bajo su competente dirección y con la ayuda de otras maestras yanquis en los cursos de aplicación y normal, en diferentes épocas, el número de alumnos aumentó rápidamente. El curso de aplicación, sobre todo en este país, ha sido siempre el complemento necesario del curso normal, no sólo como lugar de práctica para los futuros maestros sino como lugar de enseñanza preparatoria. En los primeros tiempos las tareas del curso normal se veían muy entorpecidas o impedidas por la falta de estudios en los aspirantes que se presentaban, y a menudo era indispensable agregar un año al solo efecto de preparar a los alumnos para los estudios posteriores del magisterio.

La directora que actuó en San Juan fue una maestra consumada, abnegada y entusiasta, de gran capacidad mental, fuerza de voluntad y determinación. En 1887, fue llamada a organizar una nueva escuela normal en La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires; dejó de existir en 1897, en medio del amor y la pena de sus muchos alumnos, que todavía hablan de la inspiración de su vida y de su obra. Sus primeros discípulos

organizaron un círculo con el fin de perpetuar su nombre y su recuerdo, y se reúnen cada año en el día de su muerte.

En 1884 se fundó en la ciudad de La Rioja otra escuela normal cuya dirección fue dada asimismo a una maestra norteamericana, quien, después de varios años de leales y fructuosos servicios, se retiró y regresó a su patria, dejando en manos de sus graduados la obra tan bien comenzada.

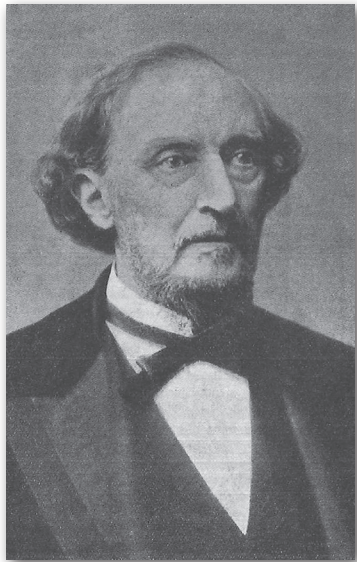
Allá lejos, hacia el norte, en los confines con Bolivia y cuando corría el año 1884, abrió sus puertas en la ciudad de Jujuy otra escuela normal. Púsose también esta vez a prueba el coraje de las maestras yanquis que fueron enviadas como directora y regente hasta aquel lejano rincón. La directora se retiró después de siete años de servicios y entró en un convento, donde falleció en 1929; su colaboradora, en cambio, se casó y se fue al Brasil, donde ella y su esposo murieron de fiebre amarilla.

La Escuela Normal de Concepción, en Entre Ríos, fue dirigida durante algunos años por una norteamericana que con antelación había ocupado el cargo de directora en Goya, ciudad de la provincia de Corrientes. Esta educadora falleció en Buenos Aires y pidió al morir que el lugar de su último descanso fuese Goya, pues era allí donde su obra entusiasta e inteligente había dejado una impresión profunda y perdurable. Sus alumnos reconocidos erigieron un hermoso monumento a su memoria y todavía su nombre es pronunciado con ternura y recordación agradecida.

En otros años y climas distantes



Cuerpo de Profesores de la Escuela Normal de San Nicolás.



General Bartolomé Mitre.

La Escuela Normal de Esquina –localidad de la provincia de Corrientes–, sostenida al principio por el tesón y el orgullo de los habitantes del lugar y poseedora más tarde de una subvención del gobierno, también llamó a tres maestras yanquis para su dirección. Cualquiera de las tres poseía las capacidades propias para el éxito, y basta mencionar sus nombres ante sus exalumnos para que estalle un afectuoso homenaje en su recuerdo. Una de ellas llegó a ser después directora de la Escuela Normal de la ciudad de Corrientes, dejando allí una impresión inolvidable y una influencia que perdura aún para inspiración de los que fueron sus discípulos.

La organización de las primeras escuelas de Corrientes, Córdoba y San Nicolás ya ha sido relatada. Agregaremos que estos establecimientos son ahora dirigidos, como los más de su género, por sus propios egresados o por los de otras escuelas normales.

En este capítulo sólo se ha mencionado la labor individual de algunas de las numerosas maestras norteamericanas, ya por ser de una actuación prominente entre los *pioneers* de las escuelas normales en la Argentina, ya porque a la fecha “descansan de sus trabajos”. Podrían, no obstante, escribirse muchas páginas más sobre otras de las que formaron ese grupo de mujeres laboriosas que, con la influencia de sus vidas puras, contribuyeron a moldear el tono moral e intelectual de los maestros argentinos, el cual continúa perfeccionándose bajo su benéfico influjo. El conocimiento de esto y la gratitud de muchísimas gentes les compensan, sin duda, del alejamiento de sus familiares y del exilio forzoso de la tierra que las vio nacer.

Las maestras norteamericanas jamás han dejado de expresar su profunda gratitud no sólo por los sentimientos benévolos, amigables y generosos hallados en los padres de sus discípulos y destinados a contribuir tanto a sus éxitos, sino también por el afecto y cálido reconocimiento de los propios alumnos.

En 1928, para la festividad de San Juan, más de cien exalumnos de la única maestra norteamericana que sobreviene ahora en la República Argentina, deseosos de demostrarle su reconocimiento por lo que había hecho por ellos en los años pasados, celebraron la fecha, que era la de su santo, con una reunión en su honor, dada en Buenos Aires. Casi todos eran casados y con hijos, y algunos de ellos, que vivían muy lejos, no habían visto a su exmaestra desde dos o tres décadas. Cuando la obsequiada entró en el salón, adornado de flores y con mesas tendidas para un refrigerio, la esperaba una tan calurosa bienvenida que las lágrimas asomaron en sus ojos. Los discursos y los poemas en su honor, leídos por los exdiscípulos, expresivos todos de un agradecido recuerdo por su obra en pro de ellos cuando jóvenes y por los efectos de la misma sobre sus vidas, colmaron su pecho hasta la exaltación. De pronto y callando, penetró en el recinto la señora de Robert Woods Bliss, esposa del embajador norteamericano, seguida por el portador de una gran canasta de hermosísimas flores, traídas no sólo en honor de la maestra compatriota, sino también en prueba de gratitud hacia todos aquellos exalumnos argentinos, que tan cariñosa bondad demostraban a una de sus connacionales. No era de maravillarse, pues, que el corazón de la maestra norteamericana estuviese henchido de emoción y orgullo profundos.

A poco de esta reunión, esos mismos exalumnos se enteraron de que el Gobierno había reducido las pensiones, que en aquellos días no eran por cierto muy elevadas, y determinaron que su exmaestra debía tener un aumento en sus ingresos. Con este propósito, una delegación de jóvenes reunió un millar de firmas para hacer una petición ante las autoridades; día tras día concurrían al Congreso y multiplicaban sus esfuerzos para obtener al menos un razonable aumento, cosa que lograron finalmente. Sabedores, sin embargo, de que el pago real del

aditamento podía demorarse por largo tiempo, resolvieron aunarse y pagarlo ellos mismos cada mes a la maestra, hasta que el Gobierno lo hiciera efectivo. Así, por espacio de ochos meses, este centenar de exalumnos generosos y leales envió a su maestra de otrora lo que ellos llamaban una “Pensión de Honor”.

Rara vez es dable hallar entre los alumnos, después de transcurridos tantos años, un cariño tan fervoroso y un tan agradecido reconocimiento.

Los capítulos anteriores refieren sólo parte de la vida y obra de unos pocos de los maestros norteamericanos. Si, en apariencia, se los trata en forma destacada, ello se debe a que, como es natural, se ha relatado sólo aquello que ha sido observado directamente.

Sin embargo, en otros puntos, sobre el río Paraná, en las provincias andinas, en las ciudades de la llanura sin límites, tanto en el cálido norte como en el más frío sur, este conjunto de sesenta y cuatro maestros organizó, individualmente o en grupos, y a veces bajo condiciones iniciales más duras que las ya descritas, las escuelas normales –con sus cursos de aplicación y sus jardines de infantes– de once de las catorce provincias argentinas. También allí se encuentran sus graduados que, con sus actividades y altas posiciones sociales, certifican los resultados de las semillas plantadas por estas abnegadas maestras cuyos variados conocimientos experimentales, si diferentes en algunos aspectos, eran similares en los más.

Todas estas escuelas, donde la influencia de las maestras norteamericanas ha sido honda y perdurable, crearon para las jóvenes argentinas nuevas miras, nuevas ambiciones y nuevos ideales de vida, de una potencia sólo comprensible para quienes conozcan las cortapisas, tradiciones y antiguas costumbres de la raza latina.

Gracias a la educación obtuvieron una mayor libertad para orientar sus propias vidas, fuera del matrimonio, que era el único camino que se abría ante ellas. Despertaron hacia actividades intelectuales más vigorosas y provocaron, según expresa con verdad un maestro argentino, un renacimiento de la vida social en los centros donde se establecieron escuelas normales.

Muy numerosas jóvenes se recibieron de maestras primarias y, como la mayoría de las de otros países, no sólo llegaron a bastarse a sí mismas, sino que son el principal sostén de los necesitados de sus propias familias. Muchas otras, sintiendo ansias de conocimientos más elevados y de otros campos de aprovechamiento, se prepararon para la medicina y la abogacía y, algunas, son escritoras y músicas. Además de los oficios femeninos más comunes, la taquigrafía, la telegrafía, la teneduría de libros, etcétera, están al alcance de las muchachas argentinas.

Una joven que se diplomó en la Universidad fue premiada con medalla de oro, honor que confiere esa institución al alumno de más alto promedio. Otras dos inteligentes señoritas aprendieron inglés y fueron por dos o tres años a los Estados Unidos de América para estudiar métodos de enseñanza y fundaron en Buenos Aires, a su regreso, una escuela común modelo. Una de ellas, después de contraer enlace con un distinguido pedagogo de dicha ciudad, se destacó en muchos círculos creados en pro del mejoramiento social, preside la *Child Welfare Work* y ha adoptado a un huérfano belga, con lo cual lleva a la práctica sus ideales, entusiastamente apoyados por su esposo, antiguo normalista a su vez.

El ejercicio físico se ha unido a la gracia natural y, en las pocas escuelas mixtas que ha habido, la asociación en el estudio con el sexo opuesto ha dado aplomo mental y confianza en sí misma a la joven argentina. Al medir su capacidad de reflexión y de discernimiento con la de sus compañeros varones, en lugar de ver en cada joven a un posible esposo, se ha convertido en una buena camarada y, cuando llega el momento propicio y ha elegido compañero para el matrimonio, encara su nueva vida con más inteligencia, agregando a la natural abnegación de la mujer argentina como esposa y madre, un aspecto simpático y una amplia comprensión, que le dan un encanto especial en sus relaciones.

Como se ha visto, las escuelas normales han ido creciendo en número, desde cinco en 1883 hasta ochenta y tres en la actualidad, de las cuales corresponden nueve a la provincia de Buenos Aires. La mayor parte de ellas y, asimismo las escuelas comunes, están ahora en manos de educadores profesionalmente capacitados, lo que prueba el buen resultado de la labor de las primitivas maestras.

Los edificios escolares de las localidades más pequeñas todavía dejan mucho que desear en cuanto a capacidad, comodidad y condiciones de higiene, pero las poblaciones más grandes y las ciudades cuentan con algunos hermosos locales excelentemente equipados.

Los frecuentes cambios de ministro de Educación –funcionario del gabinete argentino de quien en tiempos pasados dependían directamente las escuelas normales nacionales– hacían que no fuese fácil la tarea de las maestras yanquis. Cada ministro tenía sus teorías especiales a las que deseaba se ajustaran las escuelas normales. Así, en un momento dado, privaban en los programas las ideas norteamericanas; en otro, las francesas, y, en otro, las alemanas, mientras que en la actualidad sería difícil decir qué influencia predomina, aunque los argentinos sostengan que la propia. Sin embargo, pese a todos los cambios secundarios, el plan de organización norteamericano original constituye aún la base de las escuelas normales.

Parecería –y es opinión de algunos de sus propios educadores de fama– que se hubiera perdido de vista en gran parte la verdadera preparación del maestro en cuanto a los métodos de disciplina mental, al carácter y a la experiencia, ya que son principalísimas, en todas las designaciones, las influencias políticas y personales y no la consideración de los méritos y de la idoneidad. Todo esto ha disminuido el canon de elevados propósitos e ideales de Horace Mann, el padre de las escuelas normales de América.

No obstante, algunas de las semillas sembradas están fructificando, como en cierto modo lo demuestran los pacientes trabajadores que perseveran en los más apartados rincones de la Argentina, carentes del menor estímulo y pobremente retribuidos en todo sentido. Día llegará en que recibirán una gloriosa recompensa.

Unas pocas de las norteamericanas iniciadoras de la enseñanza normalista regresaron al suelo nativo en los primeros tiempos. Una fue trasladada a Puerto Rico, donde le tocó ser *pioneer* por segunda vez. Algunas han hallado sepultura bajo el cielo argentino y descansan de sus tareas “aun cuando sus obras van en pos de ellas”; sus alumnos agradecidos han levantado hermosos monumentos a su memoria, cubiertos cada año por flores de afectuosa recordación. Unas pocas volvieron a su país “para quedarse dormidas” bajo su propia bandera y otras, para dedicarse a distinto género de actividades en la tierra que las viera nacer.

Las que quedaron, después de esforzados años de servicios, decidieron que había llegado la hora de transferir sus tareas a las manos de quienes ellas mismas habían preparado, y fueron pensionadas por el gobierno argentino, habiendo, desde entonces, fallecido una de ellas. Aunque la nieve de los años esté cayendo aprisa sobre las cabezas de las demás, ellas nunca han perdido de vista sus ideales y mantienen, intacto todavía, el interés por la obra que fueron llamadas a cumplir.

De señalar treinta años una generación, en un período tal, pocas veces –si alguna– se ha visto una transformación tan maravillosa como la que ha tenido lugar en la Argentina.

Si las maestras norteamericanas de 1883, después de despertar de un sueño de Rip Van Winkle,¹⁸ entrasen hoy al puerto de Buenos Aires en uno de los lujosos y confortables buques, se hallarían navegando directamente hacia un muelle, frente a la entrada de una hermosa aduana. Excelentes diques se extienden siete millas a lo largo de la costa y amarran a ellos grandes barcos provenientes de todas partes del mundo. Altos elevadores de granos se yerguen en apretadas hileras y cuando uno se echa a andar por las calles –ahora bien pavimentadas y no los lodazales y vaciaderos de desperdicios de otrora–, encuentra verdes prados y parques, que se extienden casi hasta los muelles. Árboles hermosos, palmeras, fuentes y piezas escultóricas diseminadas prestan belleza a los jardines que adornan toda la ribera y proporcionan un grato lugar de descanso al recién llegado emigrante, quien obtiene en el agradable hotel cercano al desembarcadero que le está destinado, comodidades de toda clase y un hogar transitorio.

Calles de parejo macadán y anchas avenidas, barridas y lavadas a diario, se extienden en todas direcciones desde la parte céntrica de la ciudad. El *Nastier-Than-All* ha desaparecido: ahora hay suntuosos hoteles de muchos pisos, comparables con

[18] Aldeano, protagonista de un cuento de Washington Irving, el cual, habiendo ido de caza se quedó dormido durante veinte años y, al despertar, se encontró no sólo con que su mundo se había transformado, sino también con que él mismo había cambiado al punto de no ser reconocido en un principio.

los mejores de cualquier país, provistos de ascensores, apartamentos, espléndidos baños, terrazas de recreo con orquestas, restaurantes y salones de baile, sirvientes uniformados y porteros zalameros que esperan la propina, exactamente como en cualquier otra parte.

La ubicua pulga de otras épocas y su compañera, la cucaracha aficionada a los colores, se han retirado fastidiadas ante el saneamiento moderno y las mejores condiciones higiénicas y aparecen sólo ocasionalmente como un recuerdo de tiempos pasados.

Existen grandes tiendas, adonde llegaban productos de todo el mundo hasta el período de la guerra europea; modernos edificios públicos trepan hacia el espacio por todas partes; las calles se hallan atestadas de toda suerte de gente que van de compras y tratan de escapar con vida de entre los automóviles que pasan. Llegan éstos a más de 300.000 en el país y a 160.000 en Buenos Aires, no obstante lo cual, el tránsito es bien dirigido por agentes de policía atentos y disciplinados.

Hay todavía unos pocos carruajes tirados por caballos, en general bien alimentados y de buen aspecto, que se caen rara vez pues han aprendido a patinar hábilmente sobre el pavimento listo y húmedo. Tranvías electrónicos a nivel –también los hay subterráneos– corren en todas direcciones y se dice que éste es el mejor servicio del mundo en su género. Una magnífica estación ferroviaria, la más hermosa al sur del Ecuador e igual a muchas situadas al norte del mismo, donde diariamente se mueven unos seiscientos trenes, contrasta, junto con otras tres grandes estaciones terminales ubicadas en diferentes puntos de la ciudad, con las pocas líneas de corto recorrido existentes en 1883.

Dos veces por semana cruza los Andes un tren que va a Chile, lo cual era un sueño en 1883; una vez a la semana, sale otro tren de Buenos Aires para el Paraguay y realiza el viaje en poco más de dos días, lo cual, en 1883, no era un sueño siquiera.

También hay ahora en Buenos Aires tres compañías de aeronavegación que hacen viajes regulares a Montevideo, Paraguay, Chile y otros países, los que se realizan en unas pocas horas en lugar de los días empleados por el ferrocarril. Así, de Mendoza a Santiago de Chile, a través de los Andes, el vuelo se efectúa en ocho horas en vez de los dos o más días que antes se precisaban; de Buenos Aires a Montevideo, en una hora y cuarto, a diferencia de las ocho horas requeridas por vía fluvial.

A los ojos de Rip Van Winkle todo envuelve una gran transformación. Hay muchos hermosos parques con jardines a bajo nivel, avenidas y grupos de palmeras, fuentes y pérgolas con rosales, esculturas, lagos y arboledas. Existen el Jardín Botánico, el zoológico –se dice que posee la más admirable colección de animales en Sud América y una mejor, quizá, que algunas de América del Norte– y millas de calles con hileras de árboles de sombra.

En uno de los grandes parques se extiende una rosalera que ocupa cuatro acres, la cual, con la llama de su colorido vistoso, resultaría un maravilloso espectáculo en cualquier parte del mundo. Tierras que en 1883 eran praderas abiertas con casas de campo aquí y allá, son ahora bellas ciudades suburbanas, zonas densamente pobladas de Buenos Aires: tales, Belgrano y Palermo, residencias de gentes ricas y acomodadas. Todo atestigua el sorprendente progreso de la República.

Un viaje al norte agradaría hoy quizás a las maestras norteamericanas que al principio remontaron el río Paraná: tomarían un tren en Buenos Aires a las 6 p. m., se ubicarían en un lujoso coche salón y de allí pasarían al coche comedor donde las esperaba una excelente comida, servida en mesas adornadas con flores y alumbradas por veladores eléctricos, para arribar por fin a Rosario después de cuatro horas y media. Antes, aún después de terminada la línea férrea hasta aquella ciudad, el pasajero saltaba toda la noche sobre la áspera vía para llegar

a las ocho de la mañana, ahogado en tierra, con los miembros doloridos y transpirando mal humor por cada poro. Ha habido, pues, una mudanza. También por tren y *ferryboat* se llega hoy desde Buenos Aires a Corrientes en treinta y ocho horas, o en veinte horas por avión, en lugar de los cinco o seis días de antaño cuando se viajaba en lentos barcos.

En Rosario todavía puede tomarse un vapor, como antiguamente, pero provisto ahora de todas las comodidades modernas. Se goza entonces del espectáculo ofrecido a lo largo de la costa por numerosas y florecientes poblaciones nuevas y, al llegar a Corrientes, es posible desembarcar en un muelle y hallar, aún en aquella lejana ciudad, luz eléctrica, calles pavimentadas, tranvías, servicios de aguas corrientes y una estación ferroviaria donde circulan trenes que van a Buenos Aires y que vienen de allí.

Todos estos adelantos, hay que confesarlo, han empañado un tanto la antigua visión de la “Arabia Feliz”, iluminada por la luz de la luna. Sin embargo, por comparación con 1883, las comodidades han aumentado más allá de lo previsible y, desde que las mismas parecen ser la mira de la vida moderna, uno debiera sentirse contento de ello, aun a costa de tener que renunciar a un espejo mágico. El modernismo, con todo, no ha conseguido alterar todavía los nueve meses de *infierno** y el mosquito, la cucaracha y la pulga siguen desafiando al progreso en aquellas regiones, no obstante haber disminuido grandemente sus familias gracias a una higiene vigilante.

En lugar de arribar después de aquellas largas jornadas polvorientas en diligencia, tras unas pobres mulas que a menudo caían en el camino, se llega hoy a las lejanas ciudades de Jujuy, Catamarca y San Juan, en cómodos trenes que emplean entre veinticuatro y treinta y seis horas desde Buenos Aires, o en aeroplanos que echan ocho horas.

La ciudad de Buenos Aires es el gran centro de la nación, como París lo es de Francia, y los centros provinciales de Rosario, Córdoba, Tucumán, Mendoza, Corrientes y otros, reproducen en grado menor la vida social de la Capital.

En el teatro Colón de Buenos Aires, una de las salas de ópera más amplias y más lujosamente amuebladas del mundo, es posible escuchar a los grandes artistas de Europa y de otras partes. Existen además muchos otros teatros, todas las noches colmados de público, en cuyos palcos se ven hermosas damas vestidas a la moda parisiense y resplandecientes de joyas, pues los argentinos son un pueblo amigo de la ostentación y del placer.

Generalmente, los hombres se dedican por entero a los negocios y a los goces de la vida, son materialistas y descuidan los problemas más elevados del alma y del espíritu, atrayéndolos muy poco los ideales superiores. La Argentina ha dado a luz de cuando en cuando a algún poeta o algún escritor espiritualista, pero éstos no parecen haber logrado inculcar sus ideales a las masas. Una corriente de materialismo reina en la mayoría de las sociedades literarias y artísticas, como asimismo en las grandes instituciones de enseñanza.

Con todo, priva un sentimiento religioso mucho más liberal y tolerante que el de tiempos pasados: todas las prácticas y creencias están permitidas. Siendo la Argentina un país católico romano, abunda, como es natural, en capillas, iglesias y conventos; pero, dado que la Constitución Nacional establece la libertad de cultos, se ven, además, iglesias de todas las sectas del protestantismo, sinagogas y templos de congregaciones ortodoxas rusas y germánico-luteranas. La Catedral, muy hermosa en cuanto a su arquitectura y algo semejante a La Magdalena de París por su ornamentación y por la columnata de su frente, se levanta sobre la vieja *Plaza de Mayo** y observa gravemente

la nueva vida que se desliza a su vera, como lo viene haciendo desde hace tres siglos.

En el transcurso de estos años se han fundado y multiplicado escuelas y colegios de toda clase. Hay ahora escuelas de comercio, de agricultura, de minería, de artes y oficios; establecimientos para niños retardados y para sordomudos, academias de bellas artes, conservatorios, institutos de educación física, y así sucesiva e indefinidamente. Hay veintiséis colegios nacionales similares a los *high schools* de los Estados Unidos de América, colegios militares, escuelas navales y tres universidades, de las cuales la más antigua es la de Córdoba, fundada hace más de trescientos años.

La única instrucción que antes recibían las niñas era la que se impartía en los conventos, donde se creía que el bordado, un poco de música y de francés, junto con la lectura, la escritura y la aritmética, eran, amén de los deberes religiosos, por entero suficientes para el intelecto de una mujer. Hoy, en cambio, todas las instituciones de estudio les son accesibles.

Casi todo el progreso social y educativo del país se observa en Buenos Aires y, fuera de los centros provinciales antes mencionados, hay una gran penuria de lo que por todas partes se ve en los Estados Unidos de América, como ser pequeños y florecientes pueblos con pintorescas residencias, hermosos edificios escolares, bibliotecas públicas, etcétera. Se ha relatado bastante, sin embargo, del rápido desarrollo y de los progresos educativos en la Argentina como para mostrar parte de los maravillosos adelantos realizados en el corto espacio de cuarenta y siete años.

Todas las costumbres del pasado se han modificado mucho en el presente. La niña que va a la escuela no se avergüenza de llevar sus propios libros y ya no es necesario que tanto de ida como de vuelta la acompañe una criadita. El período de luto con sus reglas estrictas también se ha modificado mucho,

aunque todavía se critique por su falta de afecto a quien no vista de negro por una muerte a un pariente cercano y se mantengan en boga muchas de las viejas prácticas a este respecto, en lugares remotos del país.

La molesta costumbre de otra época, en que los jóvenes se estacionaban en grupos en las calles principales y dirigían expresiones galantes –y de otro tono– a las niñas que pasaban, ha sido casi suprimida: una queja al agente más cercano provoca el arresto del culpable, quien se ve obligado a pagar una multa de cincuenta pesos por su falta de cortesía o por haberse hecho el gracioso.

Señoritas jóvenes, sin la protección de damas de compañía, transitan libremente por las zonas comerciales de la ciudad o, desde las cuatro de la tarde en adelante, en el paseo de la calle Florida, donde se encuentran muchas tiendas que pueden rivalizar con las de cualquier gran ciudad por su artística presentación y sus hermosas exhibiciones. Por la tarde está prohibido el tránsito de vehículos por Florida, de tal modo que una dama, ataviada con sus mejores galas puede caminar por el medio de la calzada, sobre un pavimento lavado y limpio, y sin temor a ensuciarse los zapatos blancos o a oler, como en tiempos pasados, desagradables emanaciones de las zanjas de desagüe. Más tarde la calle se ilumina con resplandeciente alumbrado eléctrico, y es un espectáculo brillante la alegre multitud que se mueve por ella sin prisa y sin objeto. Así se pone, en realidad, la ciudad entera, con sus avenidas, parques y jardines, resplandeciente de luces y alegre de músicas, mientras se sirven refrescos, multitudes sentadas en las veredas espaciosas y alrededor de pequeñas mesas.

Los hermosos vestidos, el destello de las joyas, la alegría y la música, recuerdan mucho a París. Fuera de Buenos Aires, sin embargo, no se disfruta de esta vida del país de las hadas, como no sea en muy reducido grado en las ciudades más importantes

del interior. Por lo común, los pequeños pueblos rurales duermen aún entre la polvareda del verano o el lodo del invierno, sin pavimento y pobremente alumbrados, sin otras notas sociales más destacadas que algún baile ocasional y los festejos carnavalescos.

En épocas pasadas todo el país dedicaba tres días de cada año a enmascararse y a bailar y, cuando la diversión llegaba a la vehemencia, se entretenía, ya en arrojar baldes de agua a los transeúntes desde las azoteas, ya en apuntar a la cara o al cuello de los demás el chorro perfumado de un pomo, galantearía ésta correspondida a menudo con vigor. Ahora, en cambio, el carnaval está decayendo, excepto entre las personas de recursos limitados que, al disfrutar de tres días de fiesta, conservan la costumbre de chacotear entre ellas mismas. Las familias acomodadas prefieren usualmente la quietud de las sierras de Córdoba, las excursiones fluviales o la orilla del mar, en Mar del Plata, el gran balneario argentino. Allí hay grandes y elegantes hoteles, hermosas playas y balnearios llenos de bote en bote y frecuentados por la gente rica y de buen tono y por otras personas cuyas inclinaciones y posibilidades económicas les permiten participar en grado variable en las modas, bailes y paseos y en la búsqueda de nuevos estimulantes durante los meses estivales de diciembre, enero y febrero.

No hay, pues, motivo de asombro si quienes han pasado por la extraña experiencia de observar desde su temprano desarrollo este panorama de tan rápidas variaciones y de comparar el presente con el pasado, sufren la sensación de haber tenido un verdadero despertar de Rip Van Winkle.

Existe en la parte septentrional de la República Argentina un pequeño lago al cual los habitantes de la región denominan “El lago de oro”. Rodeado por paredes de escarpada montaña, cubierta a trechos por vegetación, ese pequeño lago forma una hoya casi circular, profunda y misteriosa. Sus frías y calladas aguas, de un aterciopelado verde oscuro y de una superficie rara vez agitada por la tempestad, bañan con ondas apenas perceptibles el pie rocoso de las montañas que lo circundan. Reina allí un profundo y lóbrego silencio; ningún sonido se escucha, salvo el suave suspiro del viento que cruza la foresta allá en lo alto.

No hay a la vista ni desaguadero, ni corriente de agua, ni manantial alguno y se cree que ha de estar conectado por algún canal subterráneo con uno de los ríos de la región. Tampoco cuenta con una playa o una bahía y sólo tiene acceso, hacia el oeste, por una estrecha hondonada.

Permanece el lago durante el día en la más profunda sombra; las altas montañas que lo rodean y los grandes árboles que proyectan sus ramas hacia afuera, reducen la intensidad de la luz hasta anularla. Solo a la puesta del sol, cuando los rayos del astro penetran a través del barranco, las aguas se iluminan con esplendor de fuego.

Una incandescencia amarilla deslumbrante llena entonces el círculo todo de las aguas con fantásticos reflejos que duran apenas un momento. El sol se sumerge, la incandescencia resbala por las rocosas murallas, ilumina los helechos que colman las grietas y desaparece de inmediato: el lago ha tornado a su silenciosa lobreguez.

Refiere una leyenda local que en el lecho de este lago descansa desde hace muchos siglos un tesoro inmenso, y que quien conozca la fórmula mágica y pueda pronunciarla al borde de las aguas en el preciso instante de la fantasmagórica iluminación, será poseedor de fabulosas riquezas.

En época anterior a la conquista, vivían en esa región numerosas tribus indígenas, sujetas a los Incas, cuyos dominios se extendían hasta Tucumán y Córdoba. Aquellas tribus, que formaban una raza valiente, habían alcanzado un alto grado de civilización y eran gobernadas por un *curaca** muy amado, respetado e inmensamente rico, cuya casa abundaba en objetos de oro y plata, cobre y bronce, en preciosa alfarería y finas pieles, en bordados maravillosos y raros trabajos de plumas.

El más valioso de todos esos tesoros era una urna de oro procedente del Perú, a la que se atribuían propiedades sobrenaturales. Era fama que en épocas antiguas había pertenecido al Inca Huiracocha y que había sido entregada a un antepasado del curaca en agradecimiento de servicios prestados, y pasado desde entonces de una generación a otra como un legado de inestimable precio, no sólo por su valor material, sino también por su significado moral.

Mientras ese tesoro existiese, íntegro e intacto, la paz reinaría en todo el dominio, pero si llegaba a caer en manos enemigas, la dinastía perecería y un pueblo extraño y más poderoso habría de gobernar sobre ellos.

Todos los años, durante la gran fiesta del Sol, en cuyos banquetes ricos y pobres se codeaban en paz y confraternidad, la sagrada urna era exhibida, rodeada de jóvenes guerreros que se disputaban el honor de custodiarla. Muchos venían desde remotas regiones, como en peregrinación, a hacer un reconocimiento de ella y asegurarse por sí mismos de que el tesoro nacional aún permanecía en su poder.

Todas las razas americanas poseían una tradición cuyo origen se perdía en la noche de los siglos. Según la misma, hombres de tez blanca, de un idioma extraño, de costumbres y de creencias desconocidas, llegarían un día de lejanas tierras y se convertirían en sus conquistadores. Las razas que habitaban sobre la costa marítima los esperaban del otro lado del océano, y las del interior creían que habrían de venir de allende las montañas o las pampas desiertas: por muy diferentes que fueran sus formas, el fundamento de la creencia era siempre el mismo.

Sin sospecharlo, los indios quechuas pronto iban a comprobar que la antigua leyenda se había trocado en realidad: los extranjeros misteriosos ya habían sentado sus plantas en el continente americano. Hombres temerarios e inescrupulosos, habiendo cruzado las planicies boscosas después de vencer todos los obstáculos ofrecidos por la selva y por la resistencia de sus habitantes, penetraron hasta el corazón de estas regiones remotas a caza del oro, que esperaban hallar en gran abundancia.

Un día de 1532, llegó a toda prisa un chasqui desde Cuzco, la capital de los incas, trayendo al curaca la nueva de haber arribado allí hombres desconocidos, de características que respondían en un todo a las mencionadas por la tradición. Hubo gran excitación popular y se ofrecieron sacrificios humanos al Sol para apaciguar sus iras y conjurar cualquier peligro que amenazara a la nación.

Poco después se tuvo noticia de que los invasores habían hecho prisionero al Inca Atahualpa. Todo el país se conmovió y los guerreros, encendidos en fervor de luchar por su rey, se prepararon para marchar hacia el norte.

El curaca, no obstante la costumbre de los nobles, sólo tenía una esposa, a la que amaba con ternura. Cuando se recibieron las primeras noticias de Cuzco, el dulce semblante de Ima, la adorada, se tornó pálido de presentimiento. Sus sueños habían sido perturbados por augurios de calamidad. Oscuros presagios la

atribulaban, atormentándola, mientras el curaca trataba en vano de tranquilizarla y de desviar su atención hacia otras cosas.

No te alarmes –le dijo–, guerreros de todas partes se están congregando y muy pronto el Inca será libre y los invasores arrojados fuera.

He soñado que se caían las hojas verdes de todos los árboles –respondió Ima– y esto siempre significa desgracia.

Los sueños algunas veces engañan y no todos son enviados por los dioses –replicó el curaca.

Pero yo estoy segura de que éste ha sido enviado por ellos –insistió Ima–, ayer he visto unas aves volando en bandada hacia el norte, las cuales se detuvieron de pronto como si vacilaran y luego se separaron, para seguir todas diferentes direcciones. Un sacerdote me ha explicado que esto augura que alguna calamidad se aproxima.

Los sacerdotes a menudo se equivocan –repuso el esposo, tratando de ocultar sus propios temores, pues, como todos los indios, creía firmemente en los sueños y presagios.

Antes de emprender viaje hacia el norte con sus guerreros, dio instrucciones a Ima, que era inteligente y valerosa, para que vigilara la sagrada urna. Le hizo prometer que antes de que cayera en manos de los enemigos, ella la arrojara al oscuro lago oculto en las montañas. Ima hizo voto solemne de custodiarla con su vida, y el curaca partió tranquilizado.

Transcurridos algunos días, por medio de chasquis que se revelaban de posta en posta, llegaron del lejano Cuzco noticias de que el Inca Atahualpa había prometido al jefe de los extranjeros, a cambio de su libertad, la cesión de oro bastante para llenar una habitación grande, y de plata, para colmar dos salas más pequeñas. Fue así como se despacharon mensajeros a todas partes del reino para que recolectasen simultáneamente cuanta cosa de oro y plata pudiesen hallar. Nadie protestó ni

murmuró cuando llegó la orden de sacrificar todos los tesoros por el rescate del amado Inca, de *el Hijo del Sol**.

Dilatadas caravanas cargadas de riquezas maravillosas avanzaban en longitud a medida que avanzaban a través del país, ya faldeando montañas, ya atravesando enmarañadas selvas y desiertos inmensos, ya salvando profundos abismos por medio de puentes colgantes de caña, bajo los que se estrellaban ríos rugientes contra rocosos precipicios.

Una de esas caravanas llegó hasta la casa del curaca a recoger todos los preciosos objetos de oro y plata que habían adornado con tanto esplendor sus habitaciones. El guerrero a quien había correspondido la tarea de reunir los tesoros advirtió que Ima había separado de ellos una urna de oro de gran valor. Él nunca había oído hablar de la vasija sagrada, e ignoraba los poderes sobrenaturales que se le atribuían.

¿Por qué retienes esa urna? –preguntó a Ima.

¿No lo sabes? –contestó ella, sorprendida ante su ignorancia acerca de su antigüedad y le explicó sus motivos para haberla apartado de los demás objetos.

Para el guerrero poco importaba la historia del carácter sagrado de la vasija; él había recibido órdenes de recoger todos los objetos de oro y plata y no iba a permitir que se le escapara una cosa de semejante valor, por el mero hecho de estar asociada a una leyenda regional.

Nada tengo que ver con esa historia: ¡entrégame la urna! –le ordenó.

No, toma todo lo demás, te lo doy con gusto por rescatar al Inca, pero he hecho la promesa de no abandonar nunca esto.

¡En nombre del Inca, te ordeno entregar la urna!

¡Nunca, no lo haré jamás!

Intentó el guerrero arrebátarsela de las manos y, al oír el alboroto, intervinieron los numerosos sirvientes de la casa, que

se pusieron, como era natural, de parte de Ima. Comenzó entonces una furiosa lucha entre los guerreros del norte y la gente del pueblo que se había congregado enseguida, provista de elementos para la refriega. El aire se pobló de golpes y alaridos.

En medio de la confusión, Ima se las arregló para escapar con la urna, resuelta a cumplir con el juramento de arrojarla al lago antes de que cayera en poder de los extranjeros que habían tomado prisionero al Inca; más el jefe de los guerreros, habiéndola visto huir, salió en su persecución. Ella le llevaba ventaja al principio y con rapidez casi increíble corría a través del angosto valle escalando con ágiles pisadas las peñascosas cuestras, mientras el enviado del Inca la seguía dificultosamente y estaba muchas veces a punto de perderla de vista.

Al fin entró la esposa del curaca en la estrecha abertura que descendía hacia lo que aparentaba ser un diminuto valle, escondido en el seno de la montaña, y pronto el jefe columbró la mansa superficie del pequeño lago circular que, como una verde alfombra, yacía entre las grisáceas paredes rocosas. Una fría y brumosa media luz llenaba el misterioso lugar, donde reinaba un silencio absoluto.

Ima, rendida por el cansancio, había perdido terreno en su carrera y, gracias a ello, el guerrero la alcanzó justo en el momento en que su pie tocaba la orilla del agua y, antes de que tuviera tiempo de arrojar la urna, la cogió del brazo. Hubo una breve lucha, más dándose cuenta ella de que no podía sostener con éxito tan desigual contienda, se libró de él con un repentino movimiento y se precipitó en el lago junto con la vasija.

Las tranquilas y frías aguas se abrieron por el golpe, se alzaron por un segundo a modo de una fuente y, en medio de su agitación, se oyó como un murmullo de voces bajas y excitadas. En la superficie, se iban formando entretanto pequeños círculos, que se extendían poco a poco hasta quebrarse con suavidad

sobre las costas. Luego, todo se aquietó de nuevo y el lago se sumió en su calma y silencio de siempre.

El indio se quedó atónito y mortificado y, antes de que hubiese recobrado la serenidad, una sorprendente metamorfosis atrajo toda su atención: las oscuras sombras se iluminaron de repente con una extraña luz, una áurea incandescencia llenó la concavidad y su círculo rocoso, un intenso y deslumbrante resplandor invadió las verdes aguas, y las escarpadas murallas parecían despedir chispas de fuego. El mágico espectáculo no duró más que un momento: decayó el ígneo resplandor, palideció la amarilla incandescencia y confusos rayos luminosos vacilaron sobre las salientes de la roca. En seguida volvió el lago a dormir en las tinieblas.

El guerrero observó despavorido el extraño y espantoso fenómeno. La fe de sus antepasados, casi olvidada en el oficio de la guerra, le reveló que esa iluminación aterradora provenía de la urna sagrada que Ima había llevado consigo a la muerte. Creyendo haber suscitado la ira de los dioses y olvidado de su orgullo de soldado, volvió espaldas a la escena y huyó...

XVI. Nombres de los maestros norteamericanos que actuaron en la Argentina

201

Las listas siguientes han sido tomadas de datos privados y están aparentemente incompletas.¹⁹ Solo una cuidadosa investigación en los Archivos del Ministerio de Educación de la Nación, desde 1870 hasta alrededor de 1920, o sea dentro de un período de cincuenta años, revelaría los nombres de los maestros, los puestos que ocuparon, las fechas de sus nombramientos y las localidades en que actuaron y, aun cuando se contase con el permiso correspondiente, resultaría formidable la tarea de examinar con detenimiento los voluminosos archivos de medio siglo.

La que sigue es una lista de las primeras Escuelas Normales, más o menos en el orden cronológico de sus inauguraciones. Figuran en ella los nombres de los primeros directores –siempre en primer término– y de los primeros regentes, aunque no sean necesariamente sus organizadores:

- *Organizada en 1871*, Paraná, señor George Stearns; señoritas Wade, Strong y Kimball.
- *Organizada en 1872*, Tucumán, señor William Stearns; señoritas Wade y Conway.
- *Organizada en 1878*, Mendoza, señoritas Boyd, Cook y Wales.
- *Organizada en 1878*, Catamarca, señoritas C. Armstrong y Cross.
- *Organizada en 1879*, San Juan, señorita Graham y señora de Gillies.
- *Organizada en 1879*, Rosario, señorita Morrow; señora de Gillies; señoritas Youmans, Choate y Cross. (Reorganizada en 1883).
- *Organizada en 1883*, Corrientes, señoritas Howe y Howard.
- *Organizada en 1883*, Córdoba, señoritas F. Armstrong Howard y Wall.

[19] Los nombres de pila van en inglés o castellano, según la grafía observada en el original.

- *Organizada en 1883*, Esquina, señoritas Isabel King y Hill.
- *Organizada en 1883*, Concepción del Uruguay, señoritas Isabel King y Rachel King.
- *Organizada en 1883*, Paraná, *Kindergarten*, Sra. de Eccleston.
- *Organizada en 1884*, Jujuy, señoritas Stevens y Gay.
- *Organizada en 1884*, La Rioja, señoritas Strong, Haven y Avery; señora de Hodges.
- *Organizada en 1887*, Goya, señoritas Isabel King y Rachel King.
- *Organizada en 1887*, La Plata, señoritas Graham; señora de Dudley y señor Dudley.
- *Organizada en 1888*, San Nicolás, señoritas F. Armstrong y Howard.
- *Organizada en 1888*, Mercedes, Curso de Aplicación, señorita Howe.
- *Organizada en 1888*, Buenos Aires, *Kindergarten*, señora de Eccleston.

Viene a continuación una lista, tan completa como ha sido posible formar, de todos los nombres y fechas de llegada de los maestros norteamericanos que estuvieron al servicio del Gobierno argentino, desde 1870 en adelante. La última maestra parece haber dejado de prestar servicios en 1927.

Curso normal y curso de aplicación

- Señor George Stearns 1870
- Señor William Stearns..... 1870
- Señorita Mary1870
- Señora de Roberts1870
- Una hermana de la señora de Robert, cuyo nombre no se ha podido obtener.....1870
- Señora de Sewell.....
- Señorita Wade..... 1879
- Señorita Allyn (señora de Morgan)..... 1879
- Señorita Boyd.....

- Señorita Ruth Wales..... 1879
- Señorita Clara Armstrong..... 1879
- Señorita Mary O. Graham..... 1879
- Señorita Arvilla Cross..... 1879
- Señorita Mary Macmillan.....
- Señora de Trageant.....
- Señorita Frances Armstrong (señora de J. A. Besler).....1879
- Señorita A. Lyman.....
- Señorita Sarah Cook.....1880
- Señorita Theodora Gay.....1881
- Señora de L. Turney.....1881
- Señora Clara Gillies (señora de Bischoff).....1883
- Señorita J. Stevens.....1883
- Señorita Clara Allyn (señora de William Benits).....1883
- Señorita Grant (señora de William Hope).....1883
- Señorita Edith W. Howe (bostoniana).....1883
- Señorita Jennie E. Howard (bostoniana).....1883
- Señorita Rosa Lark.....1883
- Señorita Louise Daniels.....1883
- Señorita Frances Wall (señora de Thome).....1883
- Señorita Isabel King (falleció en Buenos Aires en 1904).....1883
- Señorita Minnie Armstrong (señora de Ridley)..... 1883
- Señorita Sarah Harrison.....1883
- Señorita Florence Atkinson.....1883
- Señorita Sarah Atkinson.....1883
- Señorita Adele Ellis.....1883
- Señorita Amy Wales.....1883
- Señorita Annette Haven.....1883
- Señorita Alcinda Morrow.....1883
- Señora de Hodges.....1883
- Señorita Sarah Strong.....1883
- Señorita Mary Youmans (falleció en Rosario en 1884)..... 1883

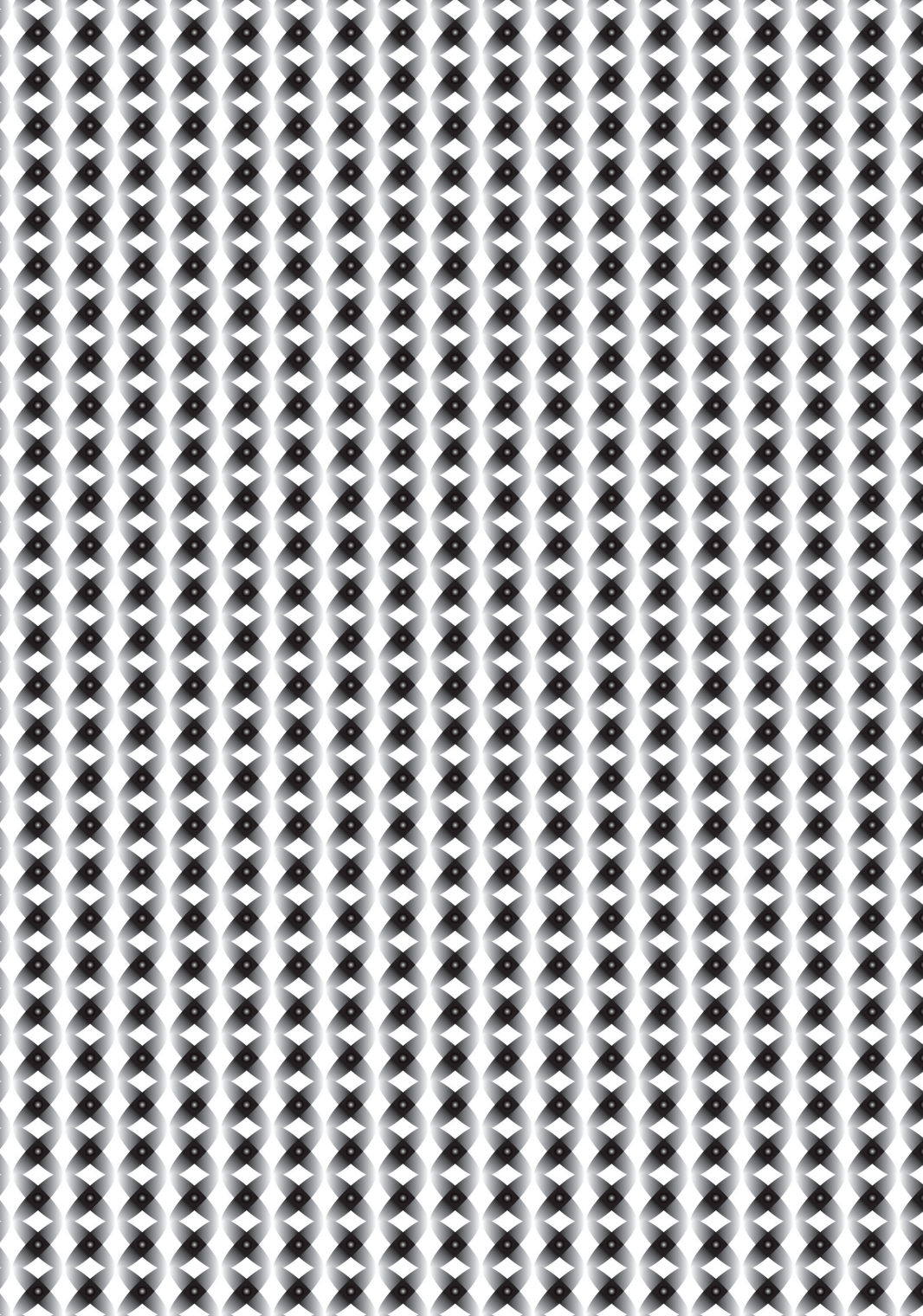
- Señorita Nyra Kimball (señora de Goldney).....1883
- Señorita Bernice Avery (señora de Richar Agar).....1883
- Señorita Rachel King (hermana de la Srta. Isabel King).....1887
- Señorita Jenness.....1889
- Señor Dudley.....1889
- Señorita J. Hunt (falleció en Rosario).....1890
- Señorita Cora Hill1890
- Señorita Mary Morse.....1890
- Señor Johnson.....1891
- Señorita Collard.....1892
- Señora de Solomon.....1895
- Señorita M. Gillies (señora de W.F. Greaven).....1898

Kindergarten

- Sra. Sarah Eccleston (madre de Emily y John Eccleston)..... 1883
- Señorita Antonette Choate..... 1883
- Señorita Emily Eccleston (señora de Campbell).....1883
- Señor John Eccleston.....1883
- Señora Martha A. Dudley (hermana de la Srta. Graham).....1889
- Señorita Loeb.....1889
- Señorita Annette Doolittle.....
- Señorita Lucy Doolittle.....



En otros años y climas distantes
de Jennie E. Howard
se terminó de imprimir
en diciembre de 2024 en CABA.



SERIE **FUENTES & ARCHIVOS**

En otros años y climas distantes combina los registros del ensayo biográfico y la crónica componiendo una serie de escenas pedagógicas en las que se entrevé aspectos singulares del proyecto educativo moderno en las provincias. Desempeñándose como directora de escuelas normales en Corrientes, Córdoba y la Provincia de Buenos Aires, Howard compone una mirada íntima sobre los desafíos y las vicisitudes del trabajo y la formación docente, entre el esfuerzo por introducir un habitus civilizado y las dificultades que rodeaban la vida cotidiana de aquellas escuelas.

Acompañada por los estudios preliminares de Pablo Pineau y Gabriela Lame-las, esta reedición de *En otros climas y años distantes* continúa la *Serie Fuentes & Archivos*, una iniciativa de la Sociedad Argentina de Investigación y Enseñanza en Historia de la Educación (SAIEHE). La serie se propone reeditar textos de facturas y temáticas disímiles, que guardan -sin embargo- una característica en común: alumbran acontecimientos que ensanchan nuestra comprensión del pasado educativo. Se trata de un trabajo curatorial abierto que se desarrollará con el tiempo, privilegiando siempre la incorporación de materiales difíciles de hallar, poco conocidos o de difícil acceso.

ISBN 978-631-90154-4-7

